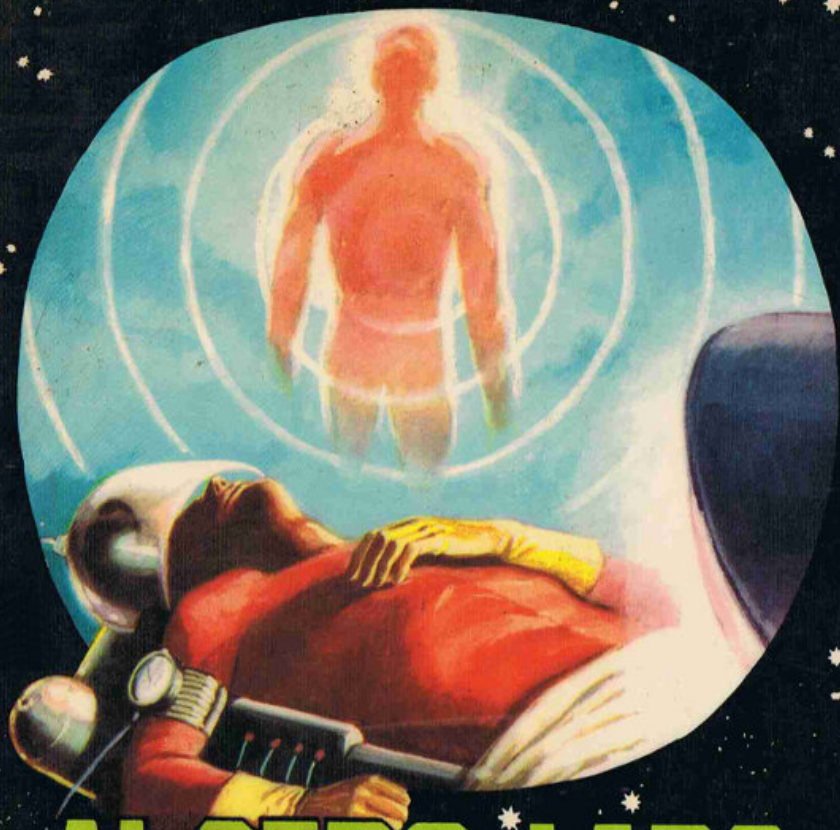


LA SAGA DE LOS AZNAR



AL OTRO LADO
de UNIVERSO

POR GEORGE H. WHITE



Terminada la campaña de la Tierra contra los Hombres de Titanio, el autoplaneta emprende una nueva singladura que le llevará a través del desconocido hiperespacio... AL OTRO LADO DEL UNIVERSO.

Un hombre hibernado para un tiempo máximo de 2000 años, despierta en un mundo desierto, de donde ha sido borrado todo rastro de vida. Este mundo es el planetillo Valera ¡invadido por un pueblo extraño!



George H. White

Al otro lado del universo

La saga de los Aznar - 39

ePub r1.1

Titivillus 23.09.15

Título original: *Al otro lado del universo*
George H. White, 1975

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





AL OTRO LADO DEL UNIVERSO

George H. White



**LUCHADORES
DEL
ESPACIO**

Al otro lado del UNIVERSO



El profesor Hoppa, General de un armamento de cascadas, elevación junto al Lago Mayor, a treinta kilómetros del centro de Nuevo Madrid. La habitación de Edward Roerich comunicaba por una vidriera practicable con una terraza abierta sobre la perspectiva del lago, con sus aguas templadas y verdes, y las altas orillas cubiertas de pinos, donde siempre se veía algún pescador aficionado encaramado a una roca, sosteniendo pacientemente la caña de fibra de vidrio.

Después de haber rechazado el desayuno, inapetente e irritable, Edward Roerich decidió súbitamente mandar a paseo todas las recomendaciones de los médicos y hacer lo que le diera la gana. Saltó de la cama en pijama, abrió la puerta vidriera y salió a la terraza, pisando con los pies desnudos las losas de mármol y aspirando con fruición el aire embalsamado de olor a pinos.

El sol artificial de Valera, inmóvil en el espacio, donde las fuerzas de gravedad se neutralizaban unas a otras, brillaba siempre en el cenit, proyectando verticalmente la sombra de los árboles, los objetos y las personas.

Pese a lo temprano de la hora hacía calor. El aire estaba en calma y no se movía ni la aguja de un pino. En Valera eran desconocidos los huracanes y tempestades. Las brisas solían producirse durante las primeras horas de la tarde, al desplazarse las

masas de aire caldeado y húmedo desde el Ecuador a los polos, creándose así una depresión que venían a llenar las masas de aire fresco procedentes de los polos.

No había clima extremado en ninguna parte del planetillo, ni existía verano ni invierno. En todo tiempo reinaba aquí una perpetua primavera. ¡Extraño mundo! A Roerich le enfermaba. No acababa de acostumbrarse a él. Ni al clima, ni a las comidas, ni a la gente ni al propio Valera. ¡Era todo tan distinto!

Escuchando estas quejas su psiquiatra sonreía diciendo:

—¿Por qué no lo contempla desde otra perspectiva? Este mundo es perfectamente lógico. Usted es distinto. Lo ilógico sería que este mundo cambiara para acomodarse a sus gustos. Es usted quien debe esforzarse para adaptarse a él.

Cambiar. ¡Como si fuera tan sencillo!

El caso de Edward Roerich era singular, algo tan increíble que él mismo dudaba que hubiera ocurrido. ¡Era el primer caso en la Historia de un hombre que desde el año 1945 había saltado la barrera del Tiempo... hasta el año 25.651!

Edward Roerich había nacido en Alemania en 1913. El 1933 al triunfar el nacional socialismo, Roerich tenía veinte años. Afiliado al partido nazi había sido un militante de vanguardia en su ciudad natal, Munich. Licenciado en Historia y Política ingresó en el Cuerpo Diplomático a los veintitrés años. Desde 1937 a 1939 residió sucesivamente en Guatemala y Panamá como agregado a la Embajada del III Reich, colaborando con la Sección VI de las SS (Servicio de Inteligencia Extranjero), hasta que en 1940 regresó a Alemania.

Después de dos años en el frente del Este, (dos heridas en combate, Cruz de Hierro con Hojas de Roble) al final de la guerra Edward Roerich se encontraba en Berlín al frente de la Sección de Traductores del Departamento de Defensa, de nuevo en el Servicio de Inteligencia Extranjero, cuando llegó a sus manos el expediente instruido contra un granjero de Dresde llamado Hans Rudel, y su hija de veinte años Katherina.

La acusación era grave: entre el 14 y el 15 de abril de 1945, los Rudel habían dado asilo y ocultado a dos agentes extranjeros. Los eximientes presentados por la defensa carecían de fuerza probatoria; los Rudel declararon que Fidel Aznar y Miguel Ángel Aznar, los dos

hombres que llegaron a su granja, no pertenecían a ninguna potencia enemiga, sino que eran viajeros en la dimensión del Tiempo, venidos a la Alemania de mil novecientos cuarenta y cinco desde el año 25.651. ¡Eran seres del Futuro!

Los jueces no dieron crédito a esta historia y los Rudel fueron condenados a muerte. La sentencia se cumplió en Hans Rudel. Respecto de la muchacha, la ejecución, fue aplazada por encontrarse la reo en estado de gestación.

La misma noche que Edward Roerich leía este informe en su oficina de Berlín, se presentaba ante él un hombre que decía llamarse Fidel Aznar. Era el mismo que mes y medio atrás había escapado con su hermano de la granja de los Rudel. El extranjero, hablando un castellano extraño, venía con una absurda pretensión: comprar la libertad de Katherina Rudel con cierta cantidad de oro. Aseguró ser un hombre llegado del Futuro. Roerich lo mandó encerrar en un calabozo.

Sin embargo, ciertos aspectos en el individuo hicieron dudar a Roerich. Interrogó al prisionero, quien corroboró en todo la declaración de los Rudel. En compañía de su hermano y otro hombre, habían llegado tripulando una “astronave” viajando desde el Futuro al Presente.

Roerich se negó a creer esta fantástica historia, pero a partir de aquel momento una idea empezó a tomar cuerpo en su mente.

Se encontraban a primeros de abril de 1945. Acosada por sus poderosos enemigos Alemania se hallaba en una situación crítica, al borde de la derrota. Las promesas de Hitler de una evolución favorable de los acontecimientos, fundamentada en la puesta en acción de ciertas “armas secretas”, no llevaba camino de producirse, puesto que no existían tales armas. Más bien parecía que Hitler esperaba un milagro. ¡Y este milagro acababa de ocurrir! ¿No podía considerarse milagroso que hubieran llegado unos hombres del Futuro tripulando una aeronave? Fidel Aznar aseguraba que el poder destructor de su aeronave bastaría para poner fuera de combate todas las escuadras navales y las flotas aéreas del mundo. Siendo así, ¿no podría ganarse todavía la guerra, si los extranjeros accedían a poner su aeronave al servicio de Alemania?

Roerich expuso su idea a su inmediato superior. Éste era el “brigadeführer” SS (General de Brigada) Schmidbauer, quien

reaccionó de forma parecida a Roerich: incredulidad, dudas y un moderado optimismo. Aunque ilusionados, ambos convinieron en guardar secreto por temor a un desenlace que les pusiera en ridículo.

Pero Fidel Aznar se negó a colaborar, afirmando rotundamente que su aeronave jamás serviría a la causa de Alemania. Los alemanes nunca ganarían la guerra. Tal cosa no podía ocurrir, puesto que Alemania había perdido la guerra. Este suceso todavía estaba por ocurrir en el tiempo actual, pero en el tiempo de Aznar era un hecho histórico irreversible.

Ante la terca posición del extranjero, Roerich optó por la única alternativa posible. Torturaría a Aznar hasta arrancarle el consentimiento. Pero Aznar no era un hombre corriente, y adivinando las intenciones de Roerich escapó de la tortura sumiéndose en un profundo sueño cataléptico.

Unos días más tarde Roerich se entrevistaba con el Contralmirante Aznar a bordo de la astronave. La firme negativa del segundo Aznar impresionó a Roerich y le convenció de la inutilidad de sus esfuerzos. Roerich regresó a Berlín y rescató a Katherina Rudel del campo de concentración.

En los últimos días del cerco de Berlín, cuando Aznar despertó de su sueño, Roerich se puso de acuerdo con él para facilitarles la fuga. Ésta no pudo llevarse a cabo hasta la madrugada del mismo día que Hitler se suicidó. El Contralmirante Miguel Ángel Aznar acudió al rescate con una pequeña aeronave y poco después Roerich se encontraba a bordo de la astronave de sus amigos con Katherina Rudel.

Los Aznar hicieron a Roerich una proposición; le entregarían una cantidad de oro y lo desembarcarían en algún país sudamericano donde podría rehacer su vida. Pero Roerich había decidido otra cosa. Si los Aznar no se oponían quería regresar con la astronave a aquel fabuloso mundo situado en otra dimensión del Tiempo.

Los Aznar no se opusieron, si bien advirtieron a Roerich del riesgo al que se exponía. Al parecer había escasas probabilidades de llegar con vida al año 25.651. Katherina Rudel iba a intentarlo de todos modos. Roerich pensó que si Fidel Aznar consentía en llevar a su novia, era porque no existía tal riesgo. La débil resistencia que

opusieron los Aznar contribuyó a afianzarle en esta creencia. Pero Roerich estaba equivocado, el riesgo existía como pudo comprobar más tarde. Sólo él pudo llegar con vida al otro lado de aquel abismo de 23.706 años. Katherina Rudel, la amada del corazón de Fidel Aznar, pereció en el intento^[1].

* * *

Para Edward Roerich la cosa fue muy sencilla; todo se redujo a acostarse en el interior de una extraña caja recubierta interiormente de vidrio. Ante sus ojos estalló un fogonazo de luz, y casi inmediatamente se vio en el mismo lugar rodeado de personas que no conocía. Le dijeron que el viaje había terminado, y no se lo creyó.

Detrás de algo que parecía tan sencillo había un proceso de una complejidad enorme, y en el punto clave de todo ello una máquina fabulosa, la Karendón.

La Karendón era una máquina analítica terriblemente complicada. Situando un hombre en el interior de la cámara llamada de restitución, la máquina lo desintegraba de afuera adentro en fracciones de segundo. Simultáneamente con esta operación la máquina analizaba e identificaba cada una de las microscópicas partículas de materia, situando el lugar preciso donde cada una se encontraba sobre una línea de coordenadas tridimensionales. La máquina retenía en su memoria electrónica la identidad y ubicación de cada partícula y a continuación escribía todos los datos mediante un código de perforaciones sobre una lámina de oro.

El hombre había sido destruido. Pero si a continuación se introducía la lámina perforada en el lector electrónico de la máquina, la Karendón verificaba la operación al revés, restituyendo de adentro afuera el modelo original. La materia fabricada era idéntica a la destruida, pero no la misma.

La Karendón tenía la propiedad de transformar la energía en materia, pero además de su versatilidad para crear todo tipo de materia (cosa que también hacían otras máquinas) tenía la ventaja de integrar cada partícula de materia en un lugar predeterminado, lo que equivalía a dar forma a los objetos de la más compleja

estructura, incluso el cuerpo humano.

A partir de la Karendón todo podía ser creado sobre un modelo. La cinta perforada obtenida del original podía conservarse por tiempo indefinido, utilizarse miles de veces o servir de patrón para la obtención de otras copias. Siempre que se le diera un modelo, podía pedírsele cualquier cosa; desde receptores de televisión a automóviles, minerales, gases, petróleo, rábanos, langosta o una vaca.

Sólo tenía una limitación, y ésta parecía lógica. La máquina no podía crear seres vivos. Si se le daba a desintegrar una res viva, la Karendón reproduciría mil veces la misma res, pero de ellas solamente una aparecería viva, y las restantes 999 estarían muertas. Y lo mismo ocurría con los hombres.

La Karendón había venido a dar respuesta a una opinión largamente controvertida; la existencia del alma. Parecía que realmente la vida era consustancial con la presencia del alma y no podía existir sin ésta. El alma era indivisible. No tenía existencia física, por lo tanto no podía crearse ni destruirse. Si no podía destruirse sería inmortal. Ni el tiempo ni la distancia tendrían influencia sobre el alma.

También se demostraba que transmigraba, pues al ser restituido el hombre por la máquina Karendón, el alma retornaba al cuerpo destruido, aunque la materia de éste era distinta a la desintegrada.

Para viajar en la dimensión del tiempo los hermanos Aznar utilizaron la Karendón de forma ingeniosa.

Curiosamente los Aznar nunca habían pensado viajar al Pasado. Su propósito era demostrar experimentalmente que una nave podía viajar a mayor velocidad que la luz en una zona misteriosa e inexplorada llamada “subespacio”.

A fin de evitar a la tripulación los riesgos del experimento, se procedió a desintegrar a los tres astronautas en una Karendón situada a bordo de la astronave. Los tres astronautas fueron nuevamente restituidos de inmediato, pero en la máquina quedó la cinta grabada que viajaría con la nave.

La astronave fue lanzada al espacio y dirigida por medios totalmente automáticos, aceleró constantemente para cubrir una distancia calculada en cien billones de kilómetros. La distancia recorrida realmente fue de 138 billones de kilómetros antes de

detenerse. En este momento, accionada automáticamente funcionó la máquina Karendón.

En la base de donde salió la astronave, los tres astronautas habían entrado sucesivamente en otra Karendón para ser desintegrados. Sus almas, separadas de la materia, quedaron estacionadas en una titulada “Dimensión Temporal”, hasta que funcionó la Karendón a bordo de la astronave y sus almas fueron a animar los cuerpos restituidos allá.

Así fue como, al salir de la Karendón a bordo de la astronave, los tres astronautas se encontraron por sorpresa ante la Tierra del año mil novecientos cuarenta y cinco.

Después de su incursión en el Pasado, los astronautas utilizaron el mismo sistema para regresar. Desintegrados en el año 1945 a bordo de la astronave, al funcionar la Karendón situada en el año 25.651, se encontraron de nuevo en su dimensión.

Pero ni Katherina Rudel ni Edward Roerich podían viajar por este medio tan expeditivo, ya que no había una copia de sus componentes físicos para ser restituidos en la Karendón situada en el año 25.651. Desintegrados a bordo, las fórmulas de Katherina Rudel y Edward Roerich viajaron con la astronave. Si la nave se hubiese perdido en la travesía, ninguno de los dos alemanes habría llegado jamás. La astronave, sin embargo, encontró el camino de regreso. Pero al ser restituidos en la Karendón solamente Roerich apareció con vida. Katherina Rudel era un cadáver. ¿Por qué solamente Roerich pudo llegar con vida?

No se conocía la respuesta. Fidel Aznar, que era un extraordinario parapsicólogo, creía que la razón había que buscarla en el misterio de la transmigración. Si Katherina Rudel había vivido en mil novecientos cuarenta y cinco, ¿dónde estaba su alma en el año veinticinco mil seiscientos cincuenta y uno?

Respecto a Roerich no había duda, su alma estaba aquí. Pero el alma de la que un día se llamó Katherina Rudel podía estar animando otro cuerpo, aquí o en otro remoto planeta en la inmensidad del Universo. Si su alma se hubiese encontrado en la Dimensión Temporal, esperando reencarnar en otro ser, sin duda habría acudido a dar vida al cuerpo reconstruido por la máquina Karendón.

Edward Roerich saltó la barrera del Tiempo y alcanzó la “otra

orilla”. Saliendo por su propio pie de la cápsula de restitución de la máquina Karendón se encontró de pronto en un mundo extraño, un mundo que no era la Tierra, sino cierto planetillo llamado Valera.

De dimensiones parecidas a la Luna, Valera era un planetillo hueco. Los terrícolas lo hallaron por casualidad en un remoto rincón de la galaxia, cerca de un planeta llamado Redención. Al explorarlo más tarde comprobaron que la materia del planetillo era un metal tenacísimo, de densidad 20.000, el cual se conocía por el nombre de “dedona”.

La “dedona” tenía una rara propiedad; inducida eléctricamente cambiaba de polaridad y rechazaba la proximidad de las grandes masas. En su aplicación práctica, una aeronave de casco de “dedona”, inducido eléctricamente, creaba un campo de fuerza antimagnético que la hacía separarse del suelo. Esta fuerza de rechazo adquiría su valor máximo en contacto con el suelo, y disminuía de forma proporcional con el cuadrado de la distancia.

Conocida esta propiedad de la “dedona”, los descubridores aprovecharon las condiciones naturales del planetillo para convertirlo en una gigantesca nave del espacio, la mayor que había existido nunca.

Cuando Edward Roerich vio por primera vez el autoplaneta no sospechó siquiera que se encontrara en un mundo capaz de volar y autodirigirse, viajando en el espacio intergaláctico a velocidades próximas a la de la luz. En verdad, el forastero que llegaba a VALERA no veía nada extraño. El sol brillaba sobre su cabeza irradiando luz y calor. Veía montañas y valles, ríos y mares, bosques y praderas, y hermosas y pulcras ciudades de rascacielos de acero y cristal.

Las sorpresas empezaban con la observación del paisaje. Entonces uno se daba cuenta de que, en lugar de un horizonte limitado por la curvatura del planeta, el observador parecía situado en el fondo de una enorme cazuela. El terreno a su alrededor se curvaba hacia arriba, y la única limitación era la que imponía, por una parte, el alcance de la vista, y por otra, la neblina de vapor que el calor del sol levantaba de la tierra y los mares. Tal fenómeno tenía una lógica explicación, aunque no siempre fácil de asimilar: los valeranos vivían sobre la superficie interior del planetillo, dentro de una esfera cerrada. En condiciones de óptima visibilidad,

los habitantes de VALERA podrían ver sobre sus cabezas, a 3.000 kilómetros de distancia, las ciudades del hemisferio opuesto “cabeza abajo”. Uno tardaba en acostumbrarse a estas cosas.

Los valeranos habían hecho cosas maravillosas en su pequeño mundo. En la génesis de VALERA construyeron un sol artificial, un globo de 25 kilómetros de diámetro, especie de satélite inmóvil, suspendido como una gigantesca lámpara en el centro del espacio, donde las fuerzas de gravedad se neutralizaban unas a otras. Dos poderosos generadores atómicos funcionaban en el interior de este sol artificial.

El planetillo carecía de aire y de agua. Su superficie interior, de 28.300.000 kilómetros cuadrados, equivalente a la de Sudamérica, era un inhóspito desierto, lo mismo que la cara exterior.

Construida la lámpara solar, los valeranos iniciaron su gigantesca obra cerrando herméticamente las grietas que comunicaban el interior con el exterior. En su lugar practicaron 500 túneles o pozos, cerrados en cada extremo por poderosas compuertas de “dedona” accionadas hidráulicamente, a las que llamaron “esclusas”.

Se formó, molécula a molécula, una atmósfera de 200 millones de kilómetros cúbicos de nitrógeno y oxígeno; se fabricaron o aportaron desde Redención un millón de kilómetros cúbicos de agua, y se acarrearon 75 billones de metros cúbicos de tierra para formar un suelo vegetal que cubría 15 millones de kilómetros cuadrados, en los cuales se plantaron árboles y plantas, a quienes se confió la misión de purificar y renovar la atmósfera.

La obra faraónica de los valeranos invirtió dos siglos, siendo complementada en los años siguientes con la construcción de ciudades y autopistas, ferrocarriles y estaciones depuradoras de agua, arsenales y bases militares, así como defensas de superficie comunicadas con el interior por ocho millones de pozos montacargas.

Construido con vistas a su utilización como nave de guerra, VALERA operaba a enormes distancias a modo de un gigantesco portaaviones. Su radio de acción era ilimitado. Podía ir de un lado a otro, y en sus largos desplazamientos, en los que invertía decenas de años, incluso siglos, llevaba consigo su propia fuerza de ataque, constituida por una formidable Armada Sideral y un poderoso

Ejército Autómata.

La población del planetillo había variado mucho según los tiempos y las circunstancias. Calculado originalmente para albergar cómodamente 80 millones de habitantes en 20 grandes ciudades, llegó a contar 200 millones. En la actualidad esta población había quedado reducida a veinticinco millones.

CAPÍTULO II

ACAABA de la que estaba. Roerich Aznar había seguido cuando una mujer joven y alta que vestía una bata blanca, con los galones de Capitán de fragata bordados en oro sobre un retazo de tela negra prendida sobre el bolsillo superior izquierdo.

—Hola, Roerich, buenos días, —saludó Aznar—. Le presento a la doctora Devesa, que va a ocuparse de usted. Isabel, él es el Coronel Roerich, de quien te hablé.

—¿El hombre del Siglo Veinte? —dijo Isabel Devesa estrechando la mano de Roerich. Le miró con curiosidad—. Muy interesante. Le vi en televisión un par de veces. Tengo entendido que ha publicado un libro muy polémico. No lo he leído.

—De eso se ha librado —contestó Roerich admirando la cálida y serena belleza de la doctora.

Ella debía tener veinticinco o veintiocho años, aunque en cuestiones de edad Roerich solía fallar con frecuencia en esta moderna sociedad de Valera, donde las gentes prolongaban su período medio de vida hasta más allá de los trescientos años.

Fidel Aznar, que era un gigante rubio de dos metros de estatura con una cabeza chocantemente grande, se quedó observando a Roerich atentamente. El doctor Aznar era un insondable pozo de misteriosas facultades, entre ellas la de leer el pensamiento, predecir el futuro y ver el aura que, según se decía, era un halo que envolvía a todos los seres vivos, hombres, animales, incluso plantas.

—¿Cuál es el problema, Roerich? ¿Está asustado?

—¿No hay forma de ocultarle nada, eh? —gruñó Roerich—. Sí, estoy asustado.

—No hay razón para sentirse preocupado —dijo Aznar—. La hibernación es una práctica largamente experimentada, aunque más arriesgada que la desmaterialización.

—Ya discutimos eso, doctor. Nada de desmaterialización.

—Bien, como usted quiera. Le dejo con la doctora Devesa, nos veremos más tarde —dijo Fidel Aznar despidiéndose.

Salió cerrando la puerta y Roerich miró con cierto embarazo a la doctora Devesa.

—¿Quiere que nos sentemos?

La doctora asintió. La habitación era muy amplia y tenía un diván en uno de los ángulos, formando juego con dos sillones y una mesita. Edward se sentó en el diván, haciéndolo la doctora en uno de los sillones. Al cruzar las piernas Isabel Devesa le mostró generosamente la firmeza del muslo. Una de las cosas que más apreciaba Roerich era la actual moda de la falda corta. La doctora tenía unas bonitas piernas, ni delgadas ni demasiado gordas, justamente como le gustaban a él.

—¿Casada?

—No.

—Yo también soy soltero.

—¿Era también soltero cuando vivía en Alemania?

—¡Oh, por supuesto! —protestó Roerich.

—¿Por qué ha pedido ser hibernado, en lugar de aceptar la máquina Karendón como los demás?

—¿Aznar no le ha explicado mi caso?

—El doctor Aznar es un hombre muy ocupado, y yo acabo de incorporarme al Hospital después de un mes de vacaciones. Apenas hemos tenido ocasión de cruzar unas palabras.

Roerich hizo una mueca de contrariedad.

—He recibido una papeleta de citación para entrar en la Karendón el día primero de febrero. Al parecer voy a ser uno de los primeros en ausentarse. Eso me preocupa. Temo que si soy desmaterializado en la máquina, cuando vuelvan a restituirme me encuentren muerto.

—¿Por qué piensa eso?

—Porque creo que puede ocurrir, y ni siquiera Fidel Aznar, con todo su caudal de ciencia, se atreve a negar tal posibilidad. Dentro de poco el autoplaneta va a viajar y toda su tripulación será desmaterializada y convertida en millares de tambores de cinta metálica perforada, hasta que Valera llegue a alguna parte y todos vuelvan a ser restituidos con la misma edad y aspecto que tenían

antes de emprender el viaje. Respecto a ustedes parece que no hay problema; todos pertenecen a un tiempo que es el tiempo actual de Valera. ¿Pero qué ocurrirá conmigo? Salté limpiamente del año mil novecientos cuarenta y cinco al veinticinco mil seiscientos cincuenta y uno, dejando atrás veintitrés mil setecientos seis años. ¿Era mi destino evadirme del Siglo Veinte para continuar mi vida aquí, o simplemente se me ha concedido unas vacaciones en el Futuro, para regresar a la Tierra en el tiempo al cual pertenezco?

—Usted nunca podrá regresar a mil novecientos cuarenta y cinco, salvo que hiciera a la inversa el viaje que le trajo a nuestra dimensión. La materia no puede viajar en el Tiempo.

—Ese es el problema. Mi cuerpo físico no puede regresar, pero mi alma sí puede. Bastaría que me desmaterializaran ahora para que mi alma, libre de mi existencia material, volara hacia atrás en la dimensión del Tiempo para reencarnar en el ser que tenía destinado. Cuando la Karendón me restituyera de nuevo mi alma estaría ocupada en otro lado y no acudiría a mí.

Isabel Devesa asintió moviendo repetidamente la cabeza.

—Comprendo sus temores. ¿Pero qué ocurrirá si le hibernamos? ¿No existirá el mismo riesgo de que nunca llegue a despertar?

—No, porque el hibernado no está muerto. Sus funciones vitales descienden por debajo del nivel de consciencia, pero en realidad no se interrumpen. Usted sabe esto mucho mejor que yo. El doctor Fidel asegura que en ese estado el alma no abandona el cuerpo. De eso se trata; de que yo pueda llegar al final del viaje sin envejecer, y retener mi alma.

—Como truco no está mal —dijo la doctora admirada—. ¿Pero sabe los riesgos a que estará expuesto?

—Prefiero que no me lo diga. Al fin y al cabo, nada peor puede ocurrirme que morir. Y también moriría si entrara en la Karendón, de modo que no tengo dónde escoger.

—¡Pero usted no sabe lo que realmente le ocurriría si se dejara desmaterializar!

—Tiene usted razón, para saberlo tendría que hacer la prueba, pero no la haré.

La doctora descruzó las piernas y se puso en pie.

—Como usted quiera. Prepárese, porque vamos a hacerle un chequeo a fondo.

—¿Un chequeo? ¿Quiere decir un reconocimiento médico?

—El tipo de hibernación al que vamos a someterle es el más seguro, pero exige a cambio unas condiciones óptimas en el individuo. Mandaré por usted dentro de un rato.

La doctora abandonó la habitación y Roerich volvió a dejarse caer en el diván. Se preguntó por qué demonios había tenido que venir a parar a Valera cuando el autoplaneta se disponía a emprender uno que aquellos viajes en los que invertía siglos.

En su última singladura, desde el circumplaneta Atolón a la Tierra, el autoplaneta había invertido nada menos que trescientos años. ¡Tres siglos volando a casi la velocidad de la luz! La pequeñez del Hombre y la brevedad de su vida se ponían de manifiesto tan pronto la criatura humana abandonaba aquel minúsculo planeta donde vivía inmerso en una delgada capa de nitrógeno y oxígeno.

Pero si se comparaba la insignificancia del Hombre frente a la inmensidad del Universo, todavía causaba más maravilla que este minúsculo ser fuera capaz de proyectarse fuera de su mundo y alcanzar, a fuerza de ingenio y tenacidad, otros mundos situados a aterradoras distancias de su planeta de origen.

El Tiempo, aquella barrera infranqueable que se levantaba entre el Hombre y el Universo, había sido vencida también. En su último viaje entre Atolón y la Tierra, los valeranos utilizaron por primera vez un truco genial para burlar a Cronos. Sencillamente, se desmaterializaron en las máquinas Karendón y esperaron hasta llegar a la Tierra para incorporarse de nuevo a la vida.

Sin embargo, en el próximo viaje, los astronautas iban a intentar el “más difícil todavía”. Ahora se proponían experimentar el vuelo en el hiperespacio, aquella dimensión desconocida donde todo podía ocurrir, desde que el autoplaneta alcanzara varias veces la velocidad de la luz, hasta que saltara en pedazos arrastrando consigo a la catástrofe a todos sus tripulantes.

En opinión de Edward Roerich aquellos tipos estaban rematadamente locos. ¿Para qué andar más aprisa? Después de todo, mientras estaban desmaterializados, el tiempo no contaba para ellos, ni siquiera tenían noción de su existencia. ¿Para qué, entonces, complicarse la vida haciendo correr todavía más a su autoplaneta? ¿Qué ocurriría si, marchando a diez o veinte veces la velocidad de la luz, estallara el planetillo?

Cuando en cierta ocasión Roerich hizo esta misma pregunta a Miguel Ángel Aznar, recién ascendido a Vicealmirante, recibió una respuesta desconcertante: “Ni nos enteraríamos”. ¡Valiente consuelo!

* * *

Roerich había pasado por otros exámenes médicos y esperaba un largo peregrinar de una clínica a otra; aquí sacándole sangre, allá orina, en el otro lado rayos Equis y más allá un cardiograma...

Pero todo fue mucho más sencillo, el chequeo íntegro se llevó a cabo en una sola habitación por medio de una complicada máquina. Por supuesto, no se libró de los pinchazos, y durante un rato le cubrieron de gomas, ventosas y electrodos. Todo el proceso estuvo amenizado por el constante ir y venir de una encantadora enfermera que llevaba una faldita a mitad del muslo y apuntaba las indicaciones de los aparatos de control.

Terminado el chequeo le enviaron de regreso a su habitación. Después del almuerzo la doctora Isabel Devesa se presentó ante Roerich llevando un cartapacio. Edward estaba presenciando un programa de televisión y apagó el aparato.

—Supongo que todo estará bien —dijo Edward Roerich.

—No tan bien —contestó la doctora—. Vamos a sustituirle el corazón por otro artificial.

Roerich pegó un respingo.

—¡Oiga, no! ¿Qué le ocurre a mi corazón?

—Está viejo.

—¡Viejo, y sólo tengo treinta y tres años! Usted bromea.

—A los treinta y tres años el corazón de un hombre se encuentra a la mitad de uso. No aquí, por supuesto. Pero allá en el mil novecientos cuarenta y cinco, con la absurda alimentación que usaban ustedes y su falta de atención médica, un hombre podía darse por satisfecho si alcanzaba el tiempo medio de vida, que estaba alrededor de los sesenta años. ¿Ha oído hablar de la arteriosclerosis?

—Sólo tengo una idea...

—Bajo este nombre se encuadra una serie de fenómenos involutivos de las arterias, en virtud de los cuales éstas engrosan sus

paredes y pierden elasticidad. Este endurecimiento es la consecuencia de la formación de ateromas en la pared interna de los vasos. Los ateromas son cúmulos de lípidos fibrosados y calcificados. Estas formaciones anómalas facilitan la formación de trombos (coágulos de sangre) y predisponen a la rotura de la pared arterial. En el corazón, la arteriosclerosis coronaria produce atrofia y fibrosis de miocardio. Da origen a fenómenos de angor y puede conducir al infarto.

—Quiere decir que tengo un corazón hecho una birria...

—No, en modo alguno. Su corazón todavía podría servirle en condiciones normales de uso para muchos años más. Pero si insiste en ser hibernado, lo conveniente y aconsejable es ponerle un corazón artificial. Prácticamente se hace en todos los casos como medida de seguridad, y siempre cuando la hibernación se programa para un largo período de tiempo. Tenga en cuenta que mientras esté hibernado su corazón sólo dará tres pulsaciones por minuto. Un corazón lesionado podría quedarse dormido y pararse definitivamente. Por el contrario, con un corazón artificial tal percance no puede ocurrir nunca. El corazón entonces se conecta directamente al estimulador de la máquina y funciona con la regularidad de un reloj.

—Siempre había creído que en estado de hibernación se paraba el corazón.

—Existe una técnica muy antigua en la que el corazón queda paralizado, así como el hígado y el resto de los órganos vitales. La rehabilitación en estos casos siempre resulta laboriosa, y frecuentemente se producen lesiones irreparables en las células cerebrales. En el sistema que emplearemos con usted las funciones vitales no se interrumpen, sino que descienden a un mínimo nivel de actividad. De hecho reproducimos las condiciones de ciertos animales, que en estado de hibernación reducen los latidos de su corazón a tres pulsaciones por minuto y la respiración a una inhalación cada tres minutos. Los animales se bastan para lograrlo gracias a su especial metabolismo, pero nosotros tenemos que recurrir a una máquina. Esta máquina es en síntesis un equipo de bombeo. La bomba extraerá toda su sangre y en su lugar le inyectaremos un compuesto de fluorine y carbón, más un producto llamado

mezclado con dos terceras partes de agua. Es lo que llamamos sangre artificial. Como la sangre verdadera, este compuesto transporta oxígeno a todas las células del cuerpo, por lo tanto, usted no necesitará respirar. La bomba renovará constantemente el flujo de sangre artificial a través de sus venas, añadiéndole cada vez elementos de nutrición. Esta sangre artificial no se coagula, sus corpúsculos son cien veces más pequeños que los de la sangre verdadera, por lo tanto puede alcanzar mejor los tejidos mal nutridos. Y lo que es más importante, evita las infecciones de tipo bacilar, que en un individuo hibernado podrían tener consecuencias fatales. Quedan otros aspectos secundarios; tendremos que extirparle de raíz el cabello y los pelos de la barba, y arrancarle las uñas de las manos y los pies para sustituirlas por otras de acero...

—¡Caramba! ¿Es necesario todo eso? —protestó Roerich.

—Es imprescindible. Las uñas, como el pelo, seguirán creciendo mientras esté hibernado, aunque muy despacio. Le colocaremos en el interior de un molde de plástico perfectamente ajustado a sus medidas, de modo que aunque de pie su peso no gravitará exclusivamente sobre los pies, sino que estará convenientemente repartido. En este espacio tan reducido el crecimiento del pelo y las uñas podría causarle lesiones.

—Nunca pensé que eso de la hibernación resultara tan complicado —murmuró Roerich.

—Todo sería más sencillo si aceptara usted la desmaterialización, y a la larga quizá fuera menor el riesgo. Este viaje no será como los anteriores. Nuestro autoplaneta se propone penetrar en una región del espacio todavía inexplorada. Toda la tripulación será desmaterializada. Esto quiere decir que nadie quedará aquí para cuidar de la cripta de hibernación ni acudir en su socorro en caso de que sonara la alarma. Su vida dependerá del correcto e ininterrumpido funcionamiento de una máquina que, aunque perfecta y duradera, siempre es susceptible de sufrir una avería durante un tiempo tan prolongado.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Roerich malhumorado.

—Dos mil años.

—¡Dos mil años! —respingó Roerich—. ¿Pero es que va a durar tanto este viaje?

—Nadie lo sabe. El autoplaneta viajará mucho más rápido esta vez, pero también es cierto que la distancia a recorrer será mucho mayor que todas las veces anteriores. Incluso dos mil años puede ser poco. Pero si llegamos antes a alguna parte le reanimaremos y no habrá pasado nada.

—¿Y si el viaje se prolonga más de dos mil años? ¿Qué ocurrirá conmigo?

—Si el equipo ha funcionado correctamente, usted despertará y se encontrará sólo en un autoplaneta que estará volando a varias veces la velocidad de la luz. A menos que prefiera usted vivir solo varios siglos más, tendrá que desmaterializarse en la máquina Karendón. De lo contrario, cuando los demás seamos restituidos, nos encontraremos con un viejecito.

—Y ese viejecito seré yo —gruñó Roerich ante la sonrisa maliciosa de la doctora—. ¡No tiene ninguna gracia, señora Devesa!

—Le he expuesto los peligros que correrá por su terquedad en negarse a ser desmaterializado. Lo que decida después será por cuenta suya.

—Pues mire, a pesar de todo voy a escoger la hibernación.

—Muy bien, allá usted. Vaya preparándose, mañana entrará en el quirófano —dijo la doctora Devesa abandonando la habitación.

Roerich quedó muy preocupado. No era agradable la perspectiva insinuada por la doctora; pasar lo peor y salir de la cripta de hibernación para encontrarse solo en un planetillo sin un ser humano.

Después de una noche sin sueño, Roerich buscó al día siguiente al doctor Aznar para que le tranquilizara, pero no pudo hacerse con él antes de que le llevaran al quirófano.

“¡Dios mío, pero quién me mandaba meterme en estos líos!” se dijo cuando le administraban la anestesia.

Quedó dormido y despertó en su habitación. Tan pronto recobró la consciencia se llevó la mano al pecho buscando los latidos del corazón. Sí, allí estaba aquel órgano extraño latiendo poderosa y acompasadamente. Una enfermera vino para administrarle un calmante. Durmió el resto de la noche y despertó al día siguiente.

Hacia el mediodía vino a verle el doctor Aznar. Roerich no sólo se encontraba perfectamente lúcido. Se sentía tan bien que incluso tenía apetito.

—¿Cómo le va con su nuevo corazón? —le preguntó Aznar.

—¡Estupendo! Espero que por el hecho de tener un corazón artificial no me impida amar a las mujeres.

—Claro que no —repuso Fidel Aznar riéndose.

Roerich le expuso entonces su preocupación. La máquina que cuidaría de él mientras estuviera hibernado, ¿no sufriría ninguna avería? ¿Qué ocurriría si era reanimado cuando el autoplaneta todavía estaba viajando?

—Bueno, si sale usted de la cripta y tiene ocasión de echar una mirada a lo que ocurre fuera, seguramente presenciara un espectáculo sorprendente. Por efectos de la velocidad el autoplaneta experimentará un fenómeno de dilatación. No sólo se dilatará el planetillo, sino proporcionalmente todo cuanto se encuentra en él. Su ojo será tan enorme que podrá abarcar con la mirada galaxias y nebulosas lejanas, mientras las estrellas más próximas serán tan pequeñas que ni siquiera las verá.

—Muy poético. ¿Pero despertaré? —gruñó Roerich.

No tiene por qué preocuparse. Si la máquina se detuviera por causa de alguna imprevisible avería, automáticamente entraría en funciones el equipo de recuperación. En el peor de los casos se encontraría usted en un mundo vacío de gente. Si ocurriera esto, lo aconsejable es que recurra usted a la Karendón y se desmaterialice. Tenemos una Karendón en el subterráneo, cerca de la cripta donde usted será hibernado. No estaría de más que aprendiera usted a manejar esa máquina por lo que pudiera ocurrir.

Roerich soltó un gruñido. Fidel Aznar se marchó poco después y Roerich pasó revista a todos los inconvenientes que estaban surgiendo en su propósito de ser hibernado. Parecía como si todos se hubieran puesto de acuerdo para disuadirle. Pero Roerich era un hombre obstinado. Pasara lo que pasara estaba dispuesto a seguir adelante.

CAPÍTULO III

En los días anteriores a la Navidad del Ejército Romedillo, sobre el autoplaneta desde Venus, la Tierra y Marte, y las tripulaciones de unos y otros desembarcaron dirigiéndose al interior del planetillo por todos los túneles y montacargas.

En la víspera de Navidad el Almirante Aznar se dirigió al pueblo por televisión para felicitar a todos y anunciar oficialmente la próxima partida del autoplaneta.

En aquel momento existía una división de opiniones entre los valeranos. Mientras unos aprobaban la aventura del viaje al hiperespacio, otros eran partidarios de regresar a Atolón por la ruta ordinaria. Pero el autoplaneta se regía por las Ordenanzas Militares de los buques de guerra, y el Almirante Aznar, como supremo Comandante, había decidido ya, después de asesorarse de todos los riesgos posibles a través de los más eminentes científicos.

Para Edward Roerich había una posibilidad de evitar tanto los riesgos de la hibernación como los todavía más temidos de la desmaterialización: quedarse en Ganímedes.

Aquí, en este satélite de Saturno, tan grande como el propio Valera, iba a quedar una guarnición permanente destinada a vigilar los destruidos planetas y aplastar a los Hombres de Titanio si intentaban reorganizarse y colonizar de nuevo los mundos que les habían sido arrebatados.

Antes de marcharse, Valera descargaría en las bases de Ganímedes todos los excedentes de su copioso material bélico reducido: maquinaria, blindados, cañones y millones de proyectiles de todo tipo y soldados robot.

Ganímedes, el único mundo habitable que no había quedado envenenado de radioactividad, tenía una atmósfera de nitrógeno y oxígeno perfectamente apta para los seres terrícolas. La colonia de

Ganímedes sería en un futuro no lejano el núcleo del cual nacería la nueva población de la Tierra. Respecto a Venus y Marte, sus atmósferas habían sido volatilizadas durante la guerra, y no existían planes inmediatos para su rehabilitación.

Aunque podía haberse quedado en la colonia de Ganímedes y asistir a la reconstrucción de la Tierra, Edward Roerich optó sin embargo por acompañar a los valeranos en su arriesgado viaje a través del hiperespacio. Roerich tenía al fin y al cabo un espíritu aventurero, y ninguna de las posibilidades que le ofrecía la permanencia en Ganímedes podía compararse a la inquietud y la emoción que despertaba en él la aventura del autoplaneta.

Edward Roerich pasó la Navidad en el Hospital, donde hubo fiesta y banquete extraordinario. La guerra había terminado y todo el mundo parecía distinto, más alegre y comunicativo que de ordinario.

En la semana siguiente Roerich fue sometido a un tratamiento en el que perdió todo el cabello y los pelos de la barba.

Respecto al cabello, poco era ya el que le quedaba, de modo que no había razón para entristecerse demasiado. Por el contrario, ahora tenía un bien justificado pretexto para llevar peluca, cosa que antes le producía cierta vergüenza. Con la peluca se vio distinto; más joven y favorecido.

También le quitaron las uñas de manos y pies, siendo sustituidas por otras de acero. El corazón, mientras tanto, le funcionaba con la regularidad de un reloj. Un gran número de valeranos, especialmente personas de cierta edad, llevaban diversidad de órganos artificiales; pequeñas máquinas de una precisión maravillosa, tan valiosas como joyas, pero que reproducidas por la máquina Karendón resultaban a un costo insignificante.

En la noche de fin de año el Almirante Mayor abrió los salones del Palacio Residencial para ofrecer una fiesta a sus numerosos amigos. Al final hubo cotillón y, excepcionalmente, se brindó con champaña por el Año Nuevo, el victorioso fin de la guerra y el éxito de Valera en su próximo viaje.

¿Champaña en el año 25.653, cuando hacía milenios que no se cultivaban viñedos en la Tierra? Sí; era un obsequio de la máquina Karendón.

También Edward Roerich recibió su invitación, un detalle que le

envaneció y le hizo hincharse como un pavo real entre los conocidos del Hospital General de la Armada.

Por el contrario, al verse en los suntuosos salones del Palacio Residencial, Roerich se sintió tan insignificante y diminuto como un gusano. El Ejército y la Armada, que usaban uniformes de diario muy sencillos, habían desenterrado la moda de los viejos uniformes de gala que se estilaron en la llamada época de los grandes almirantes. El Almirante Aznar, que era un hombre “chapado a la antigua”, había sido el promotor de este asunto por propia y personal iniciativa.

Con la prosperidad alcanzada gracias a la máquina Karendón ya no se justificaba la sobriedad en los uniformes de los tiempos en que Valera, alcanzada su independencia, tenía que alimentar y vestir a doscientos millones de valeranos desmoralizados y divididos entre sí por la política.

Los uniformes del Ejército y la Armada eran algo realmente fastuoso. En el Ejército, los oficiales vestían pantalón ceñido azul con galón de oro en las costuras. Botas altas negras de charol, guerrera roja con botonadura de oro y grandes charreteras, cinto blanco y artístico espadín con empuñadura de piedras preciosas. Pero lo más aparatoso era el casco de gala, que era de un plástico ligero dorado rematado con un flotante plumero de plumas amarillas y verdes. En ceremonias de gran gala, como revistas y desfiles, investiduras y funerales, los generales lucían coraza de “diamantina” con artísticos relieves en baño de oro.

La Armada no se quedaba atrás en fantasía y sus jefes vestían chaquetilla corta color verde brillante con botonadura y charreteras de oro y galones dorados en la bocamanga, calzón blanco con galón verde en las costuras, zapatos negros y bicornio con plumas blancas, cinturón morado y espadín de gala. Como sus colegas los generales los almirantes lucían en ocasiones de gran gala coraza blanca esmaltada con adornos y motivos en oro y verde.

No sólo se encontraba allí la flor y nata de la Armada Sideral y el Ejército. La élite de la sociedad de Valera, constituida por los cerebros más eminentes, se manifestaba en número más abundante que los militares, aunque los uniformes de éstos resultaran más llamativos.

Al contrario de como había ocurrido siempre, la clase social

elevada no era la privilegiada en la sociedad de Valera. Estos generales y almirantes, estos científicos, investigadores y médicos eminentes, los alcaldes, jefes de Policía y funcionarios, eran la firme base sobre la que se desarrollaba el continuo progreso y el bienestar de millones de valeranos.

El joven valerano que alcanzaba su mayoría de edad tenía ante sí dos caminos. Cumplir los dos años en el Servicio de Trabajo Obligatorio, y luego dedicarse a holgar el resto de su vida, integrado en la masa que veía televisión, asistía a los partidos de fútbol y practicaba los deportes y la jardinería, o bien aspirar a un puesto relevante en la sociedad.

Si escogía lo último, sus dificultades no habrían hecho más que empezar. En primer lugar le esperaba una dura lucha para destacar donde ya existían médicos de fama, geniales hombres de armas y eminentes científicos que aportaron algún descubrimiento o alguna larga y paciente labor al servicio de la sociedad. En segundo lugar no existían puestos retribuidos.

El profesional era siempre una mujer o un hombre dotado de un formidable espíritu de sacrificio. El médico que acudía diariamente a la clínica; el científico que dedicaba años enteros a la callada labor de investigación, a veces para no llegar a ninguna parte, el laborioso ingeniero que dirigía la construcción de un nuevo reactor nuclear, a lo sumo que podían aspirar era a la satisfacción personal del deber cumplido. La masa que recibía los beneficios de su sacrificio le ignoraba la mayoría de las veces, a veces incluso exigían de él más de lo que tenían derecho a pedir.

La máxima recompensa de estos hombres y mujeres consistía en ser distinguidos con alguna medalla o un puesto de responsabilidad al frente de un Hospital, un Instituto Tecnológico, una Universidad o una Flota Sideral. La mayoría jamás alcanzaría a salir de su anonimato, a pesar de lo cual millares de mujeres y hombres, los “profesionales”, laboraban eficaz y calladamente por el bien común. Muchos abandonaban en el camino para ser sustituidos por otros aspirantes a la notoriedad.

El afán de notoriedad era la fuerza que impulsaba a esta moderna sociedad, como en un remoto pasado lo había sido el afán de riquezas. Si al final uno conseguía ser invitado a una fiesta en el Palacio Residencial, no había razón para que otros millones de

valeranos se sintieran relegados. El camino estaba abierto para todo el mundo. Lo único que hacía falta para llegar era fuerza de voluntad, un cerebro privilegiado... y al final de todo un poco de suerte.

Sin embargo había otros caminos para alcanzar la fama y la admiración del pueblo. Los invitados del Almirante Mayor no se reducían solamente a científicos y hombres de armas. También se veían allí músicos famosos, cantantes excepcionales, pintores, escultores, poetas y escritores de renombre, artistas de televisión, campeones olímpicos, futbolistas y presidentes de clubs, diseñadores de modas, periodistas... y un largo etcétera de personalidades en todas las actividades.

En la fiesta del año anterior, Edward Roerich había sido el máximo centro de atracción. Acababa de llegar a Valera desde la Alemania nazi del 1945, había aparecido repetidas veces en las pantallas de televisión con su uniforme de Coronel de las SS...

Pero el interés de las masas solía cambiar con el curso de los acontecimientos, y este año Roerich ya no era figura descollante. La mayoría de los invitados ni siquiera le recordaban y aquellos que le recordaban habían olvidado su nombre...

La mayoría de aquella gente no estaba acostumbrada al alcohol, y el champaña empezaba a surtir sus efectos cuando Roerich se encontró de frente con la doctora Devesa. Evidentemente la guapa doctora estaba achispada. Tenía las mejillas encendidas y le brillaban extraordinariamente los ojos. Su vestido era sencillo y elegante, una larga túnica que le llegaba hasta los pies y era sostenida por un broche de pedrería sobre un hombro, dejando al desnudo el otro hombro y los torneados brazos.

Roerich siempre la había visto con la bata profesional y ahora quedó impresionado.

—¡Hola, Coronel! —dijo la doctora colgándose del brazo de Roerich—. Hágame un favor, sáqueme de aquí. Estoy a punto de desmayarme de calor.

En efecto, el calor era casi sofocante en los salones llenos de gente, con todas las ventanas abiertas. Cerca de allí había una puerta de cristales que daba a una terraza. Salieron a la terraza, que daba sobre un jardín, y la doctora fue a apoyarse en la balaustrada.

—Creo que he bebido demasiado champán —dijo Isabel Devesa

echando la cabeza atrás y aspirando profundamente el aire fresco de la noche—. ¡Qué barbaridad, todo me da vueltas!

En efecto, se tambaleaba. Roerich la sostuvo por la cintura y la ayudó a llegar hasta un banco de piedra adosado a un macizo de plantas ornamentales. Allí la doctora echó la cabeza atrás apoyando la nuca en el hombro de Roerich.

—¡Dios mío, que mal me siento! —murmuró después de un rato de silencio.

De pronto retiró la cabeza, se inclinó y empezó a vomitar.

Roerich le sostuvo la cabeza poniendo sus manos sobre la calenturienta frente de ella. Después de una pausa llegó otro vómito tan copioso o más que el primero. Isabel Devesa escupió y rezongó algo entre dientes.

—Ahora que lo ha echado fuera se sentirá mejor —aseguró Roerich, olvidando que ella era médico.

En efecto, después de jadear unos minutos la joven empezó a sentirse mejor y levantó la cabeza pidiendo un pañuelo. Roerich le dio el suyo. Del suelo subía un horrible olor a vino y a comida a medio digerir.

—¡Dios mío, cuánto lo siento, vaya un espectáculo! —se lamentó Isabel Devesa a punto de llorar.

Roerich se levantó, encontró una manguera y vino con ella para barrer con el chorro de agua la mancha y echarlo todo por un imbornal. Isabel Devesa había subido los pies al banco y estaba allí, acurrucada, con las manos alrededor de las piernas y la frente descansando en las rodillas, mientras Roerich manejaba la manguera.

—¿Lo ve? Hemos borrado toda huella de nuestro delito —dijo Roerich confidencialmente regresando junto a la doctora.

Isabel Devesa echó los pies al suelo y buscó el hombro de Roerich, que estaba de nuevo sentado a su lado. El suave perfume de los cabellos de la mujer llegaba hasta el olfato del alemán. Ella se estremeció de frío. Aunque Roerich se encontraba muy a gusto sugirió:

—¿Por qué no se marcha a casa?

—Sí, creo que será lo mejor. ¿Quiere llevarme usted? En mi estado no me atrevo a conducir el automóvil. Hay una escalera por aquí. Prefiero no pasar por el salón.

En efecto, había una escalera de mármol que conducía desde la terraza a otra terraza inferior y por ésta entraron a otros salones y alcanzaron la puerta de la calle.

El automóvil de Isabel Devesa estaba en la playa de aparcamiento, detrás de las verjas de “dedona” que separaban al Palacio de la Plaza de España. Los soldados de la guardia les miraron con una sonrisa mientras pasaban tambaleándose y bajaban la gran escalinata hacia el automóvil.

Isabel Devesa buscó en su pequeño bolso y le dio las llaves. Sólo los automóviles particulares tenían cerradura. Los funcionarios y profesionales de cierta categoría disfrutaban de algunas pequeñas ventajas como premio a sus servicios en beneficio de la comunidad, y entre ellas se considera la asignación de un automóvil para uso exclusivo del beneficiario. En casos excepcionales disfrutaban de un aerobote, de un barco de recreo o una quinta en la montaña.

—¿Dónde vive? —preguntó Roerich cuando sacaba el automóvil por la puerta de la verja.

—Avenida de Australia trescientos doce.

Pasaron ante el edificio del Almirantazgo y doblaron a la derecha para enfilar la Avenida de Australia. Había mucho tráfico de gentes que regresaban de alguna fiesta con los amigos, y se conducía de una forma anárquica y peligrosa, pues casi todos iban con una copa de más. En una esquina habían entrado en colisión tres automóviles al mismo tiempo, y un agente de policía tomaba los datos a los implicados en el accidente, que discutían acaloradamente echándose la culpa unos a otros.

Mientras recorrían la larga avenida empezó a llover torrencialmente. Isabel Devesa iba recostada en el cabezal. Suspiró:

—Le he estropeado la noche.

—Nada de eso —contestó Roerich—. En verdad lo estaba pasando aburrido. Los Aznar me enviaron una invitación, pero una vez que estuve allí me di cuenta de que estaba solo entre toda aquella gente. No pertenezco a su clase.

Esperaba que la doctora dijera algo, pero ella permaneció callada. Poco después Roerich detenía el coche ante el 312 de la Avenida. Seguía lloviendo y la joven se estremeció friolera al abrir él la portezuela. Roerich se quitó la chaqueta y la echó sobre los desnudos hombros de Isabel Devesa. Luego le rodeó la cintura con

su brazo y la sostuvo mientras corrían para cruzar la acera y el jardín hasta el portal del edificio.

En el corto trayecto Roerich quedó empapado, con la camisa pegada al cuerpo. La doctora le palpó los brazos.

—Está mojado. Suba y se secará.

El ascensor les dejó ante el apartamento de Isabel Devesa.

No existían grandes diferencias entre este apartamento y cualquier otro de los miles que existían en toda la ciudad. Después de visitar veinte o treinta, uno podía decir que ya conocía todas las distribuciones posibles y todos los modelos de muebles.

Solamente la imaginación de los ciudadanos para combinar y distribuir los muebles los hacía parecer distintos. Y siempre quedaba el recurso de añadir algún detalle de creación personal, como cuadros, retratos, cojines, cortinas y alfombras. Las flores no faltaban en ninguna casa y eran la base de toda ornamentación que se preciara de poseer un sello individual. En ninguna otra parte, como en los apartamentos, se dejaba adivinar el secreto empeño de los valeranos por distinguirse unos de otros.

—Quítese esa camisa y póngase la chaqueta. La secaré con la plancha —le dijo Isabel Devesa empezando a desabrocharle los botones. Admiró el torso desnudo del alemán, bronceado por el sol, pero no dijo nada.

Roerich se puso la chaqueta sin abrochar y la siguió a la cocina. Ella puso a calentar la plancha y dijo que iba a hacer café. También estaba empapada de caderas abajo.

—¿Quiere vigilar la cafetera mientras me cambio? —dijo.

Roerich hizo el café. Desde que vivía solo había adquirido mucha práctica en la cocina. Isabel Devesa regresó envuelta en una bata de andar por casa.

—¿Vive sola? —preguntó Roerich tendiéndole una taza.

—Sí. Pero tengo padres, hermanos y abuelos en la ciudad. Somos una familia numerosa, por eso me vine a vivir sola.

—Afortunada usted, yo no tengo a nadie.

—¿Por qué se arriesgó dando ese salto en el tiempo, en el que pudo haber perdido la vida? Después de todo, uno pertenece a la época que le tocó vivir. ¿Merecía la pena abandonar todo lo que constituía su vida allá para venir aquí?

Mientras la doctora le planchaba la camisa Roerich le habló de

sí mismo. De cómo sus ideales se derrumbaron al final de la guerra, ante la evidencia del fracaso de la dictadura nacional socialista, que tanto daño había acarreado a la nación. Y cómo, ante la certeza del cautiverio que le esperaba, si acaso no moría en la desesperada defensa de Berlín, escogió la evasión hasta este mundo situado lejos más allá de la barrera del Tiempo.

Roerich se puso la camisa, ayudó a la doctora a recoger la mesa de plancha y salieron al “living” tomando asiento en el diván. Isabel Devesa tomó más café, empezaba a sentirse despejada, pero los hermosos ojos le brillaban todavía.

Por la abertura de la bata, Roerich alcanzaba a ver casi en su totalidad el firme seno de Isabel Devesa. Ella sorprendió su mirada y Roerich enrojeció.

—Roerich, ¿cómo anda su vida sexual? —preguntó ella de pronto. Y advirtiendo su confusión agregó—: ¿Ha estado con alguna chica desde que llegó?

—¡Dios mío, no! —exclamó Edward sintiendo que le ardían las orejas.

—¿Por qué? Puede hablarme con toda confianza, mi especialidad es la Psiquiatría.

—¿Cómo voy a hablarle con confianza a una mujer como usted? —protestó Roerich—. ¡Todavía si fuera una vieja desdentada con verrugas en la nariz!

Esta ocurrencia hizo sonreír a Isabel Devesa, quien dijo:

—Nada de lo que diga puede sorprenderme. Incluso por años soy más vieja que usted, tengo cuarenta y tres y soy una mujer experimentada. Yo diría que se encuentra usted bajo un estado emocional conflictivo.

—¿Qué es eso?

—Es una cuestión de equilibrio. Cuando tenemos hambre comemos, ¿no es cierto? Cuando tenemos sueño dormimos. Nadie puede vivir sin comer ni dormir. Un apetito sexual contenido por mucho tiempo suele conducir a alteraciones de tipo tanto psíquico como fisiológico. Esto ocurre principalmente en el hombre por razones hormonales y biológicas.

—¿Cómo lo sabe?

—Soy médico psiquiatra.

—No me refería a eso. Usted ha llegado a esa conclusión por mi

forma de mirarla. No quisiera haberla ofendido.

—¿Ofenderme? —Isabel Devesa sonrió—. Claro que no. Es lógico que me mire así, pues me desea.

—¿Y quién no la desearía? —dijo Roerich entre dientes devorándola con los ojos—. Es usted muy hermosa. Lo sabe, claro. Y siento la impresión de que se está burlando un poco de mí.

—No sea tonto, Coronel. Como médico considero el deseo en igual plano de importancia que cualquier otra necesidad.

—¿Por qué no deja de hablar como médico y se comporta como una mujer? —dijo Roerich agresivamente.

—Bien, soy una mujer.

—Me gusta mucho. ¿Pero qué ocurre con usted? Si aparta su microscopio y me contempla al natural, ¿qué es lo que ve en mí?

—Pues... —Isabel se interrumpió mirándole maliciosamente a los ojos—. Veo un hombre atractivo. Fuerte y no feo. Sí, me gusta.

Edward Roerich le tomó una mano y luego la otra. Cambió de posición para estar más cerca de ella y le acarició el cuello. Los rojos labios sonreían. Eran suaves, gruesos y sensuales, y temblaban cuando Roerich se aproximaba a ellos. La besó al mismo tiempo que la estrechaba en sus brazos. De las amplias mangas de la bata surgieron los brazos torneados y se enroscaron al cuello de Edward como cálidas serpientes.

No hubo estridencias, ni falsos rubores ni resistencia. Edward se puso en pie poco después, la levantó con sus fuertes brazos y la transportó hasta la habitación.

Despertó muy temprano, cuando las luces del amanecer se filtraban hasta la habitación entre las hojas de la persiana. Isabel seguía durmiendo a su lado, en voluptuoso abandono. Él la estuvo contemplando largo rato, maravillado de que todo aquello hubiera ocurrido.

Se inclinó sobre ella y la besó repetidamente en las orejas y los labios, hasta que Isabel rebulló y abrió los ojos profiriendo un gruñido.

—¡Ah, todavía estás aquí! —suspiró. Y enroscó sus mórbidos brazos desnudos en torno al cuello de él.

—¡Te amo! —exclamó Roerich besándola—. Isabel, casémonos.

—¡Uf! —suspiró Isabel—. ¿Qué estás diciendo?

—Te adoro, casémonos hoy mismo.

Ella abrió los ojos de par en par.

—¡Estás loco! ¿Casarnos, por qué?

—Porque te quiero. ¿No es suficiente razón?

Isabel le rechazó con energía, saltó del lecho y se puso de pie sobre la alfombra. Sobre el hermoso cuerpo destacaban los blancos senos y las nalgas, allí donde las piezas del bañador habían protegido del sol la suave piel. Roerich la habría estado contemplando sin cansarse durante horas y días.

Isabel se puso la bata y anudó el cinturón.

—Isabel, ¿no me contestas?

Ella se volvió de pronto y le miró con ojos furiosos.

—Temo que no lo hayas comprendido, Edward. El hecho de que hayamos pasado una noche juntos no quiere decir que esté dispuesta a casarme contigo. Me deseabas y te deseé. Eso es todo y ahí acaba todo. Ahora márchate.

—¿Eso ha sido para ti, una noche de amor después de una borrachera de champaña? —gritó Roerich furioso.

—Seamos civilizados, Roerich, por favor. Nada de escenas violentas —repuso Isabel Devesa apretando nerviosamente el nudo del cinturón.

—Soy civilizado y adulto —dijo Roerich.

—Entonces vete —contestó Isabel. Y se metió en el baño.

Roerich cogió la ropa y se vistió. Luego abandonó el apartamento en silencio.

CAPÍTULO IV

Luz fría, hacia lentamente, como un bote de guerra, hacia las profundidades, empujado suavemente por una fuerza ascensional hacia capas líquidas cada vez más transparentes, más tibias, más luminosas.

Al final de aquella larga ascensión brillaba un globo de luz amarilla.

Mientras estaba contemplando la luz escuchó unos suaves pitidos modulados y a continuación una voz suave, de timbre agradable, hablándole al oído.

“Es usted el Coronel Edward Roerich. Es usted el Coronel Edward Roerich, nacido en Munich, Alemania, en mil novecientos trece. Se encuentra en una cripta bajo los cimientos del Hospital General de la Armada, en el autoplaneta Valera. Fue hibernado en el año veinticinco mil seiscientos cincuenta y tres y desde entonces ha permanecido en estado inconsciente. Ponga atención; su nivel de consciencia será satisfactorio cuando siguiendo estas instrucciones pueda realizar los movimientos siguientes. Mueva el dedo índice de la mano derecha. Repito; mueva el dedo índice de la mano derecha. A continuación intente mover el dedo pulgar de la mano derecha. Repito, el pulgar de la mano derecha...”

Después de escuchar varias veces el mismo mensaje empezaba a coordinar sus ideas. Descubrió que no podía moverse en ningún sentido y recordó que le habían metido en un bloque de plástico vaciado a sus exactas medidas. Solamente pudo doblar el índice y el pulgar de la mano derecha, con lo cual accionó algún delicado resorte que dio lugar a una nueva recomendación:

“Perfectamente. En unos segundos se abrirá la tapa del sarcófago, pero no debe usted intentar salir todavía. Atiéndase estrictamente a las instrucciones.”

Todo lo que estaba delante de Roerich retrocedió y se apartó a derecha e izquierda. La mitad superior del bloque se acababa de abrir en dos partes. Entonces toda la bóveda se mostró a los ojos de Roerich; el techo, las paredes, el cuadro de mandos a la derecha, y enfrente un armario metálico.

Estaba completamente desnudo, incrustado por así decirlo en aquel bloque de plástico semitransparente, en una posición intermedia, ni de pie ni totalmente acostado, tumbado en un ángulo de 45 grados.

Ahora le hablaron por un altavoz exterior. Tenía que realizar algunos movimientos de recuperación para desentumecer los músculos de los brazos y el cuello. Poco antes de ser hibernado le habían dado unas hojas mecanografiadas con todas las instrucciones, y en cierto modo actuaba automáticamente, pues todavía sus ideas andaban algo embotadas.

Después de los ejercicios desconectó el tubo de plástico insertado a una válvula de oro, que le había sido implantada en el espacio intercostal el mismo día que le aplicaron el nuevo corazón. Movi6 una pierna tras otra siguiendo las instrucciones del altavoz, y luego salió del molde con paso inseguro.

Tambaleándose avanzó en dirección al armario. Éste había sido separado del muro de forma descuidada. Un gran espejo que debería colgar de la pared estaba roto en el suelo. Sus ropas estaban en el armario. De la válvula habían escapado unas gotas de sangre.

Mientras se vestía iban despertando sus recuerdos. La peluca estaba en un estante del armario. Isabel Devesa le despidió fríamente. ¿Por qué casi lo primero que recordó fue a la doctora Devesa?

Recordó que fue hibernado a principios de febrero, después de haber estado a punto de desistir y quedarse en la guarnición de Ganimedes. Por aquellas fechas acababa de comenzar la desmaterialización masiva de la población de Valera; veintitrés millones y medio de valeranos iban a pasar por las máquinas Karendón. La operación invertiría algunos meses y en el curso de ella se pondría en marcha el autoplaneta. ¿Estaría viajando todavía?

Le prometieron reanimarle tan pronto el autoplaneta se detuviera. Pero nadie acudió a ayudarle. Al parecer el sistema de seguridad del equipo de hibernación había funcionado

automáticamente. Esto sólo ocurriría en el caso de que las máquinas sufrieran alguna avería. ¿Qué era lo que había ocurrido?

Se calzó y se movió torpemente en dirección al cuadro de control. Miró el reloj de numeración electrónica.

“Año 27.538”. En el contador parcial: “1.885 años”.

¡Llevaba hibernado mil ochocientos ochenta y cinco años!

La máquina no había alcanzado por poco el tiempo máximo de funcionamiento calculado: dos mil años. Un sudor frío invadió a Roerich al pensar en la difícil situación que se encontraba. El autoplaneta todavía podía tardar cientos y miles de años en detenerse. ¿Qué iba a hacer él solo en este mundo deshabitado? ¿Moriría de viejo antes que funcionaran las Karendón y regresaran los valeranos? Le quedaba el recurso de desmaterializarse a su vez para esperar con los demás la fecha de la materialización. ¿De qué le habría servido entonces pasar por los riesgos de la hibernación? ¡Todo fue para nada! Al final iba a tener que entrar en la Karendón, que equivalía más o menos a suicidarse.

Se dirigió a la puerta. La pesada hoja de acero chirrió y un ligero polvo se desprendió del dintel. Subió un largo, tramo de escalera cogiéndose al pasamanos. En el techo brillaban las luces eléctricas. Algunos globos habían estallado y los escalones estaban llenos de cristales. Al final de la escalera se encontró en una amplia sala de techo abovedado. En esta sala estaba instalada la Karendón del Hospital.

Antes de ser hibernado, Edward Roerich había sido instruido en el funcionamiento de la Karendón por si tenía que acudir ella. Esta Karendón tenía dos cámaras de restitución que podían utilizarse indistintamente con una computadora común para ambas. Una cámara era de tipo vertical, y la otra posición horizontal.

Últimamente los médicos estaban haciendo diabluras con la Karendón. La máquina se había manifestado especialmente útil para salvar mutilados, quemados y contaminados de radioactividad. Durante la última guerra contra los “sadrilas” (Hombres de Titanio) los hospitales de campaña que operaban en primera línea de combate estaban equipados con una máquina Karendón. Si el herido que llegaba al hospital había perdido un miembro o había que amputárselo, o si había sufrido quemaduras no mortales o absorbió radiaciones, se le llevaba rápidamente a la Karendón y se le

desmaterializaba.

En Valera se conservaban cuidadosamente archivadas las cintas perforadas de todos los tripulantes que hicieron el viaje desde Atolón a la Tierra. El hospital de guerra enviaba por teletipo los datos personales del herido a Valera, aquí se buscaba la cinta perforada correspondiente al individuo y se introducía en una Karendón. El soldado aparecía restituido tal como era la última vez que fue desmaterializado, con sus piernas y sus brazos completos, sin quemaduras y sin rastros de radioactividad... ¡y con los años que tenía en aquel entonces!

Como hecho curioso se daba la circunstancia de que el individuo restituido no guardaba recuerdo de cuanto había ocurrido en el tiempo que mediaba desde la primera desmaterialización hasta el momento presente. No era una simple amnesia, sencillamente, los conocimientos adquiridos, las vivencias del último período entre las dos desmaterializaciones, pertenecían a la memoria del segundo hombre, pero no estaban en la del primero, puesto que en el tiempo de aquél “todavía no habían ocurrido”.

Debería deducirse de esto que si un hombre podía dar repetidos saltos atrás en el tiempo, siempre podría volver desde la edad centenaria a la juventud, y empezar cada vez de nuevo alcanzando la inmortalidad. Pero la Karendón no admitía estos trucos. Probablemente la Karendón no tuviera nada que ver con ello, pero parecía existir algún freno, una ley natural y misteriosa, que determinaba desde el nacimiento el tiempo que un alma encarnaría en cada cuerpo. La vida y la muerte constituían una especie de ley universal que se cumplía siempre. Sin embargo los valeranos esperaban alcanzar por este medio la avanzada edad de 800 años, que solía ser el tiempo medio de vida de los bartpuranos.

En los lectores electrónicos de la Karendón estaban insertadas las cintas de oro indeformable. En un sólo tambor se almacenaban los formularios de todo el personal del Hospital.

Algo parecía haber ocurrido allí. El soporte del tambor donde estaba arrollada la cinta había sido desplazado casi un metro. Un cuadro de interruptores que estuvo fijo a la pared se había desprendido encima de un tablero hundiendo parte de éste. La atmósfera estaba enrarecida y olía a moho.

Cada vez más intranquilo, Roerich avanzó por un ancho

corredor hasta un vestíbulo. Enfrente estaba el montacargas con las puertas abiertas, y a la izquierda quedaba un tramo de escalera.

Roerich se acercó al montacargas. Vio que la cabina estaba invadida por un montón de cables y que el piso se había hundido formando un gran agujero. Por la abertura asomaban vigas de acero y parte de un motor eléctrico. Levantó la cabeza y vio que todo había caído a través de un agujero practicado en el techo de la cabina. Motor, poleas, vigas y cables debían haberse desprendido de lo alto, cayendo por el pozo del montacargas sobre el techo de éste.

Roerich se dirigió a la escalera, que ascendía dando vueltas al hueco del montacargas. Al final se encontró un corto corredor cerrado por una recia puerta de “dedona”.

Las máquinas Karendón eran unos elementos muy valiosos y no solían abandonarse en cualquier sitio. Generalmente estaban instaladas en profundas bóvedas excavadas laboriosamente en la durísima materia que formaba todo el planetillo, la “dedona”, protegidas por puertas con cerradura de combinación.

La puerta que Roerich encontró era de este tipo. Podía abrirse desde el interior haciendo girar un manubrio que descorría las seis barras de sujeción al marco.

Apenas había descorrido las barras cuando la pesada puerta se entreabrió a causa de la presión que hacía sobre ella un montón de escombros. Al abrir completamente la puerta rodaron hasta los pies de Roerich ladrillos y cascotes. Todo el hueco de la escalera parecía estar obstruido. ¿Qué había ocurrido?

Roerich pensó en la posibilidad de un terremoto. El planetillo era una esfera hueca de metal solidificado. Aunque sabía poco de Valera, Roerich no recordaba haber oído jamás ninguna referencia a un temblor de tierra. Sin embargo, en su condición de vehículo espacial, el autoplaneta estaba sometido a aceleraciones, retenciones y virajes que en más de una ocasión produjeron el desplome de algún edificio.

Lo que interesaba de momento era salir de allí y Roerich se puso a retirar escombros con las dos manos. A medida que apartaba ladrillos y bloques de cemento se desprendían de la parte alta de la excavación otros que venían a llenar el hueco.

A poco de ponerse a trabajar ya estaba sudando. No sabía qué hora era, ni si era de día o de noche. La única medida del tiempo

transcurrido era el montón de escombros que iba formándose a su espalda. Pero era de día, lo supo tiempo después al producirse un derrumbe, seguido de la repentina entrada de un rayo de sol.

En Valera el sol estaba siempre inmóvil sobre la vertical del observador. Roerich se sintió animado y siguió excavando hasta practicar un agujero suficiente para permitirle el paso.

Salió gateando y miró sorprendido a su alrededor.

Todo eran ruinas, montones de ladrillos y bloques de cemento, entre los que crecían matorrales y plantas trepadoras. Aquí y allá pilares que todavía se mantenían en pie y altos lienzos de muro cuarteados conservando las ventanas. Mariposas y abejas, los únicos insectos benefactores que vivían en el planetillo, se movían de un lado a otro sobre las flores silvestres.

Roerich quedó profundamente impresionado. Si el Hospital sufrió tan graves daños, ¿qué habría sido de la ciudad, con sus altos rascacielos que ya acusaban el paso de los siglos?

“Bueno, de todas formas estaba en proyecto demolerlos” —se dijo Roerich.

Era tranquilizador pensar que los habitantes de Nuevo Madrid no se encontraban en sus casas en el momento de ocurrir la catástrofe. Reducidos a una fórmula sobre una lámina de metal perforada, nada malo podía haberles ocurrido, en tanto y en cuanto los grandes tambores de cinta no sufrieran daño.

Los valeranos habían tomado toda suerte de precauciones y estos tambores estaban bien guardados en profundas bóvedas tras sólidas puertas de “dedona”.

De nuevo se preguntó Roerich si el autoplaneta estaría todavía viajando. ¿Qué ocurría con todos aquellos fenómenos de dilatación que, se decía, solían producirse cuando una astronave se movía a mayor velocidad que la luz? Si el autoplaneta se dilataba miles y millones de veces, ¿no debería verse a través de su esfera como si ésta fuera una tenue neblina?

Miró al cielo y experimentó un brusco choque emocional.

¡Una aeronave pasaba volando por encima de su cabeza! Era un crucero de la Armada Sideral. Pasó majestuosamente a unos mil metros de altura y se perdió en la distancia tras la neblina. ¡Los valeranos habían regresado!

Sintió una sensación de enorme alivio. Después de todo las

máquinas de la cripta de hibernación no se pararon antes de tiempo. Tal vez conectaron la máquina con la Karendón que debía ponerse en marcha a una orden de la Sala de Control. La Karendón no funcionó porque había resultado averiada de resultas del terremoto, pero el equipo de hibernación sí funcionó, iniciando el proceso de rehabilitación según estaba programado. Pero en la Sala de Control debían haberse dado cuenta de que la Karendón del Hospital de la Armada no había respondido a la señal. ¿Por qué no acudieron entonces a ver qué ocurría?

Sólo había una respuesta a esta pregunta. Hacía muy poco tiempo, cuestión de horas nada más, que desde la Sala de Control había salido la señal electrónica para que las Karendón distribuidas por todo el autoplaneta empezaran a funcionar. Los equipos de reparación no tuvieron tiempo de acudir, probablemente porque el terremoto había ocasionado muchas averías.

“Tal vez yo pueda hacer algo, como poner la Karendón en marcha” —se dijo Roerich. Pero desistió—: “No, mejor es no tocar nada. Si han estado allí mil ochocientos ochenta y cinco años no importará esperar unas horas más”.

Estaba contento y decidió dirigirse a la ciudad. Allí encontraría a alguien.

Saltando sobre los montones de ruinas se orientó en busca del camino que llevaba hasta la próxima estación del ferrocarril suburbano. ¡Cómo había cambiado todo!

El antiguo parque del Hospital era una selva enmarañada, donde nadie había puesto el pie en casi dos mil años. Mientras se abría paso entre los matorrales y las zarzas tropezó con un obstáculo inesperado; era la vieja verja del Hospital que rodeaba el parque. Siguió la herrumbrosa verja hasta la puerta.

Más allá de la verja el camino había desaparecido y en su lugar crecían árboles y plantas disputándose cada palmo de tierra. Antes existía aquí una carretera asfaltada bordeada de árboles y de bancos de piedra. La continua deposición de hojas podridas y tierras (humus) había formado un suelo vegetal muy apropiado para el crecimiento de nuevas plantas. El bosque se extendía por todas partes.

Encontró la pequeña estación del “metro” rodeada de árboles y sepultada bajo una masa de plantas trepadoras. Junto a la estación

estaba el paso elevado de la carretera que iba a enlazar con la autopista. La obra de fábrica estaba intacta, pero las vías del ferrocarril estaban sepultadas bajo el suelo y sobre ellas crecían árboles y plantas.

“Bueno, habrá que ir andando” —se dijo Roerich, pensando en lo tonto que había sido al suponer que el “metro” podía seguir funcionando.

Armándose de resignación Roerich avanzó lentamente a través del bosque, hasta que inesperadamente se vio ante la autopista. Quedó sorprendido.

La autopista, con su negra cinta de asfalto, aparecía completamente limpia. A cada lado las máquinas excavadoras y los “bulldozers” habían apartado la tierra y la vegetación. Pero de esto debía hacer mucho tiempo, pues los troncos arrancados estaban secos y habían crecido los matorrales sobre la tierra endurecida.

Roerich encontró aquello un poco extraño, pues tenía entendido que todas las máquinas Karendón del autoplaneta funcionarían al mismo tiempo a una señal emitida desde la Sala de Control. Pero podía estar equivocado y haberse previsto que algunos valerosos regresaran antes para realizar estas tareas de limpieza.

Mientras Roerich estaba contemplando la autopista vio llegar un automóvil eléctrico. Pero iba tan aprisa que no le dio tiempo a bajar del talud. Cuando llegó abajo el automóvil se perdía de vista en dirección a la ciudad.

Bastaba observar el color del asfalto para comprender que la autopista tenía escaso tráfico. Roerich se resignó a llegar andando hasta la ciudad. Si los rascacielos de acero y cristal hubiesen seguido en pie, éstos deberían ser visibles desde este punto. En su lugar Roerich vio una gran nube de polvo.

Poco después llegaba a las proximidades del estadio, que no había sufrido graves daños, aunque todo él estaba rodeado de espesa y salvaje vegetación. Por el contrario, el paso elevado de la autopista sobre la ronda de circunvalación exterior estaba derrumbado. Pasó junto a las ruinas y atravesó la ronda de circunvalación, que había sido limpiado parcialmente por el centro. Frente a Roerich estaba la Avenida del Capitán Fidel, que era un bosque de un kilómetro de ancho y veinticinco kilómetros de longitud bordeada de grandes montañas de escombros.

La ciudad había sufrido cuantiosos daños, a tal punto que era dudoso que volviese a ser reconstruida. Todas las grandes ciudades de Valera remontaban su construcción a un tiempo lejano, cuando todavía estaba en vigencia la idea de las megalópolis, con su alta concentración de habitantes y vehículos por kilómetro cuadrado. En la actualidad las tendencias señalaban un rumbo totalmente opuesto; es decir, con preferencia a las ciudades en sentido horizontal, de casas unifamiliares rodeadas de jardín, y un centro administrativo.

Los urbanistas valeranos tenían en proyecto desmontar uno tras otro los viejos rascacielos, conservándose únicamente aquellos que merecieran salvarse, tanto por su valor arquitectónico, como por su significado histórico-sentimental. En esta lista figuraban el Palacio Residencial, el Nuevo Parlamento, el Ayuntamiento, la Biblioteca Nacional y el Museo de Arte Universal, todos alrededor de la grandiosa Plaza de España. Pero todo se había perdido.

Las excavadoras habían abierto un paso a lo largo del jardín central de la Avenida del Capitán Fidel. Por su aspecto la ciudad recordaba en cierto modo a la destruida Berlín, con los esqueletos de algunas estructuras metálicas todavía en pie, y los lienzos de muros conservando todavía las ventanas. Cada rascacielos, al derrumbarse, había dado origen a un montículo de escombros. Sobre estos montículos se movía cierto número de gente, al parecer hurgando y rebuscando. Todo eran hombres, y la mayoría de ellos vestían ropas color verde oliva, llevando gorras de soldado.

Algo extraño flotaba en el ambiente, y Edward Roerich no sabía a qué atribuir esta impresión. Detrás de él hacía sonar su claxon un camión montado sobre orugas. Edward se apartó. Al pasar por su lado, el hombre que iba junto al conductor sacó medio cuerpo por la ventanilla y le apostrofó diciendo algo que no entendió. En la portezuela del camión estaban escritos unos extraños signos.

¡Roerich cayó en la cuenta de que el hombre no le había hablado en castellano!

El camión había obligado a apartarse también a dos guardias armados. Sus armas eran subametralladoras, su uniforme color verde oliva, y el casco de acero terminaba en una afilada punta al estilo del viejo ejército prusiano. ¡No eran uniformes valeranos!

“Algo raro está pasando aquí” —se dijo Roerich.

Los guardias se acercaban y Roerich les dio la espalda. Pasaron junto a él hablando entre sí en un idioma desconocido, sin prestarle atención. De pronto sintió miedo. La gente que veía no era diferente a él mismo, pero algo como un sexto sentido le advirtió de un peligro.

Siguió andando, enormemente preocupado. Un poco más adelante se detuvo ante un cartel pintado sobre un tablero sostenido por dos postes. Los caracteres eran totalmente extraños para él, curvos, parecidos a la escritura árabe. Pero esto era una tontería, ¡no podía haber árabes en Valera! Aunque, de seguro, aquella gente no era valerana. ¡El autoplaneta había sido invadido por extranjeros!

CAPÍTULO V

El mayor de todas las dificultades de Valera empezaba a “ocasionar” su brillo a las 20 y a continuación sobrevénía una hora de total oscuridad. Pero a las 21 el gigantesco fanal volvía a brillar, entonces con una luz plateada y fría, y ésta era la “Luna” de Valera, que solía quedar oscurecida alrededor de la medianoche, al acumularse las nubes de vapor de agua que luego determinarían una corta y copiosa lluvia.

Los invasores conocían sin duda esta particularidad, pues tan pronto el sol empezó a dejar de emitir rayos caloríficos la gente se dirigió desde las montañas de ruinas a la zona central del parque, donde los camiones estaban repartiendo raciones de comida y pronto brillaron las hogueras.

¿Qué hacía aquella gente en las ruinas de Nuevo Madrid?

Roerich lo vio por sus propios ojos; estaban recuperando materiales. Las vigas y el varillaje de acero de las estructuras formaban un montón. En otro lado se acumulaba el aluminio de los marcos de las ventanas junto con cacerolas abolladas, chasis de televisores y piezas de automóvil. Los cables de cobre de las instalaciones eléctricas formaban otro montón. Y el mayor de todos era el compuesto de chatarra diversa, de la que formaban parte todos los electrodomésticos rescatados entre los escombros.

Viendo lo que estaban haciendo los invasores, Roerich comprendió la razón de que hubiera pasado desapercibido. Muchas gentes vestían ropas parecidas a las suyas, evidentemente rescatadas de las ruinas de los rascacielos. Llegó a la conclusión de que, en tanto se mantuviera callado, ni por la forma de vestir ni por su aspecto en general despertaría sospechas.

Esta reflexión le hizo sentirse más seguro y estimuló su audacia, hasta el punto de animarle a coger un plato y una cuchara de la chatarra y bajar al parque en busca de comida.

Se puso descaradamente en la fila de los obreros y recibió una ración de guisado de patatas con alubias o algo parecido. La comida era detestable, pero estaba hambriento y lo despachó todo rápidamente.

Mientras tanto había oscurecido y las fogatas brillaban a lo largo de la Avenida del Capitán Fidel. Pero por lo que pudo apreciar, las máquinas excavadoras se encontraban todavía a mitad de la avenida, a unos diez kilómetros de la Plaza de España. Al menos las fogatas no llegaban más lejos.

¿Conocían los invasores la existencia de la Sala de Control bajo las ruinas del Palacio Residencial?

Edward Roerich había trabajado muchos años en el Servicio de Inteligencia y le gustaba especular con esta clase de preguntas. Era un hombre acostumbrado a deducir cosas interesantes sobre datos al parecer sin importancia.

Se dijo que era hora de regresar a las ruinas del Hospital.

Discretamente se sumió en las sombras de la noche y se alejó andando sobre los montículos de cascotes. Junto al Estadio esperó que brillara la “Luna”. Bajo la fría claridad de la luna artificial de Valera echó a andar por la autopista.

Si ya fue difícil atravesar los tres kilómetros de bosque entre la autopista y el Hospital, mucho más penoso fue hacerlo en la oscuridad, porque la débil luz de la luna artificial no llegaba hasta el fondo de la espesura vegetal. Tardó dos horas en recorrer aquellos tres kilómetros y llegó a las ruinas del Hospital extenuado. En aquel momento empezaba a oscurecerse el cielo. Las primeras gotas de lluvia le alcanzaron cuando se deslizaba por el agujero del sótano, el cual pudo encontrar gracias al leve resplandor de las luces encendidas en la escalera.

Todavía tuvo que trabajar un largo rato para despejar de cascotes el corredor y poder cerrar la puerta, la cual aseguró echando las recias barras de acero.

Bajó la larga escalera y se enfrentó con la máquina Karendón. Le preocupaba aquel pesado cuadro de interruptores caído sobre la consola de mandos y se preguntó si la máquina funcionaría en estas condiciones. Pero no se atrevió a hacer la prueba por temor a ver saltar chispazos por todas partes. La Karendón trabajaba absorbiendo una corriente de muchos miles de voltios.

Jugándose la vida, pues podía quedar electrocutado en el menor descuido, Roerich consiguió levantar el cuadro. Buscó la caja de herramientas, destornilló el panel de la consola y miró todo aquello por si había algo roto. En verdad no sabía mucho de electricidad, y nada de máquinas Karendón, excepto apretar unos cuantos botones en el orden que le habían señalado.

—“O los saco de ahí o los achicharro” —se dijo dirigiéndose al cuadro de mandos.

Cruzó los dedos de la mano izquierda mientras con la derecha apretaba el primer botón. Se escuchó un chasquido, parecido a un trallazo, y se encendieron todos los indicadores del cuadro. Un voltímetro indicaba que la corriente eléctrica estaba llegando con normalidad. Le habían aconsejado que dejara calentar la máquina unos minutos y se entretuvo enderezando el soporte donde estaba arrollada la cinta perforada.

—“Y ahora vamos a ver qué pasa”.

Siguiendo las instrucciones recibidas fue apretando botones en un orden establecido. El tablero de la computadora se puso a parpadear con sus diodos luminiscentes. Luego, al pulsar otro botón, la Karendón empezó a zumbir. Se escuchó un martilleo como de una máquina de escribir y la cinta que estaba en el lector se movió hacia adelante. La Karendón cargaba su memoria con todos los datos contenidos en la cinta perforada. El zumbido subió de tono y de pronto brilló un chispazo en el interior de la cámara de restitución.

Por entre la pantalla y el borde de la caja vertical se vio un hombre de pie. Éste quedó unos instantes quieto y a continuación se movió saliendo por detrás de la pantalla. Era un hombre joven, de cabellos rojizos y rizados, vestido con una bata blanca con un pequeño destornillador en el bolsillo superior del lado izquierdo.

—¡Hola! —saludó el hombre nada más salir. Miró sorprendido a Roerich—. ¿Quién es usted?

—Mi nombre es Edward Roerich. ¿Y usted quién es?

—Juan Bela, soy el técnico encargado de este chisme —dijo el pelirrojo señalando la Karendón—. ¡Dios mío!, ¿qué hace ese cuadro encima del ordenador?

La Karendón se estaba tragando dos metros de ancha cinta. Brilló un relámpago y otro hombre apareció dentro de la caja de

restitución. Bela corrió a parar la máquina.

Fidel Aznar salió por detrás de la pantalla. Vestía uniforme blanco de la Armada, incluida la galoneada gorra, y charreteras de acero con la coca y galones de Capitán de fragata. Al ver a Roerich pareció sorprenderse.

—¿Cómo usted aquí? —preguntó—. ¿Quién le reanimó?

—Nadie, me las apañé solito —contestó Edward de mala gana.

Fidel Aznar miró a su alrededor y luego a Roerich.

—¿En qué año estamos?

—Veintisiete mil quinientos treinta y ocho. No se moleste en hacer la operación. Hemos estado ausentes...

—¡Mil ochocientos ochenta y cinco años! —exclamó Aznar resolviendo la operación con la rapidez de una máquina—. ¿Qué ocurrió con usted? ¿Se paró la máquina y despertó antes que todos nosotros?

—¡Jum! —gruñó Roerich.

Bela estaba pidiendo que fueran a ayudarle a levantar el cuadro de interruptores. Fidel Aznar se quitó la enorme gorra de plato y acudió, limitándose Roerich a observar lo que hacían los dos hombres. Aznar tenía una fuerza hercúlea y sostuvo el cuadro mientras el técnico lo sujetaba.

Fidel Aznar regresó junto a Roerich llevando la gorra bajo el brazo. Su prodigioso cerebro estaba trabajando y leyendo el pensamiento de Roerich. Cuando éste hubo resumido en su pensamiento todo lo que iba a decirle, ya no fue necesario decir nada. El “bundo” lo sabía todo.

—¡Invasores en el autoplaneta! —exclamó—. Eso puede ser grave, Roerich.

—¿Lo sabe ya? —gruñó Roerich. Y suspiró resignado—. Vale.

La Karendón estaba zumbando de nuevo. Se tragó otra tira de cinta y restituyó al Vicealmirante Vercher, jefe del Hospital General de la Armada. Éste también venía de uniforme, con la gorra bajo el brazo, sonriendo abiertamente como si esperara encontrar al salir a los fotógrafos de Prensa.

El Vicealmirante estrechó la mano a Aznar, como si hiciera mucho tiempo que no se veían. Habían pasado casi veinte siglos, pero para los que estuvieron desmaterializados este tiempo era como si todo hubiese ocurrido una hora antes.

—Todo salió bien —dijo el Vicealmirante—. ¿Cuánto tiempo ha pasado?

Aznar se lo dijo. Vercher soltó un corto silbido.

—Buena marca. ¿Qué hora es?

En la caja de restitución de la máquina brilló otro relámpago azulado. La doctora Isabel Devesa salió por detrás de la pantalla. Vestía de blanco, el uniforme del Cuerpo Auxiliar de la Armada, llevando una gorra galoneada y un bolso negro colgando del hombro. Como antes Aznar, también la doctora Devesa se sorprendió de ver allí a Roerich, pero no dijo nada. Le miró apenas y saludó al Vicealmirante y a Fidel Aznar.

Mientras los tres charlaban, Roerich se alejó y fue a sentarse en una camilla de ruedas que había en un rincón. Más gente estaba saliendo de la máquina y la amplia sala iba llenándose de un murmullo de voces. Todos parecían muy contentos de volver a encontrarse, aunque en realidad la alegría obedecía al hecho de que estaba de regreso sin novedad. Al menos eso era lo que creían. Roerich esperaba con curiosidad a ver sus reacciones cuando Fidel Aznar soltara la bomba.

Empujados por los que iban surgiendo de la máquina, el Vicealmirante, la doctora Devesa, el comandante Ogazón y Fidel Aznar habían llegado con otros doctores al rincón de Roerich.

—Tan pronto esté aquí todo el personal deberán empezar a funcionar los servicios —dijo el Vicealmirante.

—Me temo que no va a ser posible —dijo Aznar moviendo su gran cabeza rubia—. Ya no tenemos Hospital.

—¡Cómo! ¿Qué quiere decir?

—Que no hay Hospital —dijo Roerich echando los pies al suelo—. Ni Hospital ni nada, todo quedó destruido.

—¿Quién es este hombre? ¿Qué está diciendo? —gruñó el Vicealmirante.

—Es el Coronel Roerich, el hombre que fue hibernado —dijo Fidel Aznar—. A él le debemos el estar aquí, ya que según parece, la señal que debía partir de la Sala de Control, no funcionó al detenerse el autoplaneta. Roerich efectuó una salida al exterior. Cree que el Hospital fue destruido por un terremoto. También Nuevo Madrid ha sido arrasado.

—No puedo creerlo —negó el Vicealmirante—. No lo creeré

hasta que lo haya visto con mis propios ojos.

Fidel Aznar retuvo al Vicealmirante por un brazo.

—Eso no es todo, Vicealmirante. El autoplaneta ha sido invadido por extraños.

Un profundo silencio había ido haciéndose alrededor de Fidel Aznar y el Vicealmirante Vercher. Con las últimas palabras de Aznar se levantó un murmullo de voces sorprendidas.

—¡¡¡INVADIDOS!!!

—¿Invadidos, por quién? —preguntó la doctora Devesa.

—Al parecer se trata de gentes como nosotros —dijo Aznar.

—¿Él los ha visto? —señaló el Vicealmirante apuntando a Roerich con el dedo.

—Son idénticos a nosotros —aseguró Roerich—. Me mezclé con ellos y ni siquiera lo advirtieron.

—¿En qué idioma hablaban?

—No era castellano, seguro.

—¿Nahumitas? —sugirió Ogazón—. Sus características son idénticas a las nuestras.

Roerich no podía contestar a esto y nada dijo. En toda la sala estallaron los comentarios. El pánico se había apoderado de estos hombres y mujeres, sólo unos instantes antes tan risueños.

—¡Guarden silencio, por favor! —gritó el Vicealmirante. Las voces fueron bajando de tono hasta hacerse el silencio. La Karendón seguía zumbando y restituyendo hombres y mujeres en cada descarga—. No perdamos la serenidad. Lo primero es obtener información fidedigna de lo que está ocurriendo... ponernos en contacto con los demás grupos.

—¿De qué grupos habla? —dijo Roerich—. En todo el planetillo nosotros somos los únicos despiertos. La señal que debía poner en marcha las Karendón no funcionó.

—Tal vez la señal no llegó aquí y sí a otras partes.

Roerich ya había considerado esta posibilidad. Aunque no creía en ella guardó silencio.

—¿Cuál es su opinión, señor Aznar? —preguntó el Vicealmirante.

—La situación puede ser grave si, como tememos, la señal no salió de la Sala de Control. Pienso que allí ha debido producirse una avería de consideración.

—En cuyo caso nosotros seríamos los únicos restituidos en todo el planetillo —dijo la doctora Devesa.

—Tal vez la señal no se haya emitido porque todavía estamos viajando —apuntó el Comandante Ogazón.

Pero Fidel Aznar negó moviendo la cabeza:

—El autoplaneta se detuvo, eso es seguro. ¿Quién podría alcanzar un bólido que cruza el hiperespacio a varias veces la velocidad de la luz, convertido en una masa casi invisible tan tenue como un gas? El autoplaneta se detuvo, y hasta aquí la computadora central siguió puntualmente el programa. Sólo incurrió en una omisión; no dio la señal para que las Karendón empezaran a funcionar.

—Pero las Karendón pueden ponerse en marcha manualmente, ¿no es cierto?

—Por supuesto, en ese aspecto no hay problema. La dificultad está en llegar hasta las máquinas —contestó Fidel Aznar.

Y Edward agregó:

—Sobre todo, considerando que el autoplaneta ha sido ocupado por gente extraña.

—Ésta es una cuestión que interesa dilucidar cuanto antes. La gente que nos ha invadido tal vez ignora que existimos. La pregunta es, ¿cómo reaccionarán al saber que hay aquí veintitrés millones de seres esperando volver a la vida?

—Yo, en su lugar, no se lo preguntaría —contestó Roerich, quien todavía añadió—: Más aún, ni siquiera me dejaría ver.

Todos se manifestaron de acuerdo con Roerich. Hasta que se supiera lo que estaba ocurriendo, lo mejor era permanecer escondidos a la espera de los acontecimientos.

Se hacían toda suerte de cábalas. ¿Cayó la Sala de Control en manos de los invasores? ¿Se habrían apoderado de los buques de la Armada?

—Si tienen nuestra Armada Sideral podemos darnos por perdidos —dijo una voz agorera.

Pero otra, todavía más pesimista, concluyó:

—Ni siquiera tendrán que utilizar la Armada para aniquilarnos. Con abrir una tras otra las bóvedas y destruir las Karendón, habrán eliminado limpiamente veintitrés millones de valeranos que jamás sabrán lo que ocurrió.

Esta posibilidad sembró el terror entre el personal. A excepción quizá de Edward Roerich, todos tenían familiares desmaterializados en otras partes del planetillo. El Ejército y la Armada, los hospitales, los centros de producción, la administración y los servicios tenían cada uno sus propias Karendón. Los que quedaban fuera del campo de acción de las Fuerzas Armadas y los servicios, fueron desmaterializados en los ayuntamientos de sus ciudades respectivas.

Solamente en la Karendón del Hospital General de la Armada los individuos desmaterializados pasaban de cuatrocientos entre médicos y enfermeras, celadores, administrativos y demás personal auxiliar. Toda esta gente estaba saliendo de la cámara de restitución a una cadencia de uno por minuto. En dos horas la bóveda sería insuficiente para dar cabida a todos.

No sólo faltaba espacio, sino que tampoco había comida.

Era preciso tomar una decisión de cara al incierto futuro, pero la máxima jerarquía del Hospital, el Vicealmirante Vercher, no era militar de carrera y carecía de talla para asumir la responsabilidad que por su rango le correspondía. Vercher era en estos momentos un hombre tan asustado como los demás, preocupado por la suerte que hubieran podido correr su esposa, sus hijos y sus nietos.

La decisión vino del Capitán Nebot, quien sugirió, la posibilidad de instalarse en los sótanos del edificio principal, donde había espacio suficiente y una Karendón dispensera que resolvería el problema de las subsistencias.

Todos los hombres salieron de la bóveda para explorar las ruinas del Hospital, pero Roerich se quedó abajo porque estaba muy cansado.

Algunas enfermeras y auxiliares eran víctimas de los nervios y lloraban a cuenta de lo que pudiera haberles ocurrido a sus familiares. La mayoría fueron a sentarse en la escalera. Mientras tanto, los que iban llegando tenían que ser puesto al corriente de los acontecimientos, lo que daba lugar a una continua repetición de la misma historia, y a las mismas reacciones de sorpresa, preocupación y pánico.

Cansado de todo aquello, Roerich acabó por tomar la escalera y salir al exterior. En el cielo brillaban de nuevo la luna artificial de Valera y los montículos de escombros ofrecían una desolada sensación de abandono. Los hombres estaban trabajando retirando

escombros con las manos. Aunque no tenían herramientas, al ser muchos, progresaban con bastante rapidez.

El cerebro director de todo aquello era el doctor Fidel Aznar, quien utilizando sus extraordinarias facultades, o tal vez inspirado por un certero instinto de orientación, indicó el lugar donde, según él, estaba la escalera del sótano.

Fidel Aznar no se equivocó. Poco antes del amanecer se escuchaba una voz jubilosa que decía: “Aquí está la escalera”. La noticia llegó rápidamente a la bóveda, de donde empezaron a salir mujeres.

Una hora más tarde quedaba expedita la entrada al sótano, que salvo un derrumbamiento parcial se conservaba intacto. El sótano tenía dos plantas superpuestas, y una bóveda profunda excavada en el subsuelo, donde desde hacía 2.000 años funcionaba incansablemente el reactor nuclear que suministraba energía eléctrica a todas las dependencias del Hospital.

Todos los servicios alojados en los sótanos se conservaban en perfecto estado, incluida la Karendón “despensera” que era una versión destinada exclusivamente a restituir toda clase de alimentos.

Con la ocupación del sótano se alivió notablemente la tensión. Pronto empezaron a circular tazas de café y bandejas de emparedados. Los ánimos se entonaron y hombres y mujeres charlaban en los pasillos y las dependencias del sótano, dando la impresión de que la situación era menos grave.

Huyendo del ruido, Edward Roerich buscó un rincón apartado donde echarse a dormir. Le despertaron avanzada la mañana.

—¿Qué ocurre? —preguntó al abrir los ojos.

—Levántese, amigo. Todos los hombres vamos a ir hasta el campamento militar a rescatar a los soldados de la Segunda División.

En efecto, había un campamento militar tres kilómetros al Oeste del Hospital General de la Armada, al final de la línea del metropolitano. Todos los hombres del Hospital sumaban apenas un centenar. Se habían provisto de algunas herramientas.

En la escalera le llamó Fidel Aznar, quien le llevó aparte y dijo:

—Usted y yo tenemos otras cosas que hacer. Quiero que me acompañe a la ciudad.

—¿Quiere ir a la ciudad? —preguntó Roerich pensando en los tres kilómetros de bosque casi impenetrable—. ¿Para qué?

—No sabemos nada acerca de esa gente que nos ha invadido. Tenemos que hacer un prisionero para poder interrogarle.

—Es una buena idea. Pero ni siquiera tenemos un arma.

—¿Para qué necesitamos un arma? Queremos coger al prisionero vivo, no muerto.

Este Fidel Aznar tenía a veces una lógica desconcertante.

CAPÍTULO VI

ALANDO ONARON las ramas del nospalra las cinco de la tarde abatía ramas y zarzales.

—Seguiremos el mismo camino que utilizó usted —dijo Aznar.

En opinión de Roerich, ni un sabueso bien entrenado habría sido capaz de encontrar la pista que él había seguido a través del bosque. Pero Fidel Aznar poseía un olfato tan bueno como el de un perro, o tal vez utilizó alguna otra facultad superior. Como quiera que fuere Roerich pudo comprobar que estaba siguiendo el mismo camino, y al llegar a la autopista lo hicieron por el mismo lugar.

Eran las siete de la tarde y esperaron descansando, ocultos en el bosque, mientras el sol artificial de Valera iba atenuando su brillo.

—Me gustaría haber estado presente cuando esa gente entró por primera vez en el planetillo y se vio ante este mundo interior calentado por un sol artificial —dijo Roerich.

—Piensa usted que debieron llevarse una gran sorpresa.

—Yo me sorprendí mucho cuando llegué.

—Usted acababa de saltar a nuestro tiempo desde mil novecientos cuarenta y cinco. Los norteamericanos todavía iban a tardar unos meses en hacer estallar su primera bomba atómica sobre Hiroshima. Los viajes espaciales eran entonces una utopía. Pero los hombres que han invadido nuestro autoplaneta pertenecen a un tiempo mucho más avanzado. Salvada la sorpresa de ver aparecer en su firmamento un cuerpo celeste extraño, todo lo demás han debido averiguarlo a lo largo de una metódica investigación. Si poseen detectores de neutrinos verían en sus pantallas, como a través de Rayos Equis, la actividad de nuestros reactores nucleares, funcionando en el interior del planetillo. Cuando desembarcaron en la superficie de Valera ya sabían que estaba habitado por seres inteligentes. Tan pronto llegaron verían nuestros observatorios

astronómicos, las defensas de superficie y los “discos volantes” que tenemos allá afuera. Entrarían después de forzar una compuerta, inmediatamente comprobarían la existencia de una atmósfera de nitrógeno y oxígeno. Aparte la admiración que hayan sentido ante la obra de los valerosos, lo que más les sorprendería sería no encontrar un sólo ser vivo que se opusiera a su penetración o saliera a darles la bienvenida. A menos que hayan encontrado alguna de nuestras máquinas Karendón, o ellos mismos las utilicen, nunca podrán comprender qué ocurrió en este deshabitado planetillo.

—Ellos no tienen la Karendón, eso es seguro —dijo Roerich.

—¿Cómo lo sabe?

—Es sencillo. Probé su comida, ¡es detestable! Si tuvieran máquinas Karendón para proveerse de alimentos, al menos hubieran echado algo de carne en su guiso. Además, estaban hurgando en las ruinas de la ciudad, sacando todo lo aprovechable, como ropavejeros. Eso parece indicar una cierta carencia de materias primas.

—Es usted muy observador, Coronel.

—También me fijé en sus armas. Eran metralletas clásicas.

—Tal vez desconozcan la “luz sólida” —apuntó Aznar—. Sólo tendremos respuesta a todas estas preguntas cogiendo un prisionero.

A las siete y media era completamente de noche. En la media hora que llevaban allí no había pasado por la autopista ni un sólo automóvil.

—¿Para qué se molestarían en limpiar la autopista, si hacen tan poco uso de ella? —refunfuñó Fidel Aznar.

Bajaron por el talud y echaron a andar por la orilla de la carretera en dirección a Nuevo Madrid, del que se veían algunas hogueras brillando a lo lejos. Pero apenas habían dado unos pasos cuando barrieron la oscuridad de la noche los focos de un automóvil que llegaba por detrás.

—¡Un automóvil, escondámonos! —gritó Roerich echando a correr para salvar la cuneta y alcanzar el bosque.

Pero Fidel Aznar no le siguió. Roerich se detuvo arriba del montículo y se volvió a mirar. Vio al “bundo” que se movía saliendo al centro de la calzada. “¿Qué hace ese idiota?” se preguntó Roerich, y le llamó:

—¡Eh, Aznar, venga acá, escóndase!

El auto venía a gran velocidad, seguro el conductor de que no tenía obstáculos por delante. ¡Pero aquel loco de Aznar estaba en mitad de la calzada!

Como desafiando al vehículo, que lanzado con la velocidad de un proyectil venía hacia él, Fidel Aznar afianzó los pies en el asfalto y dio la cara al automóvil. El conductor debió ver entonces al hombre que se interponía en su camino. Chirriaron los neumáticos contra el asfalto, el auto se desvió de su trayectoria, cruzó en diagonal la autopista, perdió el control al intentar volver a ella, giró varias veces sobre sí mismo como una peonza, se fue contra el talud y dio una voltereta en el aire para ir a aterrizar entre los árboles.

“¡Vaya torta!” —se dijo Roerich.

El auto había quedado con las ruedas al aire y los faros seguían encendidos. Fidel Aznar cruzó la autopista en dirección al coche. Roerich bajó por el talud y corrió para alcanzar a Aznar cuando éste trepaba por el talud opuesto.

—¿Por qué ha hecho eso? —le recriminó Roerich—. ¿Está loco?

—Queríamos tomar un prisionero, ¿no es cierto? Bueno, ahí dentro debe haber alguien —contestó Aznar.

Roerich le siguió refunfuñando. El auto había quedado con las ruedas al aire y una de las portezuelas estaba abierta. De la portezuela abierta asomaba la mitad de uno de los ocupantes. Aznar se arrodilló junto al automovilista, le dio media vuelta y le puso la mano en el pecho.

—Es una mujer —dijo a Roerich—. Hay alguien más dentro, vea si puede sacarlo.

Roerich dio la vuelta por detrás del automóvil pasando al otro lado. Pero el techo de la carrocería estaba hundido bloqueando la portezuela, por lo que todos los esfuerzos de Edward para abrirla resultaron inútiles. Regresó donde Aznar tiraba de la mujer sacándola del coche. Roerich se agachó y pudo ver al hombre que estaba cabeza abajo, colgado del cinturón de seguridad. Pudo desabrochar el cinturón y lo sacó a rastras.

Fidel Aznar vino a inclinarse sobre el hombre.

—Está vivo, sólo perdió el conocimiento. Pero no tardará en volver en sí. Quítele la pistola.

El hombre vestía un uniforme negro y calzaba altas botas hasta

las rodillas. Hasta sus guantes eran negros. Llevaba un correa y pistola. Roerich desabrochó la pistola y se hizo con la pistola. Regresó al automóvil y registró su interior. Encontró la gorra del hombre, una metralleta y una cartera de cuero llena de documentos, un mapa y una linterna eléctrica.

Fidel Aznar estaba de nuevo inclinado sobre el hombre, la mano abierta, oprimiéndole las sienes entre el índice y el pulgar.

—¿Qué ocurre? —preguntó Roerich.

—Le estoy hipnotizando para que no nos cree problemas al regresar. Espero que esto sea efectivo. Pero por si acaso fallo no le pierda de vista. Yo iré delante con la muchacha.

—Tengo una linterna —dijo Roerich—. Voy a apagar esos faros, no vaya a venir alguien y vea las luces.

El hombre del uniforme negro empezaba a dar señales de vida. Fidel Aznar le habló en la oscuridad, pero el idioma era totalmente desconocido para Roerich, que hablaba en castellano y alemán y un poco de inglés y de ruso. ¿Cómo podía entenderse aquel demonio de Aznar con el extranjero? Muy sencillo, Fidel se dirigía directamente al cerebro del hombre, le transmitía su pensamiento. El idioma seguramente era bartpurano.

Cuando el prisionero pudo ponerse en pie siguió dócilmente a Aznar a través de la carretera. El gigante se había echado a la mujer al hombro y la llevaba con facilidad, como si no pesara nada. Roerich cerraba la marcha detrás del prisionero empuñando la pistola.

Llegados al bosque, al otro lado de la autopista, se detuvieron a esperar la aparición de la “luna”. Aznar depositó a la mujer en el suelo y Roerich le alumbró el rostro con la linterna.

Para sorpresa de Roerich, la mujer tenía los ojos abiertos. Era joven y muy bella y vestía un traje ajustado enteramente de cuero negro con un cinturón rojo y ancho ciñéndole el talle. Sobre los hombros y alrededor del cuello llevaba una pieza de oro rígida, que se prolongaba en forma de triángulo por delante, y se curvaba ligeramente en los extremos.

—Tiene los ojos abiertos —observó Roerich.

—Está consciente —contestó Fidel Aznar—. Pero no puede moverse ni hablar. Actué sobre ciertos nervios motores para tenerla inmovilizada por algún tiempo.

—Es muy hermosa. ¿Quién será?

—Pronto lo sabremos todo respecto a ellos. Mire, empieza a brillar la luna. Vamos a continuar, deme la linterna.

Fidel Aznar se puso en pie, levantó a la mujer y se la echó al hombro como un fardo. Luego habló al prisionero, que estaba sentado en el suelo en actitud pasiva. El hombre se puso en pie y siguió dócilmente al “bundo”. Roerich echó detrás empuñando la pistola.

Siguiendo la trocha abierta a través del bosque llegaron a las ruinas del Hospital poco después de las diez. Al trasponer la verja les dieron el alto. Dos hombres armados de barras de hierro salieron a su encuentro y después de identificarles les dejaron pasar.

—¿Hay noticias del campamento militar? —preguntó Roerich.

Pero nada se sabía de la expedición que había salido a intentar el rescate de los soldados. Roerich siguió a Aznar.

El sótano estaba lleno de gente llegada últimamente de la cámara de restitución de la Karendón. La presencia de los prisioneros causó un revuelo. De todas partes acudieron para curiosear a estos invasores, a quienes algunos empezaban a llamar “el enemigo”. ¿Era justo llamarles así? Esto no podría saberse hasta conocer sus intenciones.

Para conocer las verdaderas intenciones de los invasores nada mejor que someterles a la máquina “psí”.

La máquina “psí” era, en orden a los progresos tecnológicos de los últimos milenios, el máximo logro de la investigación científica sobre el comportamiento del ser humano.

Tenazmente la mente se había negado a entregar el secreto de aquel misterioso proceso, mediante el cual el cerebro percibía las sensaciones exteriores, adquiría conocimientos y los almacenaba en la memoria. El truco estaba en la increíble capacidad de las células cerebrales para formar millones de conexiones y combinaciones, con todo lo cual formaban un código. ¿De qué medios se valía el cerebro para interpretar el sentido de estas combinaciones?

Cuando los investigadores hallaron respuesta a esta pregunta, un inmenso campo de aplicación se abrió ante la máquina “psí”.

La máquina se fundaba en el principio de que si toda la información que llegaba al cerebro adoptaba la forma de un lenguaje en código, este código debería poderse “escribir” en la

memoria por medios mecánicos, y a la inversa, borrarse de la mente. También debería poderse “leer” en el cerebro mediante la interpretación correcta del contenido de la mente, y todo esto sin intervención del individuo, que permanecería como sujeto pasivo, en el mismo orden que era pasiva una cinta sucesivamente grabada, escuchada, borrada y vuelta a grabar en un magnetófono.

A partir de la máquina “psí” los métodos de enseñanza experimentaron una revolución de arriba abajo. Toda la ciencia contenida en la mente de un Einstein podía ser “leída” o “vista” por la máquina “psí”, y copiada en una cinta magnética. Introduciendo una serie de electrodos en los canales de entrada del cerebro de un niño, toda la información, los conocimientos y las experiencias de la mente einsteniana eran vertidos en forma de copioso caudal de impulsos eléctricos en el cerebro virgen del alumno. En unas horas, sin intervención de la voluntad del alumno, la mente de éste quedaba impresionada de todos los conocimientos recibidos.

Este método se conocía con el nombre de “introducción de conocimientos e información por inducción directa”.

La máquina “psí” se utilizaba masivamente en funciones pedagógicas y para la formación profesional de las distintas especialidades de la Ciencia, la Filosofía, la Técnica y las Fuerzas Armadas, habiendo resultado especialmente apropiada para la preparación de los astronautas. Se utilizaba en la enseñanza y traducción de idiomas, en Psicología en el tratamiento de enfermedades mentales, y en la corrección de la conducta; criminalidad, desviaciones sexuales, agresividad, etc...

Este sofisticado artefacto tenía, pese a todo, sus detractores. Había liquidado las Universidades, acabando con la tradición humanística de la enseñanza ortodoxa, y se la consideraba un instrumento de presión en manos de los políticos. En un régimen político totalitario, la máquina “psí” habría creado una masa aborregada, dócil al mandato e incapaz de generar ideas propias.

En los sótanos del Hospital General de la Armada había una máquina “psí” para el tratamiento de las enfermedades mentales de los astronautas. La doctora Devesa y Fidel Aznar eran los dos médicos psiquiatras que normalmente trabajaban con la máquina.

Mientras los prisioneros eran conducidos a la habitación de la máquina “psí” para ser tratados con una droga hipnótica, Fidel

Aznar y Edward Roerich iban a la cocina a comer algo.

—Necesitaremos más de un individuo capaz de traducir el idioma de esa gente —observó Fidel Aznar—. Uno de esos hombres podría ser usted, Roerich.

—¿Aprender el idioma de nuestros invasores?

—Es fácil con la máquina “psí”. La mente del inductor es estimulada mediante una serie de imágenes, y usted percibe simultáneamente la imagen y la palabra que describe y califica cada imagen.

—Tengo entendido que le clavan a uno unos alambres en el cerebro —dijo Roerich aprensivamente.

—Se trata de unos hilos muy delgados. Casi ni se ven.

—Pero me agujerearán el cráneo para introducirlos, ¿no?

—No sea niño, usted no sentirá nada. Además, una vez puestos los electrodos le servirán para recibir posterior información. Hace tiempo que debió ser reeducado. En su tiempo y al nivel de entonces usted podría pasar por un hombre culto. Pero entre los valeranos es usted un ignorante. No lo tome a mal, hay que aceptar las cosas como son. El mundo ha evolucionado desde que usted estudiaba en la Universidad.

—Tiene razón —admitió Roerich suspirando—. Soy un ignorante. Ya debería haberme reeducado, pero esperaba hacerlo si salía vivo de la hibernación, cuando Valera llegara a alguna parte. Ahora que parece que hemos llegado a alguna parte no existen universidades.

—Si recuperamos a los valeranos nada se habrá perdido. El mundo que levanten después será más hermoso y racional que todo lo antiguo. Hay que reconocerles una cualidad a los terrícolas, su tenacidad es verdaderamente admirable.

Fidel Aznar hablaba de los terrícolas como si él mismo no fuera uno de ellos. No lo era, o al menos no de una forma total. Fidel Aznar era mestizo de terrícola y mujer bartpurana.

Para encontrar los orígenes de Fidel Aznar era indispensable trasladarse con la imaginación a Bartpur, el gigantesco circumplaneta que los terrícolas conocían por el nombre de Atolón. En aquel extraordinario planeta se había desarrollado una civilización varias veces milenaria. Sus habitantes, los bartpuranos, viajaban de un lado a otro del Universo e inseminaban la vida en

los jóvenes planetas como la Tierra, cuando todavía la Tierra presenciaba las rudezas de una raza de homínidos que vivía en las ramas de los árboles, hacía un millón de años.

Aunque no se conservaba memoria de este hecho, posiblemente fueron los bartpuranos quienes, interviniendo científicamente en los cromosomas de los primates terrícolas, alumbraron en la mente del hombre la llama de la inteligencia.

Dueños de una avanzada tecnología, los bartpuranos acabaron construyendo para sí y las generaciones venideras un hermoso y original circumplaneta. Para entonces, su filosofía humanística les había llevado a renunciar a los largos viajes interplanetarios, dedicándose a cultivar el espíritu.

A tal punto alcanzaba su respeto por la vida, cualquiera que fuese su expresión, que en su propio mundo renunciaron a luchar contra una especie de insectos gigantes que les invadía y amenazaba con exterminarlos. En lugar de combatir a los insectos, cosa que habría sido fácil para ellos con sus formidables medios, los bartpuranos optaron por ceder terreno y ausentarse temporalmente de su planeta, para lo cual recurrieron a sus máquinas Karendón en una operación gigantesca, semejante a la que los valeranos llevarían a cabo después para viajar de la Tierra al Hiperespacio.

Los bartpuranos llevaban desmaterializados más de 25.000 años cuando los valeranos, descendientes del pueblo terrícola, llegaron a Bartpur tripulando su autoplaneta. Los valeranos no participaban de los escrúpulos de los bartpuranos y liquidaron rápidamente a los insectos, ayudando después a los nativos a salir de las máquinas Karendón. El Almirante Aznar, que tenía un hijo de su anterior esposa, casó con una distinguida dama bartpurana, de la que nació Fidel.

Los bartpuranos estaban dotados de ciertas facultades extraordinarias, y éstas le fueron transmitidas a Fidel con los genes aportados por su madre. Fidel Aznar era un “bundo”, miembro de una especie de secta, medio religiosa, medio científica, que era la depositaria de todas las virtudes espirituales de la raza; la Filosofía, la Ciencia y la Técnica bartpuranas.

Poco después Fidel Aznar y Edward Roerich entraban en la sala donde estaba la máquina “psi”. Las facultades paranormales de Fidel Aznar eran superiores a la máquina “psi”. Él no necesitaba

ninguna máquina para interrogar al prisionero, pues poseía el don portentoso de leer directamente en la mente de las personas.

La mujer estaba bajo los efectos de una droga hipnótica, tendida en una mesa de ruedas, directamente bajo una pantalla móvil de radioscopia.

—Doctor Aznar, venga aquí —dijo la doctora Isabel Devesa que estaba detrás de la pantalla—. Vea esto. La mujer lleva insertados unos electrodos en la entrada del canal memorizador.

Fidel Aznar se acercó y miró en la pantalla.

—Muy interesante —dijo Fidel Aznar—. Por lo visto ustedes no son los únicos que utilizan el sistema de introducción de conocimientos e información por inducción directa al cerebro.

Fidel Aznar era un furibundo detractor de la máquina “psí” que los bartpuranos jamás habían utilizado, tal vez porque sus facultades psíquicas naturales eran superiores a las de cualquier máquina.

—Si esta gente conoce y utiliza el sistema de enseñanza por inducción directa al cerebro, entonces deberán ser por lo menos tan inteligentes como nosotros, y tener un nivel científico igual o superior al nuestro —apuntó Isabel Devesa.

—Ustedes son muy propensos a dejarse impresionar por las apariencias —dijo Fidel Aznar con ironía—. Yo no diría que un pueblo es más inteligente que otro, solamente porque tiene máquinas “psí”. La inteligencia es un don natural del hombre, distinto, a veces incluso opuesto, a una vasta cultura científica.

—Déjese de sutilidades, Aznar —respondió la doctora—. Se lo parezca a usted o no, éste es un indicio muy importante. Y digo importante por no decir grave. A iguales conocimientos y con medios técnicos equiparables, quizá sea demasiado tarde para expulsar a los invasores de nuestro autoplaneta.

—Ya está usted asustada —dijo Aznar burlándose—. ¿Por qué no dejamos a los militares que se ocupen de eso? He escogido a Roerich para transferirle los conocimientos idiomáticos de la mujer. Yo interrogaré al hombre.

Los grandes ojos de Isabel Devesa se clavaron pensativamente en Roerich. Él le sostuvo con firmeza la mirada y finalmente la doctora se encogió de hombros sin decir nada.

La mujer fue apartada a un lado y Roerich ocupó su lugar

tendido en una mesa de ruedas bajo la pantalla de Rayos Equis. Una enfermera aplicó a Roerich una inyección que le dejó instantáneamente dormido.

CAPÍTULO VII

Consciente, pero incapaz de mover los ojos ni emitir una sola expresión en la pantalla donde se iban sucediendo las imágenes. Le habían colocado un casquete de plástico blanco y de éste salían varios hilos eléctricos que estaban conectados a la computadora que estaba detrás del sillón. La pantalla correspondía a la de un televisor corriente, al que se le había acoplado un magnetoscopio conectado a su vez a la computadora. El silencio era total en aquella pequeña habitación.

En un rincón, Edward Roerich estaba en otro sillón recuperándose de los efectos de la anestesia. Le habían practicado unos finísimos agujeros a través de la pared craneal, y por éstos le introdujeron unos hilos de platino que llevaba sujetos con esparadrapo. Le habían despojado de la peluca para esta pequeña operación, y estaba muy raro con la cabeza desnuda.

Las imágenes que desfilaban por la pantalla de televisión eran muy sencillas. Se trataba de dibujos esquematizados. Estos dibujos parecía ser que obligaban a esforzar la imaginación en mucha mayor cuantía que si se trataba de fotografías. No obstante algunas veces aparecían fotografías, y también escenas en movimiento.

Después de una sesión de 45 minutos la doctora Devesa determinó conceder un descanso a la mujer y salió de la habitación. Roerich se levantó y la siguió hasta la sala contigua, donde Fidel Aznar llevaba a cabo el interrogatorio del prisionero. El hombre del uniforme negro estaba tendido en una camilla de ruedas, completamente inmóvil y con los ojos cerrados. Fidel Aznar, de pie, se inclinaba sobre el hombre. Ninguna palabra se pronunciaba por parte alguna. El “bundo” le interrogaba con el pensamiento y “leía” las respuesta del otro directamente en su cerebro.

Fidel Aznar se enderezó y miró a Isabel Devesa.

—Parece que nos hemos equivocado respecto a los uhlanos. Después de todo, no son como nosotros —dijo sonriendo.

—¿En qué son distintos?

—No son mamíferos.

Roerich volvió la cabeza y miró a través de la puerta abierta a la mujer que seguía inmóvil en el sillón. Ya le había sorprendido observar que tan hermosa criatura estaba parcamente dotada de senos.

—¿Ella no es una mujer? —preguntó Roerich señalando.

Fidel Aznar se echó a reír.

—Por supuesto, es una hembra. Como en todas las especies, la hembra engendra los hijos con la colaboración del macho, el acto sexual se realiza de todos modos. Pero en esta especie el huevo es expelido fuera del útero y acaba de desarrollarse sin la presencia de la madre.

—¡Como las gallinas! —exclamó Roerich asombrado.

Fidel Aznar le miró y sonrió.

—Bueno, más o menos así es como ocurre.

—¿Está usted seguro de lo que dice, doctor Aznar? —preguntó Isabel Devesa con expresión incrédula.

—Parece que es así.

—¿Cuál es la diferencia entre nacer de una placenta y nacer de un huevo? —preguntó Roerich.

—¡Dios perdone la ingenuidad de los ignorantes! —dijo la doctora Devesa. Y Roerich enrojeció.

—Sin embargo es una pregunta con sentido común —dijo Fidel Aznar—. En todos los casos se trata de un huevo fecundado. Dejando aparte las consideraciones de tipo biológico, el hecho cierto es que los niños nacen de todos modos.

—Si somos distintos en eso tenemos que ser distintos también en otros aspectos —dijo Isabel Devesa—. Naturalmente las hembras no tienen mamas. Tal vez ni siquiera tengamos cerebros iguales, aunque sean muy parecidos.

—Seguramente existe alguna pequeña diferencia. Sólo que nosotros no lo hemos advertido. Estamos demasiado preocupados por conocer otros aspectos muy distintos de su conducta, como si son fuertes militarmente, cuál es su grado de desarrollo tecnológico y qué intenciones abrigan respecto al futuro de nuestro autoplaneta

y nosotros mismos.

—¿Saben ellos que existimos? —preguntó Roerich.

—Esperan encontrarnos en estado de hibernación. Desde que nuestro autoplaneta llegó a este sistema, somos una fuente inagotable de quebraderos de cabeza para los científicos, los políticos y los militares ankoranos. La “dedona” sólo se conoce aquí en forma artificial. Hace ocho años Valera se presentó de improviso, frenó como una máquina y adoptó una órbita exterior a la de Uhlan. Éste es un sistema solar de estrellas dobles y Uhlan el único planeta habitado. Los uhlanitas no han tenido contacto con otras civilizaciones intergalácticas, de modo que todo tuvieron que hacerlo ellos. Entre continuas guerras, su civilización se ha desarrollado de modo parejo al de la Tierra desde hace treinta mil años. Desde tiempos remotos conocen la utilización de la energía nuclear, gracias a lo cual estuvieron varias veces a punto de exterminarse a sí mismos. Su mundo es un planeta agotado. Los uhlanitas derrocharon alegremente las materias primas del planeta: petróleo, hierro, cobre, plomo, uranio... lo cual les estimuló a lanzarse a la conquista de los restantes planetas del sistema en busca de materiales imprescindibles... En suma, el pasado de los uhlanitas es una aleccionadora historia de cómo no deben hacerse las cosas.

—Todo eso no nos dice nada —argumentó Roerich—. No lo que queremos saber.

—Tranquilícese, sabemos lo que queremos saber. Los ankoranos llegaron aquí hace siete años, forzaron con gran trabajo la entrada y descubrieron nuestro mundo interior, encontrando nuestras ciudades en ruinas, y por todas partes los signos que evidenciaban que aquí se había desarrollado una civilización a un alto nivel tecnológico y cultural. El aspecto cultural no interesó a los ankoranos tanto como el tecnológico. Han visto que utilizamos toda clase de materiales: hierro, cobre, plomo, titanio, aluminio, oro... Sin embargo Valera es un mundo donde no existen esos minerales. Todo el planetillo es una esfera de “dedona”, de donde llegaron a la acertada conclusión que teníamos algún medio de crear cualquier clase de material por el complicado sistema de transmutar la estructura atómica de la materia o, el “más difícil todavía”; convertir directamente la energía en materia. Los ankoranos ya

estaban obteniendo materiales a partir de estructuras atómicas simples como la roca, pero están lejos todavía de realizar el prodigio de crear la materia directamente de la energía.

—Al grano, doctor —apremió Roerich impaciente—. ¿Descubrieron las Karendón?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabe? ¡Usted ha estado interrogando al prisionero!

—Suponga que excavando en las ruinas de nuestras ciudades hubiesen encontrado una Karendón. Los ankoranos no las conocen, por lo tanto no podrían reconocerlas. Tal vez han dado ya con alguna Karendón y la estén estudiando. En cualquier momento puede ocurrir el milagro en manos de un científico intrigado que va tocando botones aquí y allá. De pronto salta un chispazo, y un ser humano se materializa en la cámara de restitución de una Karendón. El científico ankorano quedaría más sorprendido que el hombre materializado. Pero si ocurre una cosa así, la noticia se extenderá rápidamente en todo el planetillo y en Uhlan. Si hubiese ocurrido ya, este hombre lo sabría con toda seguridad.

—¡Vaya, eso ya es algo! ¿Qué hicieron con nuestra Armada Sideral?

—Los ankoranos se llevaron cien mil buques de combate a Uhlan.

¡Cien mil buques son todos los efectivos de nuestra Armada Sideral! —exclamó Roerich.

En efecto, el resto de la Armada había quedado como guarnición en Ganímedes, después de aplastada la resistencia de los Hombre de Titanio en los planetas terrícolas. Fidel Aznar se encogió de hombros.

—¿Esos tipos... los ankoranos, conocían las armas de luz sólida? —preguntó Roerich.

—No.

—Bien —suspiró Roerich—. Ahora ya tienen una gran arma para utilizarla contra nosotros.

* * *

Después de un día muy largo, al final de la tarde Edward

Roerich había adquirido un conocimiento más; el de la lengua de los ankoranos. Comoquiera que no estaba familiarizado con el idioma, al principio encontró algunas dificultades en la pronunciación; sencillamente, sus cuerdas vocales y su lengua no estaban adiestradas. Pero él mismo se corregiría, pues al pronunciar incorrectamente una palabra sabía de fijo que no era el sonido apropiado.

La mujer se llamaba Lauda Conak, tenía 40 años y era físico nuclear. La Medicina ankorana había progresado por lo menos tanto como la terrícola, como lo probaba el hecho de que también entre los ankoranos se practicaba el sistema de enseñanza por inducción directa al cerebro. Pero con el primero que habló fue con el Coronel Orith, que acababa de salir de su estado hipnótico sin que conservara conciencia de lo ocurrido desde que se estrelló su automóvil.

El Coronel Orith creía haber estado inconsciente todo el tiempo y Roerich no le desengañó.

Al hablarle Roerich el otro quedó sorprendido.

—Hablas mi idioma, pero no eres ankorano —dijo mirándole con desconfianza. Se encontraba en la habitación donde había sido interrogado y observaba todo con atención—. ¿Dónde estoy?

—Aquí se levantaba en otro tiempo un gran edificio, un Hospital de la Armada Sideral. El Hospital quedó destruido y estamos en los sótanos del mismo.

—¿Eres uno de los habitantes de este extraño mundo?

—Sí.

—¿Estabas escondido, tal vez hibernado?

—Hibernado, sí —afirmó Roerich, con lo cual no mentía.

—Siempre supusimos que habría alguien con vida en este planetillo. ¿Por qué no os habéis dejado ver hasta hoy?

—El cataclismo que echó abajo nuestras ciudades provocó una avería en la computadora que debería haber dado la señal para que todos volviéramos a la vida. Pero ese inconveniente ha sido subsanado y pronto vamos a ser más numerosos de lo que a vosotros os gustaría.

—¿Sois muchos?

—Sí.

—Tal vez millones.

—Muchos millones —respondió Roerich evasivamente.

—Nuestros técnicos en estadística han calculado por el tamaño de vuestras ciudades que aquí han debido habitar por lo menos cien millones de seres —dijo Orith. Y ante la impasibilidad de Roerich añadió con gesto desdenoso—: No importa el número. De cualquier modo habéis despertado demasiado tarde. Vuestra Flota Sideral está en nuestro poder, y también el autoplaneta.

—Seguramente no sois ni un millón de ankoranos ocupando el autoplaneta. Incluso sin armas, a ladrillazos, acabaríamos con todos vosotros. Pero tenemos armas. Tal vez os convendría llegar a un acuerdo con nosotros... un arreglo pacífico, vamos. Para que no haya derramamiento de sangre inútil por ninguna parte.

—¿Por qué vamos a negociar un acuerdo cuando lo tenemos todo? Vuestros buques, vuestro autoplaneta... No creo que estéis en condiciones de exigir nada —dijo Orith con gesto displicente.

Fidel Aznar llegó acompañado del Vicealmirante Vercher.

El uniforme y los galones del Vicealmirante parecieron impresionar a Orith, quien adoptó una actitud entre rígida y respetuosa.

—Este tipo es un imbécil —dijo Roerich señalando al prisionero—. No es posible dialogar con él. Le he hablado de negociar un acuerdo y se ha reído en mis barbas.

—Usted no tiene que tomar ninguna clase de iniciativa. Si hemos de negociar con los invasores se hará a alto nivel —dijo el Vicealmirante Vercher—. Tenemos noticias del campamento. Los muchachos han descubierto la entrada al subterráneo y alcanzando la Karendón.

—¡Magnífico! —exclamó Roerich—. ¿Quién trajo la noticia?

—Uno de los muchachos vino volando utilizando un “back”. El equipo de vuelo lleva incorporado un transmisor de radio, de modo que a partir de ahora estaremos en contacto con el campamento.

—No utilicen la radio —dijo Roerich rápidamente—. Los invasores pueden estar a la escucha y localizar el campamento a través de sus goniómetros. Si me prestan ese “back” yo mismo haré de mensajero volando hasta el campamento.

El Vicealmirante miró a Aznar y éste dijo:

—Es conveniente que el Coronel Roerich vaya allá. El Mando de la División ignora lo que está ocurriendo y debe ser informado.

Roerich está al corriente de todo y hará bien ese trabajo. Fue oficial del Servicio de Inteligencia en Alemania.

Poco después Edward Roerich se endosaba el “back”, que era del tipo ligero; es decir, constaba de una simple caja de “dedona” con un receptor de ondas energéticas y un pequeño motor iónico de reacción. Las plantas emisoras de ondas energéticas seguían funcionando en el interior del autoplaneta, contribuyendo a facilitar la labor de los invasores, que manejaban máquinas excavadoras valeranas alimentadas por energía recibida a través del aire. Este tipo de “back” se sujetaba a la espalda por una serie de tirantes, que pasaban también entre las piernas de forma idéntica a los atalajes de los paracaídas.

Otros tipos de “back” más pesados incorporaban su propia pila atómica, pero éstos solían formar parte de un equipo de vuelo mucho más sofisticado.

Roerich no tenía experiencia en el vuelo con “back”, sólo una vez antes de ahora lo voló de prueba. Pero tampoco era nada complicado, sólo tenía dos mandos, uno para subir o bajar, y otro para acelerar.

Despegó directamente desde el montón de ruinas del edificio principal, abrió el reostato y se sintió empujado hacia adelante por encima del acantilado y del lago. Un leve giro de cintura le dirigió en el rumbo apropiado. Voló siguiendo la orilla del lago, según le habían aconsejado, y redujo la velocidad, aunque se mantuvo a la misma altura, cuando calculó que había recorrido tres kilómetros. El bosque cubría completamente el campamento militar, de forma que no era de extrañar que los invasores no lo hubiesen descubierto.

Descendiendo a la altura de las copas de los árboles estuvo moviéndose en círculo hasta que escuchó voces. Éstas le guiaron hasta un montón de ladrillos, restos de un barracón derruido, donde los hombres del Hospital de la Armada confraternizaban con los soldados de la Segunda División. En este momento empezaba a atenuar su brillo el sol artificial de Valera.

El campamento de la Segunda División estaba mejor acondicionado que el Hospital General de la Armada para resistir un seísmo. Por supuesto, los ligeros barracones estaban inservibles, destruidos por la vegetación incluso mucho antes de que el temblor de tierra se produjera. Pero estos barracones sólo eran la parte

visible de un complejo dispositivo militar. A varios metros de profundidad, excavados en la “dedona” del planetillo, estaban los refugios y los arsenales.

La 2.^a División era una unidad de choque, llamada de Servicios Especiales, integrada por una brigada de infantería aérea, una brigada acorazada y otra brigada de apoyo (misiles, y desde hacía poco tiempo armas miniatura), en total 12.000 hombres.

Edward Roerich bajó por una larguísima rampa que daba incesantes vueltas como un tirabuzón hasta el enorme hangar donde estaban almacenados los blindados. Éstos eran las famosas “tarántulas” robóticas, cuyo recio corpachón se movía sobre tres pares de robustas patas. Estos blindados habían caído en desuso después que se crearon las armas de “luz sólida”, pero todavía eran muy efectivos en la lucha callejera contra motines, siendo ésta la única razón que justificaba su presencia en las proximidades de Nuevo Madrid.

Preguntando a algunos soldados que andaban por allí con aire ausente, Roerich encontró finalmente al general de división Arrondo reunido con los generales jefes de las brigadas y los coroneles. Roerich fue introducido en la habitación donde se encontraba la Plana Mayor de la División.

Nunca Roerich sería tan bien recibido en una reunión de generales, porque éstos se encontraban totalmente desconcertados y faltos de información, salvo lo poco que sabían por los hombres del Hospital que fueron a rescatarles. En Roerich en cambio encontraron una abundante fuente de información.

Edward Roerich informó durante media hora. Al terminar, los generales se miraron consternados.

—Hemos perdido la Armada y nuestro Estado Mayor, con el Almirante Aznar incluido, siguen desmaterializados en la Sala de Control, bajo una montaña de escombros —dijo el general Camargo, quien añadió—: ¡Bonita situación!

—Coronel Roerich —dijo el general Arrondo—. ¿Dice usted que los invasores están desescombrando las ruinas de Nuevo Madrid?

—Sus máquinas avanzan por la Avenida del Capitán Fidel en dirección a la Plaza de España, de la que les separan unos diez kilómetros.

—Tenemos que movernos aprisa, antes que los ankoranos

alcancen la Plaza de España y descubran la Sala de Control. Coronel Roerich, debo pedirle que nos preste un valioso servicio. ¿Querría usted volver a la ciudad? Necesitamos saber con toda exactitud el momento en que las máquinas excavadoras llegarán ante la rampa de acceso a la Sala de Control.

—Todavía tardarán por lo menos dos semanas. Por mucho que corran, no creo posible que avancen más de un kilómetro diario.

—No nos basta un cálculo aproximativo. Mi idea es la siguiente. Podríamos estar preparados en una semana, lanzar un ataque por sorpresa sobre la Plaza de España y tratar de llegar hasta la Sala de Control. Pero considerando la altura que tenían los rascacielos en aquel punto, el acceso a la Sala de Control debe tener encima una auténtica montaña de escombros. Luego tampoco es juego de niños entrar en la Sala de Control. Se tomaron toda suerte de medidas para hacer de aquello un reducto prácticamente inexpugnable, y ahora todos los obstáculos van a volverse contra nosotros. En definitiva, nos llevaría mucho tiempo entrar en la Sala de Control si atacamos antes de tiempo. Puesto que necesitamos por lo menos un par de semanas para reunir una fuerza de ataque que tenga probabilidades de conseguir nuestro objetivo, vamos a permitir que los ankoranos trabajen a su aire y nos faciliten la tarea retirando los escombros de la Plaza de España. En el momento preciso que quede expedita la rampa de acceso, caeremos sobre la ciudad y ocuparemos la Plaza de España, sosteniéndonos allí hasta conseguir entrar en la Sala de Control. ¿Le parece a usted que éste es un plan aceptable?

—Creo que es un plan perfecto —aseguró Roerich—. Una vez dominemos la Sala de Control podremos cerrar todas las compuertas que conducen al exterior, hacer funcionar las defensas de superficie o poner en marcha los motores y alejarnos de estos planetas. De los ankoranos que queden dentro ya nos ocuparemos.

—Veo que lo ha comprendido bien —dijo el general Arrondo. Y clavando sus ojos en los de Roerich preguntó—: ¿Usted no pertenece a nuestro Ejército, verdad?

—No, señor. Pero me alistaré y tomaré unos cursos por ese nuevo sistema de enseñanza por inducción directa al cerebro. De momento ya llevo en la cabeza los agujeros para los electrodos que harán de mí un competente oficial.

—Su competencia está fuera de toda duda, Coronel. Con toda seguridad será usted un brillante jefe. ¿Quiere que completemos los detalles de nuestro plan?

Roerich aceptó la silla que el general Arrondo le ofrecía.

CAPÍTULO VIII

En el campamento de la Karendón había 12.000 hombres funcionando ininterrumpidamente, la máquina necesitaría por lo menos nueve días para restituirles a todos. En la misma o parecida situación debían encontrarse el resto de las bases y campamentos militares esparcidos en todo el planetillo. Por lo tanto, no podía soñarse siquiera en tener preparada una fuerza de ataque antes de por lo menos dos semanas.

Parecía como si el gobierno militar hubiese cometido una falta de previsión o incurrido en grave tacañería, al disponer tan pocas máquinas para una población de veintitrés millones y medio de valeranos. Pero no se trataba de eso. La “Operación Vacaciones”, en la que los valeranos se ausentaron, así como la “Operación Rescate”, en la que debían de volver, se había proyectado para un plazo de tres meses como mínimo. Y la razón era sencilla. Nadie esperaba que nada más salir de las máquinas Karendón tuviera que encontrarse con un estado de guerra.

Tal circunstancia no estaba prevista, porque tampoco se había previsto que el planetillo estuviera al borde de una catástrofe que pudo haber acabado con la historia del autoplaneta.

A juicio de Fidel Aznar, que era un científico de gran talla, el autoplaneta había colisionado con algún cuerpo celeste en el momento más crítico del viaje de Valera, cuando estando frenando su veloz carrera, cruzaba todavía el subespacio, pero ya estaba pasando de una gigantesca masa gaseosa a otra masa más pequeña y compacta.

El choque debió ser tremendo. Todos los edificios saltarían en el aire o caerían de lado, y el sol artificial de Valera sería proyectado como una bala contra el suelo. Pero el sol no llegaría a estrellarse, porque sería frenado y retenido por el hábil juego de las ondas

gravitacionales, cuyo dispositivo automático acudía instantáneamente a equilibrar las zonas donde se producía una disminución de la fuerza de gravedad.

Afortunadamente el planetillo no había saltado en pedazos, aunque probablemente todo el hemisferio norte exterior, el que estaba dirigido en el sentido de la marcha, habría sufrido importantes daños en sus observatorios astronómicos y sus defensas.

Pero nada de lo ocurrido era irreparable. Las ciudades se construirían de nuevo, más racionales y cómodas que las antiguas, para ser habitadas por un pueblo más feliz y despreocupado. Y en cuanto a la industria, en el planetillo ya se habían abandonado las viejas fábricas, los talleres y las fundiciones que cubrían enormes extensiones de terreno, hoy devuelto a la naturaleza. Toda la industria del futuro estaría encomendada a unos cientos de máquinas Karendón que proveerían al pueblo de todo lo necesario.

Después de pasar la noche en el campamento militar, donde por primera vez pudo disfrutar de una verdadera cama, Edward Roerich fue despertado antes del amanecer. Para entonces ya le tenían preparada una armadura de “diamantina” ajustada a sus medidas, equipada con un “back” del tipo pesado; es decir, con su propio generador autónomo de electricidad. Este equipo de vuelo llevaba radiotransmisor incorporado, pero Roerich iba a llevar consigo un transmisor supletorio, que sería el que utilizaría para informar a la base. Por último recibió una subametralladora de “luz sólida” y se puso en marcha.

El sol artificial de Valera empezaba a brillar en lo alto del cielo con una suave luz naranja. Roerich voló rápidamente casi a ras de la lámina azogada del lago Mayor, y alcanzó las ruinas del Hospital. En los sótanos la gente dormía tirada en los pasillos y en cualquier lugar.

Una hora después Roerich desayunaba con el Vicealmirante Vercher, la doctora Devesa y Fidel Aznar. Les transmitió la orden del general Arrondo:

—El General es de la opinión que deben ustedes abandonar el Hospital y trasladarse al campamento después de destruir totalmente las máquinas Karendón.

—¿Por qué? —preguntó Fidel Aznar.

—En el campamento estarán más seguros y disfrutarán de

mayores comodidades.

—¿Por qué destruir las Karendón? ¿Es absolutamente preciso?
—insistió Aznar.

Roerich le miró sorprendido. De pronto percibió el profundo sentimiento de angustia que emanaba de la mente del “bundo”.

—Es una orden —balbuceó Roerich.

Fidel Aznar abandonó bruscamente la habitación.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Roerich sorprendido.

Vercher y la doctora intercambiaron una mirada. El Vicealmirante murmuró una excusa y se marchó también. Roerich miraba insistentemente a Isabel.

—Será un duro golpe para Fidel —dijo la doctora.

—¿Qué pasa aquí? No sé de qué están hablando.

—Usted no viajó solo en la astronave en el viaje de regreso del Siglo Veinte a nuestra Edad Contemporánea. ¿Lo recuerda? En la Karendón de la astronave, además de la cinta metálica en la que se habían formulado sus componentes físicos, vino también la fórmula de una muchacha.

—Katherina Rudel, la recuerdo muy bien. Fue una broma del Destino que, siendo tan grande el interés de Fidel Aznar por la chica, ésta apareciera muerta al ser restituida en Valera. Aznar la amó mucho. Retrasó el regreso a su dimensión y se expuso a graves peligros por rescatar a la muchacha. Lo sé porque estuve mezclado en todo el asunto. Katherina Rudel iba a tener un hijo de Fidel. Ella le amaba tanto que aceptó el riesgo de no despertar nunca cuando la desmaterializaron en la máquina Karendón a bordo de la astronave. ¡Ya ve qué cosas! A nadie le importaba yo. Fui poco menos que un polizón metido a la fuerza en los planes de los hermanos Aznar. Pero cuando la astronave llegó a Valera y se restituyeron nuestros cuerpos, yo aparecí vivo, y la chica apareció muerta.

—En efecto, fue una terrible decepción para Fidel.

—Yo no le vi tan apenado, la verdad. El cuerpo que se restituyó aquí no era el mismo que se había desmaterializado allá en la Tierra del año mil novecientos cuarenta y cinco. Por consiguiente Aznar no podía recordar nada de cuanto vivió en aquel increíble viaje al Pasado.

—Pero tú... usted no lo sabe todo. Fidel no quería renunciar a

sus experiencias de aquel viaje al Pasado. Se desmaterializó y reencarnó según la fórmula de la cinta que vino con ustedes en la astronave desde aquella remota dimensión. Ese es el Fidel actual.

—¡Caramba, no sabía eso! —murmuró Roerich admirado.

—Durante todo este tiempo, desde que regresó de su incursión en el Pasado, Fidel Aznar ha seguido enamorado de Katherina Rudel. Conserva su cinta de oro.

—¡La conserva! ¿Para qué?

—Él no ha renunciado a recuperar el alma de Katherina Rudel. En vísperas de emprender un largo viaje en el hiperespacio, Fidel concibió una idea descabellada. Puesto que Valera invertiría siglos y milenios en ese viaje, cabía la posibilidad de que tiempo después, donde quiera que fuese a parar el autoplaneta, coincidiera en el tiempo con una liberalización del alma de Katherina de las encarnaciones que se han sucedido después de mil novecientos cuarenta y cinco.

—¡Caramba! —exclamó Roerich—. ¿Puede ocurrir eso?

—Ocurrió una vez con usted. Las probabilidades de que su alma de usted estuviera libre en la fecha que la astronave regresó a Valera eran de una entre ciento. ¡Y acertó! En el año veinticinco mil seiscientos cincuenta y dos, en algún lugar del remoto Universo, usted había muerto y su alma se encontraba de nuevo en la Dimensión Temporal esperando reencarnar en otro ser. Esa espera coincidió milagrosamente en el tiempo con la restitución de sus componentes físicos en Valera. ¡Y su alma acudió! Alguna vez puede ocurrir lo mismo con Katherina Rudel.

—¿Puede ocurrir, no importa el tiempo que haya transcurrido?

—El tiempo no importa, siempre que se conserve la cinta donde está grabada la fórmula de los componentes físicos de Katherina Rudel.

—He percibido la angustia de Aznar cuando mencionó la necesidad de destruir las Karendón que tenemos aquí. ¿Por qué?

—Muy sencillo. En una de esas Karendón está esperando la cinta perforada correspondiente a Katherina Rudel. Es la que adopta la posición horizontal. Fidel solicitó ese favor al Vicealmirante, y desde entonces está allí.

—Pero aunque destruyamos la Karendón... Aznar puede llevarse consigo la cinta o esconderla en cualquier parte. ¿No es cierto?

—Una cinta perforada de ese tamaño no se guarda en cualquier sitio. Claro que si no hay más remedio Fidel se la llevará. Pero la angustia que todos hemos percibido no tiene su única motivación en el problema de llevar consigo la cinta. Fidel no se ha atrevido a hacer funcionar la máquina por temor a verse decepcionado de nuevo. Ahora tendrá que intentarlo, ante la necesidad de tener que destruir la máquina. Ese es el temor de Fidel que usted ha sentido.

Edward Roerich asintió con profundos movimientos de cabeza.

—Me gustaría que tuviera suerte y encontrara por fin el alma de la chica —murmuró—. Un amor tan grande merece su recompensa. Pocas personas hoy día tienen una capacidad para amar tan intensamente como ama Fidel Aznar.

Roerich miró acusadoramente a Isabel. La doctora se sonrojó evidenciando su confusión.

—Fidel Aznar es un ser excepcional —murmuró Isabel.

—¿Estás enamorada de él? ¿Es eso lo que te ha impedido corresponder a mi amor? —preguntó Roerich de pronto.

Isabel Devesa se puso tan colorada que hasta los ojos le lagrimearon. Bruscamente se puso en pie. Miró furiosa al alemán, como dispuesta a decir algo, pero inclinó la cabeza y salió tambaleándose.

Roerich volvió a encontrarla una hora más tarde en la dependencia de la máquina “psi”. Roerich iba a tomar unas cuantas sesiones más para perfeccionar su idioma ankorano. Isabel Devesa estaba preparando la máquina cuando se armó un gran revuelo en todo el sótano. El Vicealmirante Vercher entró y dijo muy emocionado:

—¡Ha ocurrido! Aznar hizo funcionar la máquina y restituyó a su novia... ¡viva!

Roerich sintió un leve escalofrío en la nuca. Siempre se había mostrado escéptico respecto a todo aquel misterio de las almas que transmigraban. Creyó que si pudo llegar a esta dimensión del Tiempo, fue sencillamente porque su cuerpo físico fue materializado aquí. Katherina Rudel no llegó, pero bien pudo ser defecto de la máquina, o bien no soportó aquel extraño fenómeno de la desmaterialización. Pero estaba equivocado.

Miró con el rabillo del ojo a Isabel, espionando su expresión. Isabel pareció primero sorprendida, luego confusa y a continuación dijo

que iba a salir a conocer a Katherina Rudel.

Roerich se quedó. Ya conocía a Katherina y sabía por experiencia propia lo que le esperaba a la muchacha. Incredulidad, confusión, asombro... La muchacha no sería un ser normal hasta transcurridos algunos días, cuando se fuera tranquilizando y acostumbrándose a la idea de que todo cuanto ocurría era real.

Isabel Devesa regresó al cabo de una hora.

—¿Qué tal? —le preguntó Roerich mirándola.

—La chica es bonita —dijo Isabel pensativamente—. Me pregunto qué vería Fidel en ella. Después de todo no tiene nada de extraordinario.

—Tal vez lo que tiene ella no lo vemos nosotros —respondió Edward—. Fidel tiene la facultad de ver el color del alma. ¿No es posible que dentro de una chica normal exista un alma bella?

Isabel Devesa acusó la indirecta frunciendo sus gordezuelos labios en un mohín de despecho.

—Está bien, vamos a lo nuestro —dijo. Pero se refería a la sesión de psicoaplicación.

Durante la mañana Roerich recibió dos dosis de aplicación recibiendo directamente los impulsos eléctricos del Coronel Orith. Fue una lección muy provechosa, porque el ankorano estaba perfectamente consciente y todo era echar maldiciones entre una y otra interpretación de las imágenes.

A la hora del almuerzo se encontró con Fidel Aznar. El joven irradiaba felicidad. A la pregunta de Roerich contestó:

—La he dormido. Está muy excitada, usted ya pasó por la misma experiencia y sabe qué es eso.

—Lo sé —afirmó Edward.

—Le agradece que vaya a verla antes de marcharse. Katherina se sentirá aliviada de su presión psíquica si oye hablar alemán.

Edward fue a ver a Katherina Rudel después de las cinco. Para la muchacha sólo había transcurrido un instante desde que fue desmaterializada en la Karendón en la astronave hasta que abrió los ojos en una bóveda bajo las ruinas del Hospital. Se alegró mucho de ver a Roerich y poder hablar en alemán, ya que allí nadie más conocía este idioma. Incluso Fidel Aznar, al hablarle, lo hacía en castellano. La joven le entendía, porque Fidel tenía la facultad de transmitirle directamente su pensamiento, pero el sonido del idioma

era totalmente extraño para Katherina.

Charlaron durante casi una hora y Roerich se despidió.

A las siete de la tarde Roerich empezó a equipararse. En el cinturón, bajo la chaqueta, escondió la pistola automática del Coronel Orith. Se puso las diversas piezas de la armadura de “diamantina”, el “back” y la escafandra, tomó la subametralladora de “luz sólida” y salió al exterior.

Mientras esperaba a que se apagara el sol, el ingeniero Bela destruía concienzudamente las máquinas Karendón, incluida la “dispensera”.

A las siete y media se hizo la oscuridad total. Roerich abrió el regulador incrustado en el antebrazo de la armadura y se remontó como si de él tirara un aerostato. A mil metros de altura pudo ver las fogatas de los ankoranos en la ciudad.

Abrió el acelerador y se sintió impulsado hacia adelante.

Volar en estas condiciones era una delicia, porque la armadura y la escafandra le protegían del viento. Era como un pájaro, libre de remontarse a cualquier altura y volar en cualquier dirección, incluso quedarse inmóvil en el aire.

Pero no podía perder el tiempo, pues la luna artificial de Valera sólo tardaría una hora en “salir”.

Voló sin grandes prisas hacia la ciudad. En unos minutos estuvo sobre las fogatas que señalaban el trazado de la Avenida del Capitán Fidel. Siguió esta dirección hasta dejar las hogueras atrás y descendió hasta un montón de ruinas, donde esperó la aparición de la “luna”.

Bajo la fría luz de la “luna” siguió adelante, dando un corto salto hasta la Plaza de España.

En la Plaza de España estaban en otro tiempo los mayores y más bellos edificios de Nuevo Madrid, entre ellos el Palacio Residencial, el Ayuntamiento, el Nuevo Parlamento, la Biblioteca Nacional y el Museo de Arte Universal.

Todo había sido destruido y la antes magnífica Plaza presentaba un aspecto desolador a la pálida claridad de la luna. Cada uno de los viejos rascacielos era una montaña de escombros. Algunos habían caído sobre la plaza sepultándola por entero. Roerich calculó que las excavadoras de los ankoranos no llegarían hasta la rampa de acceso a la Sala de Control antes de un mes, y eso con mucha

suerte.

Buscó un lugar fácil de recordar, se despojó de la armadura y la escondió juntamente con la radio. Luego se dirigió andando hacia las fogatas de la Avenida pasando sobre los montículos de escombros.

Las excavadoras se encontraban todavía a diez kilómetros de la Plaza de España y el camino era tan difícil que Roerich no alcanzó el lugar donde estaban las máquinas hasta después de la medianoche. En este momento se condensaba el vapor de agua de la atmósfera y caía uno de aquellos chaparrones característicos del planetillo.

Los obreros que trabajan en las tareas de desescombro ya conocían esta particularidad del planetillo y se refugiaban durante la noche en chabolas construidas con los materiales rescatados de las ruinas; generalmente planchas de plástico y “diamantina”. Se metió en uno de estos refugios, donde dormían media docena de ankoranos envueltos en mantas, y se echó en el suelo.

Una sirena despertó a todos a las siete y media de la mañana. Uno de los ankoranos le miró y le preguntó:

—¿Eres de la brigada que llegó ayer?

Roerich contestó afirmativamente.

—¿Eres ankorano?

—Sí.

—Yo soy de Afil, etorniano. No es corriente ver ankoranos destinados a este tipo de trabajos. ¿Por qué te han castigado?

—Soy un rebelde —dijo Roerich con desparpajo.

El otro le miró con desconfianza, pero no dijo nada. Roerich se apartó del grupo al dirigirse a la cola para tomar su ración. Le llenaron el bote de hojalata de una infusión de una hierba parecida al té y le dieron unas galletas y un pedazo de cecina.

Después de una hora volvió a bramar la sirena llamando al trabajo. Solamente los soldados de uniforme verde-oliva, los oficiales y algunos pocos capataces eran ankoranos, y éstos recibían raciones de alimentos especiales, dormían en refugios aparte y procuraban no mezclarse con la grey de obreros procedentes de distintos lugares del planeta Uhlan. Estos obreros eran deportados. Se les obligaba a trabajar desde la salida a la puesta del sol, pero en general no parecían descontentos.

Pese a que el trabajo era duro estaban acostumbrados a él. La disciplina era aquí menos rígida que en otros campos de deportados donde habían trabajado antes, y puesto que no había lugar a donde ir, ni podían escapar de aquel mundo cerrado, ni siquiera se les pasaba lista.

Las máquinas hacían la mayor parte del trabajo, que consistía sencillamente en apartar escombros y abrirse paso a lo largo de la Avenida en dirección a la Plaza de España. Los deportados revolvían entre las ruinas y sacaban de entre los escombros toda clase de materiales aprovechables. Encontraban cosas la mar de raras, y frecuentemente se detenían a examinarlas, bromeando acerca de su probable uso, hasta que llegaba un soldado y les ordenaba volver al trabajo.

Había algo en común que unía a los deportados; el odio y el desprecio hacia los ankoranos.

La situación en Uhlan era curiosamente parecida a la de la Europa ocupada por los nazis. Después de derrotar uno tras otro a los países, Ankor establecía en ellos gobiernos títeres que se movían a los dictados de la política emanada del gobierno de Ankor.

Se permitía a los países sojuzgados conservar su nacionalidad, y hasta se insistía en hacerles creer que eran independientes. Pero junto a la bandera de cada nación ondeaba siempre la bandera de Ankor, “la nación hermana”. Ankor revisaba los textos de las materias que se enseñaban por el sistema de inducción directa al cerebro, y los niños de todo el planeta eran educados en la admiración, el respeto y sumisión a la gran nación ankorana. La televisión estaba inundada de telefilmes en los que por lo menos el héroe principal era siempre un apuesto ankorano. La investigación y la tecnología eran terreno acotado por los ankoranos. Ankor esquilma a los pobres países, se llevaba a bajo precio sus materias primas y pagaba con productos manufacturados y tecnología a elevado precio.

Parecía incluso extraño que de vez en cuando surgiera un disidente para denunciar este estado de cosas. Como era natural se le encarcelaba y se le enviaba a un campo de concentración para ser “reeducado”.

En Valera la mano de obra traída por los ankoranos formaba un pintoresco mosaico de todas las nacionalidades. No todo eran

rebeldes, había también trabajadores de países extremadamente pobres que habían venido en busca de un mísero jornal. A cambio se les había prometido libertad completa para saquear las ruinas de las ciudades. Podían quedarse cuanto encontraron excepto metales preciosos. La única condición exigida era que no llevarían más carga de la que pudieran transportar al marcharse.

Éstos eran la gente que Roerich había visto llevando ropas como las suyas, procedentes de los hallazgos entre los escombros de los rascacielos.

CAPÍTULO IX

A los kilómetros de la Plaza de España se encontraban todavía a tres kilómetros de los senderos de las Espaldas.

Los ingenieros ankoranos que dirigían los trabajos tenían un interés moderado por alcanzar el centro de la ciudad. Esperaban encontrar allí los principales edificios públicos, y en éstos nuevas muestras de una supercivilización que cada día les sorprendía con el hallazgo de nuevas y portentosas realizaciones.

De haber sospechado lo que se escondía bajo los escombros de la Plaza de España, con toda seguridad hubieran ido directamente a excavar allí.

Los ankoranos habían deducido por simple observación que debía haber en alguna parte un lugar desde el cual se dirigía y controlaba aquel complejo mundo, pero encontrarlo sobre 28 millones de kilómetros cuadrados era como buscar una aguja en un pajar.

Realizaban excavaciones simultáneas en diversos puntos del interior del autoplaneta, y en cualquier momento el azar podía conducirles hasta alguno de los subterráneos donde las Karendón esperaban una señal electrónica para empezar a funcionar. Finalmente algo ocurrió que sembró el desconcierto y el recelo entre las fuerzas de ocupación. Se descubrió el automóvil en el que viajaban el Coronel Orith y la profesora Lauda Conak.

Las tropas ankoranas también disponían de unidades equipadas con “back”. Desde Nuevo Madrid se enviaron algunos hombres a explorar los alrededores, encontraron la trocha abierta en el bosque y llegaron hasta las ruinas del Hospital General de la Armada.

En las ruinas del Hospital descubrieron señales evidentes de haber sido removidos los escombros. El destacamento entró en los sótanos, donde todavía eran más claras las huellas de la presencia de gente en fecha reciente. Por todo el planetillo cundió la alarma.

Como era natural los invasores sabían ya entonces muchas cosas respecto a los habitantes del planetillo. Conocían su aspecto, sus costumbres y su organización social. Se habían encontrado libros, fotografías y filmes. Se llevaba a cabo una intensa labor de investigación en todos los frentes, pero acaso por la enorme cantidad de material a analizar se estaban demorando los resultados.

Todo habría sido mucho más fácil para los investigadores si hubiesen podido descifrar la escritura latina, cosa que lograrían finalmente más pronto o más tarde.

Los rumores de cuanto sucedía eran casi la única distracción de los operarios en las breves horas de descanso. De improviso los ingenieros decidieron trasladar las excavadoras a la Plaza de España. ¿Por qué?

Si el Coronel Orith y la profesora Conak no hubiesen visto interrumpido su viaje en automóvil, esto debería haberse producido dos semanas antes. La profesora Conak, que formaba parte del equipo dedicado a la búsqueda de la Sala de Control, había descubierto entre el copioso material de investigación un filme de aventuras cuya acción se desarrollaba en parte en la Sala de Control del autoplaneta.

Estos filmes de aventuras eran muy abundantes en la televisión valerana, especialmente los que se remontaban a las luchas de Valera contra los “thorbod” y el Imperio de Nahum^[2].

La profesora Conak repasó todos los filmes que pudo encontrar, la mayoría de ellos en mal estado, y logró reunir una colección de fotogramas en los que aparecía la Sala de Control; su disposición interior, sus accesos, y los edificios que servirían para identificar su localización. Cuando creyó tenerlo reunido todo se trasladó al autoplaneta. Su pecado fue reservarse sus observaciones, que sólo conocían sus colaboradores más allegados.

Aquella noche Roerich se deslizó furtivamente hasta la Plaza de España, desenterró el transmisor de radio y llamó a la contraseña del campamento.

En el campamento debían permanecer a la escucha, pues recibió inmediata respuesta:

—Hola, Escarabajo. Aquí Aguilucho Dos.

—Habla Escarabajo. Están ustedes en peligro. Los invasores

llegaron hasta el Hospital y seguramente seguirán buscando en los alrededores hasta dar con el campamento.

—Hola, Escarabajo. En efecto, seguimos los movimientos del enemigo y sabemos que estuvieron en el Hospital. Procedemos a evacuar el campamento, vamos a trasladarnos a Santa Bárbara para unirnos a la Primera División. Allí la Karendón está funcionando desde hace ocho días.

—Atención, Aguilucho Dos. El invasor ha recibido información suplementaria. Mañana vamos a trasladar las excavadoras a la Plaza de España. A partir de ahora estaremos en contacto cada noche entre las once y las doce. Cambio y corto.

—Entendido, Escarabajo. Buena suerte, Escarabajo, hasta mañana entre once y medianoche. Corto.

Roerich enterró la radio y regresó a su campamento.

Se había integrado en un grupo formado por una docena de shirtecienses, gente bastante inculta en general, aunque alegre y de buenos modales. Toda esta gente estaba allí contratada. Todos tenían oro escondido, aunque era dudoso que pudieran sacarlo del planetillo cuando tuvieran que marcharse. Llevaban en Valera tres años, aunque su contrato sólo les obligaba a permanecer dos. De hecho eran prisioneros de los ankoranos pues solamente con las aeronaves de éstos se podía regresar a Uhlan.

Los valeranos utilizaban el oro en abundancia en sus instalaciones y aparatos domésticos, contra la oxidación y la corrosión, y los ingenuos shirtecienses deducían de ello que los valeranos eran gente inmensamente rica. Ignoraban que la riqueza de los valeranos estaba representada por valores muy distintos, ya que el oro no tenía en el planetillo más valor que el plomo o el latón.

Las sirenas sonaron a la mañana siguiente a las cinco. Todavía era de noche cuando las máquinas excavadoras, los bulldozers y los dumpers gigantes se pusieron en marcha, abriéndose paso entre las montañas de escombros hacia la Plaza de España.

Una prisa frenética se había apoderado de pronto de los ingenieros. Recibían órdenes de “arriba” para despejar cuanto antes la Plaza de España. Siguiendo a las máquinas marchaba la legión de obreros con picos y palas. Desde el día antes Edward procuraba mantenerse cerca del camión militar donde el mando tenía

instalada su emisora de radio.

A las siete de la mañana llegaron dos aeronaves de transporte ankoranas, de cada una de las cuales desembarcaron un centenar de trabajadores de todas las nacionalidades.

Las aeronaves ankoranas estaban construidas de metales livianos a base de titanio y aluminio, pues en ellas la flotabilidad se obtenía por medio de campos magnéticos de fuerza, que hacían un elevado gasto de energía eléctrica, generada por un reactor nuclear a bordo. Para despegar y aterrizar a plena carga, estas aeronaves tenían que ser asistidas por emisoras de ondas energéticas emplazadas en tierra.

Actualmente los invasores se beneficiaban de la energía de las centrales emisoras valeranas, que todavía seguían funcionando después de dos mil años.

Las aeronaves, de forma lenticular y alargadas, todavía se encontraban en tierra cuando se encendió una vivísima luz verde azulada que hizo empalidecer el brillo del sol artificial de Valera. Bajo aquella intensa luz todos los rostros se tornaron lívidos. ¡Era una explosión nuclear!

El suelo tembló y un trueno ensordecedor pareció a punto de desgarrar los tímpanos de los aterrados hombres. A continuación se desencadenó un terrible huracán que arrastró a los hombres, los volteó como muñecos y levantó una tormenta de polvo entre el que volaban ladrillos, fragmentos de cristal, planchas de plástico y de hierro galvanizado, puertas y papeles.

Edward Roerich se encontraba en aquel momento junto a un enorme bulldozer y se tiró al suelo tras la máquina. El huracán cogió de lleno a una de las aeronaves, la elevó en el aire y la dejó caer haciéndola pedazos.

El huracán cesó pronto, pero el eco de la terrorífica explosión todavía resonaba como un lejano trueno entre las paredes del planetillo. Roerich calculó que la explosión había tenido lugar en el campamento de la 2.^a División. Los valeranos habían volado su arsenal.

Después de la explosión reinó una enorme confusión. Aunque los muertos eran relativamente pocos, los heridos se contaban por centenares, casi no había uno que hubiera salido sin un golpe, una fractura o una herida cortante. Los ankoranos sólo tenían un

botiquín de urgencia, insuficiente para atender a todo.

Aquel día no se trabajó en la Plaza de España.

* * *

El Mando ankorano estaba furioso, si bien era cierto que también estaba alarmado. La voladura de los arsenales de la 2.^a División fue una trampa en la que cayeron dos batallones de la Fuerza Especial (infantería aérea). Los valeranos no estaban muertos, existían en alguna parte, y ésta era la primera demostración de que no iban a aceptar la invasión del planetillo.

La invisibilidad de los valeranos era lo que más irritaba a los invasores. Después de siete años de andar por el planetillo con entera libertad, los ankoranos se habían confiado demasiado. De pronto se daban cuenta de que habían perdido el tiempo, dedicados a saquear los preciosos tesoros sepultados entre las ruinas, en lugar de asegurarse el dominio del planetillo como autoplaneta, cosa que no podía hacerse sino conquistando la Sala de Control.

Ahora el Mando quería recuperar el tiempo perdido y envió sobre Nuevo Madrid todo lo que tenía a mano, obreros y tropas, y toda la maquinaria pesada que pudo reunir.

En dos días había tantas máquinas y tanta gente en la Plaza de España, que se estorbaban unos a otros sin adelantar nada. Hasta que llegó un general inteligente y ordenó retirar todas las máquinas y toda la gente que sobraba. Entonces se pudo progresar en la limpieza.

Trabajando de día y de noche, en una semana estuvo desembarazada de escombros la Plaza de España. Bajo los cascotes aparecieron las verjas de “dedona” del Palacio Residencial y la rampa de entrada al subterráneo de la Sala de Control. En este momento los ingenieros ankoranos supieron que estaban en el buen camino.

Entre la “puesta” del sol y la “salida” de la luna solía hacerse un descanso. Se repartía el rancho y el nuevo turno se preparaba para coger las máquinas en cuanto hubiera luz lunar.

Edward Roerich llamó esa noche a “Aguilucho Dos”.

—Los invasores han llegado a la rampa de la Sala de Control. La zanja está llena de escombros, pero sólo invertirán algunas horas en

despejar esto.

—Está bien, Escarabajo. Regrese. Los abejorros tomarán el relevo. La fuerza de ataque está preparada. Retírese hacia Santa Bárbara. Buen trabajo, Coronel. Gracias.

Edward desenterró su armadura y la subametralladora, pero se acordó de sus amigos los shirtecienses y volvió a ocultarlo, quedándose sólo con la pistola automática. Tenía que avisar a sus amigos, no era justo que murieran en una lucha en la que nada les iba ni venía.

Sabía Edward que los valeranos atacarían primero con los “abejorros”. Éstos eran la última y más sofisticada arma del Ejército Valerano.

En apariencia se trataba de auténticos abejorros, tanto por el tamaño, por el color negro, la forma y el zumbido que hacían mover rápidamente sus cortas alas. Estas alas no sostenían al abejorro. El “insecto” era demasiado pesado, tanto que el más fuerte atleta no podría levantarlo del suelo. Estaba hecho de “dedona”. La “dedona”, como era bien sabido, tenía la particularidad de cambiar la polaridad y repeler los electrones que constituían el suelo.

Esta pequeña maravilla alojaba en su diminuto cuerpo un receptor de ondas energéticas. La electricidad, recibida por onda, hacía sostenerse al abejorro en el aire. Las alas, movidas por un motor eléctrico de increíble pequeñez, le impulsaban y dirigían.

Los ojillos del abejorro eran otra joya de la técnica, dos cámaras de televisión de función telemétrica que enviaba imágenes en color y relieve al puesto de control, situado en ocasiones a quinientos kilómetros de distancia. El abejorro por último llevaba consigo una carga explosiva nuclear. ¡Todo metido en un espacio de tres centímetros!

Este abejorro era un arma verdaderamente temible. Resultaba muy difícil descubrir, y era tan pequeña que el radar no era capaz de dirigir el tiro de las armas de “luz sólida” sobre un blanco tan pequeño, y que además se estaba moviendo continuamente. Sus ojillos transmitían todo lo que veían, luego era a la vez un estupendo espía. Podía dirigir el tiro de la artillería o emitir señales electrónicas para atraer a los proyectiles teledirigidos propios sobre blancos ocultos. Y por último se comportaba como un “kamikaze” arrojándose contra el enemigo y haciendo explosión.

Aunque la explosión de la carga de un abejorro no podía compararse a la de un proyectil de gran tamaño, era por lo menos similar a la de una bala de cañón medio de tipo convencional, o una bomba de 50 kilogramos de trilita.

Roerich regresó al campamento donde sus amigos estaban comiendo junto a la fogata.

—Marchaos —dijo en voz baja a Feiján, el más viejo del grupo—. Perdeos en la oscuridad y corred sin parar. Dentro de poco será un infierno, los valeranos van a atacar.

Feiján quedó con la cuchara a medio camino de la boca.

—¿Qué demonios estás gruñendo, muchacho? ¿Quiénes son los valeranos?

—Los dueños de este autoplaneta.

—¿Estás hablando en serio?

—Sí.

—Si escapamos nos perseguirán y nos fusilarán por prófugos. ¿Quién te ha contado ese cuento? ¿Cómo sabes que esos... esos valeranos van a atacar?

—Lo sé. Soy uno de ellos.

El shirteciense quedó tan sorprendido que no acertó a articular palabra.

—Haz correr la voz entre la gente —dijo Roerich—. Salid huyendo, aunque los soldados os persigan a tiros. Será más fácil escapar de las balas que de las bombas.

Antes que el hombre se hubiera repuesto de su sorpresa se había perdido Roerich en la oscuridad.

Regresó al escondrijo, sacó la armadura, el “back” y la subametralladora. El “back” era muy pesado y tuvo que ponerlo sobre un pedazo de muro para engancharlo a la espalda. En este momento escuchó rumor de ladrillos que rodaban bajo unos pies. Empuñó la subametralladora y quitó el seguro. Una linterna se acercaba. La luz cayó sobre él y una voz gritó en ankorano:

—¡Eh! ¿Quién eres tú?

Roerich le disparó una cinta de luz de dos pulgadas de ancho que dio con el hombre en tierra. La linterna había quedado encendida en el suelo. Disparó contra la linterna y la destrozó, pero la “luz sólida” produjo una sorda explosión al pegar contra los ladrillos, que pulverizó.

Se agachó de nuevo, enganchó el “back” y se colgó el arma del brazo para ponerse la escafandra. En este momento le enfocaron con una linterna y tableteó una metralleta. Las balas rebotaron en la coraza de “diamantina” y la escafandra. Roerich se ajustó la escafandra imprimiendo a ésta un leve giro. Las balas hicieron saltar los ladrillos a su alrededor.

Disparó de nuevo su arma de luz sólida contra el lugar de donde venían los fogonazos. Se hizo el silencio. Abrió el regulador y sintió como si una fuerza invisible le empujara hacia arriba. En unos segundos estaba sobre las ruinas de la ciudad, viendo abajo correr linternas por todas partes. Se quedó allí, contemplando el espectáculo. Luego abrió el acelerador de iones y se orientó hacia Santa Bárbara.

Santa Bárbara había sido la Academia Militar del Ejército hasta que se impuso el método de enseñanza por inducción directa al cerebro. Actualmente había allí un acantonamiento de tropas. Mientras volaba encendió la radio y sintonizó con la emisora propia.

Los valeranos no habían utilizado antes los abejorros para espiar los movimientos de los invasores, porque teniendo que ser dirigidos por radio habrían denunciado al invasor la localización de los centros de control. Pero hoy los valeranos se veían obligados a anticiparse a los ankoranos en la carrera por ocupar la Sala de Control, y echaban todas sus menguadas fuerzas al ataque.

Todo el espacio en el interior de Valera estaba cruzado en este instante por las llamadas y las señales de radio, tanto de los valeranos como de sus enemigos. Roerich sintonizó accidentalmente la radio de los ankoranos. Desde Nuevo Madrid se alertaba al resto de los destacamentos sobre un ataque inminente.

—Las brigadas de obreros abandonan la ciudad huyendo hacia los bosques —decía una voz en ankorano—. Ha corrido el rumor de que vamos a ser atacados...

El Mando ankorano estaba advertido. Bien, no importaba.

Los escuadrones de abejorros están ya en vuelo hacia Nuevo Madrid. Roerich dio una posición.

—Está usted en la ruta de nuestras escuadras de abejorros. Descienda a tierra rápidamente. Si los abejorros chocan contra usted lo destrozarán —le informaron.

Roerich se apresuró a aterrizar. Estaba sobre la autopista de Nuevo Madrid a Barcelona y Santa Bárbara y se quedó allí mirando al cielo. Poco después veía un denso enjambre de insectos mecánicos que oscurecían el disco de la “luna”. Pasaron en sucesivas oleadas y se perdieron en la distancia. Esperó durante media hora por si llegaban más enjambres. Pero lo que llegó fue una formación de infantería aérea. La pálida luz de la luna arrancaba vítreos reflejos de las armaduras de “diamantina”. Pasaban en bandadas, en formación de cuña, siguiendo la luz roja del guía. Apenas se había alejado una llegaba otra, y otra...

Frecuentemente, viendo a los valeranos enviando sus máquinas a pelear, Edward Roerich había puesto en duda el valor de estos modernos soldados entregados a una guerra de apretar botones. En verdad el valerano exponía poco en aquella guerra apocalíptica, donde las máquinas se destrozaban en cantidad de miles y millones.

“No pelearían fusil en mano, avanzando con la bayoneta calada bajo las bombas” —se decía Roerich.

Ahora los soldados valeranos iban a dar la cara empuñando el fusil. ¿Estaba Roerich equivocado?

“No lo creeré si no lo veo con mis propios ojos” —se dijo para sí.

Abrió el regulador del antebrazo y se remontó en el aire para seguir a la última bandada de aquella fuerza singular, modernos halcones que cruzaban el cielo como proyectiles.

CAPÍTULO X

Cuando después empezaba la gran batalla alcanzaba a algunos mecánicos. Desde tres mil metros de altura podía apreciarse la gran mancha parda de la ciudad rodeada de oscuro bosque, como una diana en cuyo centro hacían impacto los proyectiles.

Cada abejaorjo, dirigido por control remoto desde cuatrocientos kilómetros de distancia, iba directamente en busca del enemigo. Los soldados ankoranos debieron pensar que eran bombardeados desde el cielo y corrieron a esconderse entre las ruinas que rodeaban la Plaza de España. Pero hasta allí iban a buscarles los abejaorros, explotando sobre sus espaldas, sobre sus cabezas, entre las piernas...

Aunque no causaron graves daños, los abejaorros sembraron el terror y el desconcierto entre los ankoranos. Luego fueron retirados rápidamente del escenario al llegar sobre la Plaza los primeros contingentes de tropas especiales. Los abejaorros fueron enviados a vigilar los accesos a la ciudad y las tropas entraron en acción.

Bajando del cielo en vertical, los soldados valeranos fueron a aterrizar sobre las montañas de ruinas alrededor de la Plaza. Cuando Roerich llegó sobre la ciudad había entablado un feroz combate de armas de “luz sólida”.

Nada existía más mortífero que un combate a corta distancia entre armas de “luz sólida”. La luz sólida no respetaba nada. Atravesaba incluso las corazas de “dedona”, pasaba de parte a parte a un hombre y seguía su mortal trayectoria, golpeaba los muros y los horadaba o echaba abajo...

Los ankoranos eran buenos soldados, en el sentido de que se comportaban como autómatas, obedecían ciegamente a sus jefes y se dejaban matar en sus puestos sin ceder un palmo de terreno. El Ejército valerano tenía soldados tan valientes como los ankoranos...

la Infantería Robot.

Para el soldado valerano la cosa era distinta. El valerano vivía bien y tenía gran aprecio por su vida. Exigía alojamientos confortables, la mejor comida y el mejor equipo. No se le podía imponer la disciplina por la fuerza, sino a través de un razonamiento lógico y ponderado. No perdonaba errores en sus jefes. No se dejaba embaucar por arengas vibrantes ni consideraba una gloria morir por la patria, sino que había que darle una razón por la que tuviera que sacrificarse.

Considerando su particular modo de ser, el valor del soldado valerano era mucho más de admirar. Si la razón era válida la aceptaba. No lo haría con gusto, pero lo haría bien. Ahora el soldado valerano tenía una buena razón para luchar. Estaba en juego su supervivencia, todo aquello que amaba y deseaba conservar; su mundo, sus comodidades, su familia y la propia vida. Era, en consecuencia, un soldado más consciente que el estúpido ancorano que se sostenía en un baluarte indefendible, sólo porque su jefe se lo ordenaba.

El asalto de las tropas valeranas fue tan rápido y fulminante, que momentáneamente arrebató la iniciativa al enemigo. Los infantes del aire cayeron como una bandada de langosta en la Plaza de España y ocuparon el círculo de montículos alrededor.

Cuando Roerich llegó al suelo se producía una pausa, indicadora de que el enemigo se reagrupaba para contraatacar. Con el último batallón venían las máquinas “Titán”, emisoras de ondas gravitacionales de uso manual.

La rampa de acceso al subterráneo de la Sala de Control estaba todavía obstruida por los escombros. Los valeranos pusieron en acción las ondas gravitacionales. Apuntaban con sus negras cajas, más o menos del tamaño de una cámara de cine de tamaño profesional, y los cascos salían de la zanja como succionados por una fuerza invisible, volaban por el aire trazando un arco y eran abandonadas para caer en el centro de la plaza.

Veinte mil hombres equipados con armadura y escafandra, “back” y armas de “luz sólida” habían descendido sobre la plaza y ensanchaban sus dominios desalojando al enemigo de las ruinas. Los “abejorros”, después de alejarse en enjambre, formaban un círculo exterior a la ciudad y avanzaban lentamente atacando y

sembrando el desconcierto en la retaguardia de los ankoranos, desbaratando o retardando su reacción.

En este momento la radio estaba ocupada por las órdenes de los oficiales dirigidas a sus unidades. Entre el barullo de voces escuchó Roerich una que decía:

—Doctor Aznar, estamos sobre la bóveda de la rampa, venga a reunirse con nosotros.

¡Fidel Aznar había venido con las tropas!

Edward se dirigió también al mismo lugar dando un rodeo.

Los hombres de las cámaras gravitacionales estaban apostados a ambos lados de la rampa. Las piedras y ladrillos eran levantados en racimos y seguían el movimiento de las cámaras desplazándose en el aire para ser abandonados a distancia. El polvo era también levitado y formaba una enorme nube.

Sobre la bóveda del acceso a la Sala de Control estaba la Plana Mayor de la fuerza de asalto. Los generales llevaban en la coraza y en la parte posterior de la escafandra las grandes estrellas distintivas. Tres generales de división estaban allí con un par de coroneles y un reducido grupo de soldados de escolta.

—¡Atención, dos aeronaves en vuelo en dirección a Nuevo Madrid! —anunciaron a través de la radio.

Roerich esperaba que los generales echarían a correr para esconderse en alguna parte, pero nadie se movió. Después de todo, ¿qué defensa existía contra un crucero sideral?

Eran dos buques de la Armada valerana. Llegaron y se detuvieron sobre la vertical de la plaza a unos mil metros de altura, pero de momento parecían indecisos. La situación era tan confusa abajo que los cruceros no podían intervenir sin conocimiento previo de la posición que ocupaban sus propias tropas.

Mientras duraba la indecisión de los buques, los asaltantes recibieron la orden de abrir los botes de humo. Una densa humareda cubrió la plaza y los alrededores. Los cruceros pusieron en acción sus proyectores de “luz sólida” y desde el cielo caían verticalmente los mortíferos rayos.

La “luz sólida” estaba formada de fotones dotados de alta energía. Al pegar en el suelo los rayos hacían saltar el pavimento abriendo pequeños y profundos embudos con gran estruendo.

Desde los cruceros, los visores telescópicos podían enfocar una

pelota de golf a diez kilómetros de distancia, pero en mitad del humo los ankoranos tenían que disparar al buen tuntún, esperando que algún rayo alcanzara por casualidad al enemigo.

Los dardos caían verticalmente por todas partes. Roerich entonces sintió miedo. ¡No tendría ninguna gracia haber venido de una guerra para morir en otra!

Un rayo cayó a su lado y la explosión le tiró por el aire aterrizando sobre las espaldas. La armadura estaba forrada interiormente de espuma de caucho. Se levantó, de pie ofrecía un blanco más pequeño.

La batalla resonaba con estruendo por todos lados. A las explosiones de los abejorros se unían las de los impactos de los cruceros. Los rayos de “luz sólida” pasaban entrecruzándose. Al rasgar el aire sonaban como trallazos. Los ankoranos estaban contraatacando, pero los valeranos se mantenían firmes en las posiciones alcanzadas. El humo seguía envolviéndolo todo y sólo se veían las barras luminosas de “luz sólida” cayendo de arriba o cruzando horizontalmente el espacio.

Paralizado de terror, esperando de un momento a otro el rayo que le fulminaría, Edward Roerich sentía como si el tiempo se hubiese eternizado. ¿Por qué no acababan de despejar la entrada?

—Atención, la rampa está despejada. Se puede entrar —dijo una voz a través de la radio.

Roerich echó a correr como un loco a lo largo de la excavación, alcanzó la rampa donde ésta se unía al nivel de la playa y cayó en un embudo. Se levantó, corrió y volvió a caer. Corrió de nuevo con toda la velocidad que le permitía la engorrosa armadura. El túnel estaba lleno de humo y el suelo estaba sembrado de cascotes. Unas luces se movían delante.

A medida que se internaba en la rampa era mayor el espesor de la “dedona” que formaba la bóveda por encima de su cabeza. Roerich se consideró a salvo, pues dada la consistencia de la “dedona” ni siquiera los disparos de “luz sólida” podían atravesar el techo. Jadeaba y frenó su carrera, pero los que venían detrás le empujaron y casi le derribaron, obligándole a seguir al trote. Delante de Roerich corría un general.

La rampa formaba una “U”. Al doblar la curva vio a través de la niebla los focos de la plaza de estacionamiento subterránea. El

acceso terminaba en esta plaza, que estaba llena de automóviles eléctricos, estacionados allí desde hacía casi dos milenios. A la izquierda estaba la entrada a la Sala de Control, al fondo los ascensores que llevaban hasta los sótanos del Palacio Residencial, y a la derecha la cafetería y el túnel que comunicaba bajo tierra con el edificio del Departamento de Defensa.

En los sótanos del Departamento de Defensa había instalada una máquina Karendón en la que se desmaterializaron los generales, almirantes, altos jefes y personal administrativo y técnico del Generalato y el Almirantazgo. Todavía más abajo estaba el acuartelamiento subterráneo de una Brigada de la Policía Militar.

Un grupo de técnicos se dirigió al túnel en dirección al Departamento de Defensa.

En un instante la plaza de estacionamiento estuvo llena de hombres armados enfundados en armaduras y escafandras de vidrio azul. Y entonces se hizo un extraño silencio. Los guerreros, en apretada fila, contemplaban mudos la formidable cortina de “dedona” que cerraba el paso a la Sala de Control; una mole de diez metros de ancho, cinco metros de altura y dos metros de espesor, detrás de la cual estaban desmaterializados más de 2.000 técnicos especializados y controladores.

En el exterior continuaba la batalla, cuyo rumor llegaba amortiguado hasta el subterráneo. Uno de los hombres de primera fila se quitó la escafandra. Era Fidel Aznar.

—¿Cree que podrá abrirla? —dijo una voz a través de los auriculares.

Estaban hablando de la cortina de “dedona”. Roerich se preguntó cómo demonios esperaba el “bundo” levantar aquella pesada mole de “dedona”. ¿La haría levitar? ¿Se desmaterializaría Aznar y pasaría a través de ella como un fantasma?

El propio Fidel Aznar contestó a las preguntas que Edward Roerich se hacía en su fuero interno:

—Nadie puede pasar a través de ese muro, ni siquiera yo puedo hacerlo. Tendré que intentarlo de otro modo. ¿Está aquí el General Bernad?

—Estoy aquí —dijo una voz. Uno de los guerreros se adelantó y se despojó de la escafandra.

Roerich no quería perderse aquello y se arrancó a su vez la

escafandra para oír mejor. Por lo que Roerich dedujo, el general Bernad había estado adscrito alguna vez al servicio de la Sala de Control. Bernad conocía el sistema de apertura de la puerta desde el interior y tenía que dirigir a Fidel Aznar en una operación increíble.

Contactando con la mente de Bernad, el portentoso Fidel iba a proyectar su fuerza psíquica a través de la cortina de “dedona” y trataría de accionar psicokinéticamente los botones eléctricos que abrían la puerta. Parecía razonable que uno proyectara su pensamiento a través de dos metros de “dedona”. El pensamiento no conocía barreras ni distancias. ¿Pero cómo se las arreglaría Fidel Aznar para ejercer su fuerza mental sobre un resorte?

El general Arrondo rogó, más bien ordenó con energía que se guardara silencio. Fidel hablaba a Bernad:

—Vamos allá, General. No ofrezca resistencia, déjese llevar por mí. Mejor si cierra los ojos... así.

Bernad cerró los ojos. El “bundo” le miraba fijamente.

—Bien, Bernad. Ahora estamos juntos... vamos a trasponer la cortina... estamos pasando a través de ella... estamos dentro. Estamos en el vestíbulo. Vamos a cruzarlo... despacio, no hay prisa. Ahí está la puerta de cristales... la cruzamos... estamos en la Sala de Control... a la izquierda, en el primer banco... No lo entiendo... En el primer banco a la izquierda, el primer puesto del controlador... Hay una trapilla de acero con una cerradura... la veo. La trapilla está cerrada, pero tiene la llave puesta... Espere... no corra. La llave está en la cerradura... una llave pequeña... extraplana... No está echada la llave. Voy a levantar la trapilla. Voy a levantarla ahora... se levanta... ¡ya está abierta!

En medio de un expectante silencio los hombres asistían a este experimento increíble. A Roerich esta escena le recordaba la de un teatro en Berlín, donde un pseudo mago tenía encandilada a la concurrencia con una serie de dramáticos ademanes, y una suave música de fondo para ambientar la escena.

Aquí no había música, sino el fragor de la batalla que se estaba librando arriba, en la Plaza de España. ¿Era Aznar un comediante? Roerich esperaba oírle decir en cualquier momento: “Imposible, la puerta no puede abrirse, está atascada”, o excusarse de cualquier otra forma.

Fidel Aznar, el mestizo de bartpurano estaba hablando:

—Hay dos botones en el interior de la cajuela. Un botón con una “C”... otro botón con una “A”. Debo accionar el botón de la “A”. Voy a hacerlo... ¡ya está!

Fidel Aznar dejó escapar un suspiro, como si realmente hubiese estado sufriendo mucho o ejecutando algún pesado trabajo. Puso su mano sobre el hombro del general Bernad.

—Ya está, General. Puede regresar... despierte.

Bernad abrió los ojos. Por supuesto, la cortina de “dedona” no se había movido. A juicio de Edward Roerich no se movería nunca. Sería necesario abrir un agujero a través del muro. Podía hacerse utilizando la “luz sólida”, aunque sería un trabajo costoso y que podía poner en peligro lo que había al otro lado de la puerta, en la misma Sala de Control.

“¡Bonita payasada!” —se dijo Roerich decepcionado.

Pegó con el codo al hombre que estaba más cerca.

—¿Por qué no se levanta la cortina?

Desde la profundidad de la escafandra, a través del altavoz exterior, el hombre contestó:

—¡Y yo qué sé!

—¿Cree que se abrirá?

El hombre levantó los brazos en elocuente ademán. Al parecer muy pocos de los que se encontraban allí creían en esta clase de magia. El general Bernad dijo:

—La bomba del sistema hidráulico de elevación debe haberse descargado después de tanto tiempo.

—¿Cuánto habrá que esperar? —gruñó Arrondo mirando el reloj incrustado en el antebrazo de su armadura.

—Unos minutos tal vez.

—Y tal vez no se abra nunca —añadió el General Camargo, que también se había despojado de la escafandra.

Roerich observó a Fidel Aznar compadeciéndose de él. Pero la expresión del bartpurano era de absoluta tranquilidad.

—¡Se mueve! —gritó una voz—. ¡La cortina se mueve!

Roerich miró al muro de “dedona” gris sin poderlo creer.

Pero era cierto. La formidable cortina estaba subiendo lentamente. Y entonces todos empezaron a chillar de júbilo. Había un centenar de hombres junto a la cortina y todos gritaban ensordecedoramente a la vez. Por debajo de la metálica cortina

brotó un rayo de luz. Algunos impacientes corrieron a tirar de la cortina, como si con su esfuerzo fueran a apresurar la operación de apertura.

Apenas se había levantado la cortina medio metro y ya había quien se deslizaba a gatas entrando en el vestíbulo.

“Este bartpurano es grande” —se dijo Roerich refiriéndose a Fidel Aznar.

Semejante al telón de un escenario, la cortina se levantaba descubriendo el vestíbulo. Detrás de la cortina había unas puertas de “diamantina”. Los soldados las empujaron y se lanzaron al interior. Roerich también entró. Nunca había estado aquí antes de ahora. La Sala de Control era el sanctasanctórum de aquel complejo mundo llamado Valera, el cerebro coordinador y director de la máquina más gigantesca construida por el hombre. Todo el planetillo se controlaba desde esta enorme sala. Desde allí se abrían y cerraban las compuertas de las esclusas, se ponían en marcha los gigantescos motores, se dirigía el rumbo, se dirigían las batallas, se controlaban el sol artificial, la temperatura y la humedad, se encendían y apagaban los reactores nucleares, se accionaban las ondas gravitacionales...

Roerich se vio en un amplio y lujoso vestíbulo cuyo piso de mármol negro aparecía ligeramente empañado por la fina capa de polvo sobre él depositada. Al fondo estaban las puertas de cristales que llevaban directamente a la Sala de Control. A la izquierda estaba la cafetería, los servicios y los vestuarios.

Era aquí, en los vestuarios, donde se había instalado la Karendón después de hacer espacio sacando fuera los armarios. Los técnicos que hicieron funcionar las Karendón del Hospital y del campamento militar se dirigieron rápidamente a los vestuarios, mientras los generales Arrondo, Camargo, Ovando y Bernad cruzaban las puertas e iban a asomarse a la Sala de Control. Roerich siguió a los generales.

Viendo el aspecto que ofrecía la sala se comprendía que la señal para la Karendón en todo el autoplaneta no hubiese funcionado. De las consolas que en círculos concéntricos rodeaban la plataforma del puente de mando apenas quedaba alguna en su sitio. El tremendo choque que parecía haber sacudido al planetillo, había hecho saltar de sus anclajes las consolas. Las butacas de los controladores

estaban sobre las consolas y tiradas por el suelo. Las cintas magnéticas de las computadoras habían saltado de los armarios, y del techo en forma de cúpula parecía haberse desprendido un gran número de pantallas con sus tubos catódicos, que se hicieron pedazos y lo cubrieron todo de vidrio. Hasta la plataforma de mando había sido arrancada y llevada a unos metros de su emplazamiento. Casi milagroso parecía que siguieran funcionando las luces.

—Llevará mucho tiempo recomponer todo esto —dijo el general Arrondo.

—El daño es más aparatoso que real —dijo Bernad, quien se corrigió a sí mismo añadiendo—: es decir, eso espero.

El grupo regresó al vestíbulo, donde esperaron unos minutos fumando cigarrillos mientras los soldados enfundados de vidrio iban de un lado para otro. El nerviosismo de los generales alcanzó su punto culminante cuando un oficial salió de los vestuarios y anunció entre jubiloso y excitado:

—¡El Almirante Mayor!

El Almirante Aznar apareció seguido del almirante Sandoro.

Los generales, que habían tirado sus cigarrillos al suelo, saludaron militarmente. Todos cuantos se encontraban en el vestíbulo se cuadraron en señal de respeto, incluso Edward Roerich, que no era militar.

Aunque no era un hombre alto, el “superalmirante” era un tipo de acusada personalidad. Su esbelta figura era la de un joven de veinte años, y aunque aparentaba algunos más, no eran los que verdaderamente tenía. Don Miguel Ángel Aznar era el hombre más viejo de Valera, el único superviviente de una generación que había luchado contra los “sadritas” en el 10.960 y contra los “eternos” de Redención en el año 11.585. Sus inquisitivos y azules ojos se clavaron en el grupo de generales. Vestía el sencillo uniforme de diario de la Armada Sideral, con los tres luceros distintivos de su mando en las charreteras de acero azul, y como era costumbre en él venía sin gorra, luciendo su rubia y ondulada cabellera.

El Almirante Aznar correspondió al saludo de los generales y a continuación tendió la mano diciendo:

—¿Es un motín?

Las salidas del Almirante Aznar eran imprevisibles. La sería

expresión del rostro de Arrondo cambió.

—No, Almirante —negó estrechando la mano de don Miguel Ángel Aznar—. ¡Claro que no es un motín!

—Pero algo ocurre —dijo el Almirante Mayor señalando a los soldados armados y enfundados en armaduras.

Mientras Sandoro estrechaba a su vez la mano a los generales llegó el vicealmirante Miguel Ángel Aznar, el hijo mayor del “superalmirante”. Con Miguel Ángel venía Fidel Aznar. En los minutos siguientes se fueron incorporando al grupo el almirante Dumont-Aznar, el almirante Valenciano y el vicealmirante Azpeitia.

Rápidamente el general Arrondo puso al Almirante Mayor al corriente de lo ocurrido, para acabar diciendo:

—La situación es difícil. Con más tiempo hubiéramos ido reanimando sucesivamente a todas las unidades en sus bases y campamentos, pero al aproximarse los invasores a la Sala de Control nos vimos obligados a precipitar los acontecimientos y atacar con los efectivos que teníamos.

—¿Cuántos hombres tiene aquí ahora? —preguntó el Almirante Aznar con expresión preocupada.

—Veinte mil.

—¿Cuánto tiempo podremos resistir?

—Depende de los refuerzos que envíen los invasores. Carecemos de información fidedigna al respecto, pero es de suponer que nos superan varias veces en número.

—Pero eso no será por mucho tiempo. No si conseguimos poner en marcha las Karendón desde la Sala de Control.

—No se lo he dicho todo, Almirante. Ellos tienen nuestra Armada —dijo Arrondo, quien con el afán por resumir la situación se había saltado este importante factor.

—Realmente la cosa es grave —dijo el Almirante Aznar sin alterarse—. Que alguien se ponga a hacer café. Vamos a necesitar muchos litros en las horas que se avecinan.

Rápidamente el Almirante Aznar se dirigió a la Sala de Control para inspeccionar visualmente los desperfectos.

—Que alguien se ocupe de reparar esto —dijo.

A continuación se dirigió a la sala de reuniones seguido de todo el cortejo de generales, almirantes y vicealmirantes.

CAPÍTULO XI

En el interior del planetillo no había material bélico de tipo pesado en el interior del planetillo. Antes de emprender su viaje a través del hiperespacio el autoplaneta era todo él un arsenal, en el que se acumulaban enormes cantidades de armas: torpedos, misiles, artillería, blindados, cañones de Rayos Z, proyectores de “luz sólida” e infantería robot.

Previamente a su almacenamiento, todo este copioso material era sometido a un tratamiento, mediante el cual se comprimían los espacios vacíos entre los átomos constitutivos de la materia. Las grandes y pesadas máquinas quedaban así reducidas a un tamaño insignificante, que permitía amontonarlos en grandes cantidades en espacios muy reducidos. La materia de todas estas armas solía ser “dedona”, que en este estado se autoinducía y experimentaba un fenómeno de pérdida total de peso.

Este estado de la materia, conservado mediante sonidos, era sin embargo muy inestable, al punto que al interrumpirse los ultrasonidos recobraban inmediatamente sus características originales.

El autoplaneta, al viajar en el hiperespacio, se creía pasaría por un estado de dilatación, que se suponía afectaría la estabilidad de los objetos mantenidos en forzada compresión. Si las máquinas reducidas de tamaño en los arsenales hubiesen vuelto a su tamaño natural durante el viaje, la enorme fuerza de expansión de éstas habría provocado una erupción del suelo, e incluso podría haber resquebrajado la corteza del propio planetillo, que sólo tenía un centenar de kilómetros de espesor en promedio.

Para evitar estos riesgos, todo el material de guerra miniaturizado fue desembarcado en Ganimedes, donde quedó establecida la guarnición que en adelante impediría el resurgir de

los Hombres de Titanio (sadritas).

La situación de las tropas que defendían el acceso a la Sala de Control era particularmente grave alrededor de la medianoche. En este momento Edward Roerich se encontraba en el vestíbulo de la Sala de Control, impuesto en un papel de informador que nadie le había asignado.

En efecto, por el túnel que comunicaba con los sótanos del Departamento de Defensa llegaban continuamente los altos jefes que acababan de ser restituidos en la Karendón del Generalato y el Almirantazgo. Como era natural, todos estaban intranquilos y ansiosos por conocer en detalle lo que estaba ocurriendo.

Hacia las doce de la noche ya duraba dos horas la reunión del Almirante Aznar con el Estado Mayor. Algunos almirantes se incorporaron a la conferencia en aquel tiempo, pero el vestíbulo estaba lleno de generales de división, de brigada, coroneles y tenientes coroneles, almirantes, vicealmirantes, contralmirantes y capitanes de navío y otras graduaciones menores. Y la plaza de estacionamiento de vehículos se iba llenando de personal técnico y administrativo de unas oficinas y dependencias que ya no existían.

De los vestuarios de la propia Sala de Control salía con regularidad un hombre o una mujer que desde la Karendón cruzaba un ángulo del vestíbulo y se dirigían a la Sala. En ésta trabajaba a marchas forzadas un equipo cada vez mayor de técnicos y operarios que intentaban reparar las averías de más urgente atención.

En este momento, al estruendo de la batalla, se unió el estallido de unas poderosas explosiones que hicieron temblar los cristales y pusieron un gesto de preocupación en los rostros de toda la gente que allí estaba esperando hablando en tono estridente. De momento cesaron las conversaciones, pero al continuar las explosiones se reanudaron con acento cada vez más chillón.

Un coronel de las Fuerzas Especiales, cubierto de polvo y con la mordedura de un disparo de “luz sólida” en el hombro, entró abriéndose paso a empujones, sin ninguna consideración para los almirantes y generales que le miraban escandalizados.

El coronel, con la escafandra bajo el brazo y la subametralladora colgando del cuello, llegó hasta Roerich, que estaba junto a la cerrada puerta de la sala de reuniones.

—¿A quién debo dar las novedades? —preguntó el coronel

mirando a su alrededor.

Los que se encontraban cerca rehuyeron su mirada, siendo Roerich el único que se la sostuvo. El coronel se dirigió entonces a Roerich, que lucía sobre la coraza las tres estrellas de coronel, aunque por derecho no le correspondía.

—¿Qué hace aquí toda esta gente? —dijo el coronel con voz ácida—. Si cada uno de ellos cogiera un fusil y saliera a luchar, la situación acaso se aliviaría un poco allá afuera.

—El Estado Mayor se encuentra reunido detrás de esta puerta —indicó Roerich—. Llevan ahí dos horas.

—Pues no estarán otra hora si no toman alguna decisión antes de ese tiempo. Los ankoranos llegarán antes y los sacarán de ahí a puntapiés.

—¿Es tan grave la cosa?

—Apenas me quedan sesenta hombres de un Batallón de trescientos. Ya son ocho los buques que tenemos sobre nosotros, y por si todo esto fuera poco los ankoranos han recibido refuerzos y nos atacan con morteros y granadas atómicas. ¿Qué demonios espera el Estado Mayor?

—He oído decir que la Karendón estaba restituyendo a seis mil hombres de la Policía Militar.

—¿Seis mil hombres? Bueno, algo es algo. Esa gente está bien entrenada. Pero si no traen armas pesadas para alejar a esos malditos cruceros no haremos nada.

La puerta de la sala de reuniones se abrió en este momento y un general de Estado Mayor, Alfredo Masaneta, salió fuera.

—¿Qué son esas explosiones? —preguntó a Roerich.

—Nos bombardean con morteros, señor —dijo Roerich.

—Entre a informar —dijo el general.

Roerich cogió del brazo al coronel y lo empujó dentro de la sala. A su vez le siguió y cerró la puerta. Generales y almirantes estaban sentados alrededor de una mesa alargada, con el Almirante Mayor en uno de los extremos. La mesa estaba cubierta de mapas, ceniceros, cajetillas de tabaco y tazas de café. El coronel unió los talones y dijo:

—Coronel Hurtado del Tercer Batallón de la Primera Brigada informando, señor.

En este momento se abría la puerta y entraba el joven

vicealmirante Aznar, quien se quedó escuchando mientras el coronel soltaba todo lo que tenía que decir de un tirón, para terminar con un lacónico:

—Eso es todo, señor.

Desde el extremo de la mesa el Almirante Mayor miró a su hijo, el vicealmirante.

—¿Cómo andan las cosas en Control? —preguntó.

—Podemos poner los motores en marcha. Hemos reparado las conexiones por cable con las bases, ya que todas las torres antena fueron derribadas y no es posible enviar la señal por microondas. La Karendón del Páramo ha empezado a funcionar según indican las señales de retorno. En este momento hemos dado la señal a la Karendón de la Punta.

—¿Podemos echar a andar el planetillo y cerrar todas las esclusas?

—Hay por lo menos treinta esclusas que no podemos maniobrar por medios automáticos, el invasor desconectó todo el sistema y las acciona por medios directos.

—Pongan en marcha los reactores, zarpamos.

—Sí, señor —contestó Miguel Ángel Aznar. Y salió.

Como saludando la salida del vicealmirante Aznar se escucharon las apagadas voces de un rosario de explosiones que hicieron tintinear las cucharillas en las tazas de café vacías. Todos miraron al techo, como esperando que éste se desplomara sobre sus cabezas.

En este momento sonó un zumbador, y una pantalla de televisión que estaba detrás del Almirante Mayor empezó a parpadear emitiendo intermitentes destellos rojos. El Almirante Aznar hizo girar su butaca y oprimió un botón del aparato. Apareció en la pantalla, en color y relieve, el busto de un hombre maduro sobre cuyos hombros lucían las estrellas de teniente general.

El Almirante Mayor movió el objetivo que estaba sobre el aparato para que le enfocara directamente.

—¿Me ve usted, Baronet?

—Sí, Almirante —contestó el hombre de la imagen. El general Baronet había sido el héroe del Norte de África en la última campaña contra los Hombres de Titanio. Baronet sonrió y preguntó —: ¿Cómo está usted, Almirante?

—Usted se sentirá como yo cuando sepa lo ocurrido. Durante el viaje a través del hiperespacio, al salir de éste y entrar en el subespacio, parece ser que nuestro orbimotor colisionó con un cuerpo celeste. La estructura molecular del planetillo ya se había contraído considerablemente en ese momento y sufrimos un violento encontronazo que echó al suelo todas nuestras ciudades y causó averías de consideración en la Sala de Control. Pese a todo funcionó el sistema de freno y el autoplaneta se detuvo o derivó lentamente hasta entrar en órbita alrededor de un sistema de estrellas dobles. En este sistema hay por lo menos un planeta habitado por seres que no difieren mucho de nosotros en su aspecto. Las señales que debían haber puesto en marcha las Karendón no funcionaron como estaba previsto. Los habitantes del planeta Uhlan vinieron por aquí, forzaron la entrada y penetraron en Valera. Desde hace siete años les tenemos aquí dentro...

—¡Siete años! —exclamó Baronet poniendo cara de asombro.

—Naturalmente —prosiguió el Almirante Mayor— han tenido tiempo para algunas pequeñas cosas, entre ellas apoderarse de nuestra Armada Sideral y llevarse nuestros buques a su planeta.

—¡Válgame Dios! ¿Cuál es nuestra situación exactamente?

—Exactamente las estamos pasando moradas. Los invasores no habían logrado en todo este tiempo dar con la Sala de Control, pero estaban acercándose a ella cuando un hombre, afortunadamente hibernado, no desmaterializado, despertó en la bóveda del Hospital General de la Armada, convertido en ruinas y puso en marcha la Karendón restituyendo al personal médico. Los médicos llegaron hasta el cercano campamento de la Segunda División e hicieron funcionar la Karendón de allá. Los de la Segunda División se dirigieron a Santa Bárbara e hicieron lo mismo con la Karendón. Esta noche todas las fuerzas disponibles tomaron al asalto la Plaza de España, llegaron hasta la Sala de Control y los sótanos del Departamento de Defensa y gracias a eso estamos aquí. Pero la situación es mala. El invasor está concentrando sus fuerzas sobre la Plaza de España, y difícilmente podremos resistir hasta el amanecer si no recibimos refuerzos.

—Tendrán que resistir más tiempo hasta que yo pueda llegar con mis fuerzas —dijo Baronet—. Sólo disponemos de una máquina Karendón para restituir a doce mil hombres. Suponiendo que esta

maldita máquina no tenga fallos, funcionando a toda velocidad, no podrá restituir más de dos hombres por minuto. ¿Qué hora es?

—Las doce y veinte minutos.

—Muy justo va a venir todo, Almirante. Sólo dispongo de una Karendón para restituir a doce mil hombres. Quedan seis horas y media hasta el amanecer, pero hay tres mil kilómetros hasta Nuevo Madrid, de modo que hay que descontar tres horas por lo menos para el viaje. Tendrán que resistir como sea hasta las siete, ¿podrán?

EL Almirante Mayor se volvió a mirar al coronel Hurtado, quien movió la cabeza en sentido negativo. A pesar del pesimismo del coronel el Almirante Aznar dijo a Baronet:

—Lo intentaremos, ¿qué remedio? Algo nos ayudaría si enviara usted por delante su enjambre de “abejorros”, de modo que al llegar aquí podamos controlarlos por nuestros propios medios.

—Se los enviaré en una hora. Pero tardarán lo menos tres en llegar. ¿Por qué no llama a Agramunt? Su base está más cerca que la nuestra.

—Se intentará todo, Baronet. No perdamos más tiempo, vaya a activar los preparativos y no deje de llamar cuando estén listos para salir. Dese prisa, por el amor de Dios.

—No se desanimen. Hasta luego —se despidió Baronet.

El Almirante Aznar apagó el aparato y giró en su butaca, encarándose con los hombres que rodeaban expectantes la mesa.

—Bien, caballeros, ésta es la situación. Tendremos que valernos por nosotros mismos hasta en tanto recibamos refuerzos de alguna parte.

El almirante Dumont-Aznar levantó una mano.

—¿Sí, primo? —dijo el Almirante Aznar.

—Pienso que ante una situación desesperada, hay que recurrir también a medios desesperados. Tenemos cinco millones de ciudadanos en los tambores de las Karendón del sótano del Ayuntamiento.

—No tenemos armas para ellos —dijo el Almirante Valenciano.

—Las armas no serían problema. Tenemos libre la Karendón de la Sala de Control, podríamos fabricarlas en ella previa impresión de un modelo original.

—Olvídenlo —cortó secamente el Almirante Mayor—. El

Ayuntamiento está al otro lado de la calle, mas para los efectos es como si estuviera al otro extremo del planetillo. No se puede llegar hasta allí sin retirar los escombros que cubren el edificio.

—Ellos podrían ayudar desde dentro —insistió el almirante Dumont-Aznar.

—Primo, olvídale —repitió el Almirante Mayor—. Esa gente no está entrenada para luchar. Fueron desmaterializados por familias; abuelos, padres e hijos. De cada hombre apto para coger un fusil saldrán de las máquinas tres mujeres y dos niños, cuatro ancianos... No, vamos a dejarlo. La idea no es viable, ni quiero exponer a nuestros ciudadanos. En cualquier momento los ankoranos pueden largarnos un artefacto nuclear que haga volar toda la Plaza de España.

El Almirante Aznar se fijó en este momento en Edward Roerich, que estaba junto a Miguel Ángel Aznar y Hurtado.

—¿Usted no es el alemán que regresó con mis hijos de aquella incursión en el pasado?

—Sí, Almirante. Mi nombre es Roerich. Coronel Edward Roerich.

—Dígame, Coronel. ¿Cómo se defendieron los alemanes en aquel Berlín cercado por los ejércitos rusos?

—Con coraje —respondió Roerich.

El Almirante Mayor se volvió hacia su Estado Mayor.

—Ese es el ejemplo a seguir, caballeros. Sólo con coraje podremos salir de esta situación. Por esta vez los Almirantes y los Generales vamos a tener que luchar codo a codo con nuestros soldados —dijo señalando a Roerich.

—Necesitamos armas —dijo el general Arrondo.

—No nos faltarán armas. Coronel Hurtado, vaya a buscar una docena de fusiles y llévelos a la Karendón que está en los vestuarios. Se levanta la sesión —añadió poniéndose en pie.

El vestíbulo de la Sala de Control y hasta la cafetería que daba a éste estaban llenos de gente, en su mayoría altos jefes y oficiales del Ejército y la Armada que esperaban impacientes a tener noticias de lo que se estaba tratando en la sala de reuniones. Al aparecer el Almirante Mayor hubo un movimiento en dirección a éste.

—Una silla, por favor —dijo el Almirante Aznar—. Soy un hombre bajito.

Mientras los altos mandos se arremolinaban en torno al

Almirante Mayor, llegó una silla de la cafetería, pasando de mano en mano. Don Miguel Ángel Aznar se subió a la silla y entonces se hizo el silencio.

—Amigos míos —dijo el Almirante Aznar—. Me informan que hemos conseguido reparar las averías más importantes. En estos momentos el autoplaneta pone en marcha sus motores. Tenemos que alejarnos en previsión de que el invasor acuda con las flotas que nos arrebataron y ocupen el planetillo. Mientras tanto la situación es crítica. El invasor puede impedir nuestra fuga ocupando la Sala de Control, con lo cual impediría también que funcionen las máquinas Karendón y no encontraría resistencia. Desde las bases de El Páramo y la Punta recibiremos refuerzos...

Un fuerte murmullo de voces ahogó las palabras del Almirante Mayor, quien hizo señas enérgicas hasta que se restableció el silencio y pudo continuar:

—Pero esos refuerzos no estarán aquí antes del amanecer. Eso sólo quiere decir una cosa, hasta las siete de la mañana debemos mantenernos firmes y defender la Sala de Control. Si perdemos la Sala de Control habremos perdido el autoplaneta, y la ayuda habrá llegado demasiado tarde para hacer nada. La situación es grave y exige el sacrificio de todos. Así que todos vamos a luchar. Nada más, amigos míos, sólo espero que cada uno de nosotros sabrá cumplir con su deber.

El Almirante Aznar bajó de la silla y al hacerlo quedó ante Edward Roerich que le contemplaba admirado.

—Coronel deme su arma —dijo el Almirante Aznar.

Roerich no pudo resistir a la resolución que brillaba en los azules ojos del Almirante Mayor. Le entregó la subametralladora de “luz sólida”. El general Arrondo estaba allí y dijo:

—Usted no tiene que luchar, Almirante.

—¿Por qué? —repuso secamente don Miguel Ángel Aznar—. Soy el jefe y mi deber es dar ejemplo.

—¿Cree que necesitamos de su ejemplo para que los demás salgamos a luchar? ¡Usted nos ofende, Almirante! —Le quitó el arma de un tirón—. Por favor, acuda al puente de mando, ése es su puesto.

Los azules ojos del Almirante se clavaron en el rostro de Arrondo, pero éste hizo un gesto desdeñoso y le volvió la espalda

gritando a los que le rodeaban:

—¡Vamos, camaradas, la Sala de Control tiene que ser defendida cueste lo que cueste!

No se produjeron voces estridentes ni gritos exaltados.

Los valeranos aceptaban los hechos y empezaron a salir hablando entre sí con tanta animación como si abandonaran el vestíbulo del Teatro de la Opera después de asistir a una función de gala. En este momento Edward Roerich se dio cuenta de que había comprendido en absoluto el carácter de la nación valerana.

CAPÍTULO XII

En la Sala de Control la gente iba deambulando sin hacer nada, las cosas en su lugar. Por todo el suelo se extendían los cables.

Roerich, que había seguido al Almirante Mayor a la Sala, se encontraba cerca de éste cuando vino hasta allí Miguel Ángel Aznar.

—No recibimos señales de retorno de Barcelona ni de Lima.

—¿Qué crees que haya ocurrido allí?

—Habrán más puntos de los que no recibamos respuesta. Lógicamente algunas de las Karendón deben haber sufrido daños.

En este momento el controlador que estaba sentado ante la pantalla de televisión llamó la atención de los Aznar.

—Dos buques han entrado en la esclusa Cuarenta.

Los Aznar se inclinaron para mirar la pantalla y Roerich miró por encima del hombro del Almirante Mayor. La cámara que enviaba la imagen debía estar en el interior de un túnel cerca de la compuerta de entrada. Vieron la angulosa proa de un crucero que cubría gran parte de la entrada y se deslizaba por delante de la cámara.

Dos bancos más allá otro controlador anunció:

—Acuden a incrementar la fuerza de ataque —murmuró el Almirante Mayor—. ¿Qué ocurre, por qué no nos movemos todavía?

—Estamos venciendo la fuerza de inercia, papá. Tú sabes lo que es esto, el autoplaneta no es como un caza Delta que pueda acelerar en unos segundos. Además, estamos trabajando con el setenta por ciento de los reactores nucleares y el cuarenta por ciento de los motores. Pero hemos recurrido a los proyectores de ondas gravitacionales.

—¡Cuando más falta nos hace correr! —gruñó el Almirante, y se alejó para pasear nerviosamente arriba y abajo con las manos a la espalda. Parecía un Napoleón trasladado a la Era Espacial.

Miguel Ángel Aznar se dirigió hacia el puesto de los pilotos.

—¿Nos movemos?

—Empezamos a movernos, señor. Medio metro por segundo.

—Eso va bien.

—¿Llama ir bien a andar a una velocidad de medio metro por segundo? —exclamó Roerich sin poder contenerse—. ¡Una tortuga correría más!

—Medio metro por segundo son más de cien kilómetros a la hora.

—¡Valiente cosa!

—¿Velocidad? —preguntó Miguel Ángel Aznar al piloto.

—Un metro por segundo.

—¿Lo ve usted? Ya hemos doblado la velocidad. Aunque tiene más o menos el tamaño de la Luna, el planetillo pesa tanto como todo el globo de la Tierra. Cuesta mucho moverlo, pero una vez ha avanzado el primer metro el resto es fácil.

El estruendo de la batalla seguía sobre sus cabezas.

—Va a ser una madrugada muy larga —murmuró Miguel Ángel.

—Demasiado larga para permanecer aquí sin hacer nada —dijo Roerich—. Me voy fuera.

Cogió su escafandra y cruzó las puertas de cristales. El vestíbulo estaba lleno de gente que esperaba recibir un arma para luchar. Roerich cruzó el vestíbulo y salió a la plazoleta de estacionamiento de vehículos. Pasaban grupos de hombres vestidos de “diamantina” de pies a cabeza, armados de subfusiles. Eran los soldados de la Policía Militar que apenas restituidos en la Karendón se enfundaban en sus equipos de combate, empuñaban un arma y salían a incorporarse a la lucha, cubriendo los huecos dejados por las bajas.

Vio Roerich que se estaba formando una fila de hombres tendidos en el suelo delante de automóviles allí aparcados. Las mujeres les quitaban las piezas de las armaduras y los atendía como podían. Entonces vio a Fidel Aznar que se había despojado de su armadura e iba de un lado a otro inclinándose sobre los heridos.

Roerich se acercó y estuvo observando un momento cómo procedía el “bundo”. En Valera los médicos envidiosos de su fama decían que Fidel Aznar utilizaba prácticas de curandero. Curaba con el pensamiento, decían. Debía ser cierto, porque en los pocos minutos que Roerich permaneció junto a él le vio hacer curas

increíbles. Las heridas dejaban de sangrar, a otros les extraía pedazos de vidrio y de piedras con las manos. Pero las mordeduras de la “luz sólida” no eran como las de bala. Muchos de los heridos llegaban horriblemente mutilados, faltándoles una mano, un brazo o una pierna.

—Roerich, ayúdeme, vamos a llevar a este hombre a la Karendón de vestuarios —dijo el “bundo”.

Lo llevaron en volandas. Era un hombre que tenía amputada una pierna por la rodilla. Fidel estaba evitando que el herido se desangrara, pero al parecer esto sólo era un remedio de urgencia.

En la Karendón estaban fabricando armas a velocidad increíble. Habían metido una docena de subametralladoras de “luz sólida” y a partir del modelo metían una y otra vez la cinta perforada en la máquina reproduciendo de cada vez una docena de armas perfectamente idénticas.

Entre una hornada y otra de armas desintegraron al herido.

En las horas siguientes, mientras la batalla seguía alrededor de la Plaza de España, Roerich y otro hombre repitieron muchísimas veces esta misma operación. Fidel Aznar no podía atender a todos los heridos y aquellos que se consideraban en estado más grave eran llevados directamente a la Karendón.

A las cinco de la mañana ya no quedaban ociosos en la plazoleta y en el vestíbulo de la Sala de Control. Almirantes, generales y jefes habían salido a participar en la lucha. Los trece cruceros que en aquel momento estaban sobre la vertical de la plaza eran la pesadilla de los defensores, pues sus rayos de “luz sólida” caían verticalmente en apretada y continua lluvia. En aquel momento el general Arrondo pidió por radio a la Sala de Control que apagaran la “luna” artificial, pues se habían terminado los botes de humo.

Los defensores se replegaron hacia la rampa de acceso a la Sala de Control y la plazoleta volvió a llenarse de gente excitada, cansada, destrozada.

—¿Tan difícil está la situación allá afuera? —preguntó Roerich a un teniente que no llevaba armadura.

—Hicimos demasiado buenos esos condenados cruceros. No se puede luchar contra ellos con fusiles. De todos modos nos hicieron retirar. Corrió la voz de que los cruceros iban a bombardearnos con proyectiles atómicos.

Como si el teniente hubiese sido el ángel anunciador del Juicio Final estalló en este momento una explosión aterradora. Un vivísimo resplandor entró por la boca de acceso y un huracán barrió a todos los que se encontraban en la plazoleta tirándolos al suelo. El suelo tembló como sacudido por un terremoto. Había estallado una bomba atómica.

Otra explosión, tan terrorífica como la primera, volvió a sacudir el suelo, las paredes y el techo. Pero esta vez no se vio la luz. Sencillamente, la primera bomba había derrumbado la bóveda de “dedona” sobre la entrada de la rampa. Ahora los supervivientes estaban atrapados, pero seguros. La plazoleta era tan sólida como un bunker, y además los invasores no podían entrar. ¿Fue una torpeza de los jefes ankoranos, un gesto de mal humor?

Alguien gritaba el nombre de Roerich.

—¡Coronel Roerich, acuda a la Sala de Control!

Acudió, la Sala de Control estaba llena de altos jefes, los que habían sobrevivido a la terrible batalla. El Vicealmirante Aznar le hizo una seña para que acudiera junto a un operador de radio.

—Hemos interceptado un radio del enemigo. ¿Es cierto que usted habla ankorano? ¿Por qué no lo dijo? Pudo habernos ayudado a descifrar sus mensajes, aunque poco o nada habríamos podido modificar la marcha de los acontecimientos. Vea si entiende lo que dicen.

El operador abrió el altavoz y Roerich escuchó. Su rostro se transfiguró de alegría.

—¿Qué dicen? —preguntó impaciente Miguel Ángel Aznar.

—¡Se retiran! —exclamó Roerich jubiloso—. Es un radio procedente de afuera. Les dicen que el autoplaneta está moviéndose a gran velocidad, y temen que cerremos las compuertas y atrapemos aquí a los cruceros.

—¡Dios no lo quiera! —exclamó un almirante—. ¡Que se vayan y nos dejen en paz!

—Eso es lo que van a hacer. Los comandantes de los buques anuncian que se retiran.

El Almirante Mayor apareció junto a Roerich.

—¿Lo ven? Ya se lo dije. En cuanto vieran que no podían detenernos optarían por marcharse —dijo don Miguel Ángel Aznar con aire satisfecho—. ¡Pero también sabía que los muy cerdos

intentarían arruinarnos antes largando sus bombas nucleares!

Una formidable explosión sacudió la Sala de Control. Tintinearón cristales que caían de las pantallas de televisión del techo. Roerich miró hacia arriba y quedó sorprendido.

La bóveda que formaba el techo era como un gran planetario en el que, mediante pantallas hexagonales de televisión, se reflejaba el hemisferio celeste tal como lo vería un observador situado en un punto exterior del planetillo. Parte de estas pantallas se habían desprendido del techo, pero todavía quedaban dos quintas partes y estaban funcionando.

Roerich vio allí dos brillantes estrellas, dos soles resplandecientes, uno amarillo y otro verde.

“Hemos lanzado nuestras bombas, nos retiramos hacia los túneles de salida” —dijo una voz en ankorano a través de la radio.

—Dicen que se largan hacia las esclusas —anunció Roerich.

La voz corrió velozmente desde la Sala de Control al vestíbulo y llegó a la plazoleta llena de gente. Se escucharon algunos gritos de alegría. Éstos fueron acallados por varias voces que entonaban un himno. Era un himno religioso. Todas las voces se unieron al coro, dentro y fuera de la Sala de Control, y el sorprendido Roerich vio lágrimas en los ojos y las mejillas de los hombres que le rodeaban. Roerich no era religioso, pero en este momento sintió algo como un hálito misterioso que pasaba sobre la Sala y le acariciaba la frente. Tal vez, después de todo, fuera cierta la creencia de los valeranos de que su raza, la estirpe terrícola, iba guiada de la mano de Dios.

* * *

Los invasores habían despejado totalmente la autopista entre Nuevo Madrid y Santa Bárbara hasta Barcelona, de modo que Edward Roerich y Fidel Aznar decidieron hacer el viaje en automóvil en lugar de utilizar los equipos de vuelo individual.

Ambos habían trabajado duro los dos últimos días, Aznar atendiendo a los heridos y salvando bastantes vidas. Roerich interrogando a los prisioneros ankoranos, los que se rindieron después de ser abandonados por su escuadra aérea. Fidel era el que conducía, mientras Edward disfrutaba del paisaje.

—Fidel, ¿sabía que la doctora Devesa está enamorada de usted?

—preguntó Roerich de pronto.

—Isabel es una gran mujer, tiene cualidades para hacer feliz a un hombre cuando entrega su amor a ese hombre. En ella no hay parcialismos ni condicionamientos.

—Eso no contesta a mi pregunta.

—Bueno, sí lo sabía. Lo supe siempre, incluso cuando ella creía aborrecerme. Tuvimos algunos choques cuando yo era recién llegado al Hospital. Pero las prevenciones de Isabel cedieron tan pronto reconoció que la Ciencia bartpurana era tan buena o superior que la terrícola. Y a partir de entonces fuimos buenos amigos.

—¿Sólo amigos?

—Amigos, nada más.

—Ella es una mujer ardiente. Si usted hubiese querido...

—Edward, no sea tonto. Cuando eso ocurría, ¿sabe dónde estaba usted? ¡Veintitrés mil setecientos tres años atrás en el Pasado! Lo que queda en el pasado de la vida de Isabel no debe importarle. Es una gran mujer, vale la pena intentar que ella le ame. No se deje desanimar por las apariencias. Después de todo, si ella le aceptó una vez...

—¡No me lo recuerde! Lo que ocurrió aquella noche es algo que me atormenta constantemente.

Poco después el automóvil se internaba por una carretera recién abierta entre el bosque de pinos. Un kilómetro más adelante alcanzaron la máquina bulldozer y después la base militar.

Habían avisado por radio su llegada y eran esperados. Katherina Rudel y la doctora Devesa estaban sentadas sobre un tronco derribado junto a la rampa de acceso a las instalaciones subterráneas.

Apenas saltaron del automóvil Katherina corrió a colgarse del cuello del gigantesco bartpurano. Roerich llegó junto a Isabel Devesa, señaló a la romántica pareja y dijo:

—¿Cómo cree que será lo que nazca de esa pareja? ¿Tendrá el chico la cabeza tan grande como su padre?

—Lo importante no es el tamaño, sino lo que hay dentro de la cabeza —contestó Isabel sonriendo.

—¿No le importa que él quiera a otra?

—¿Importarme? ¡Claro que me importa! Fidel es feliz con esa

chica. Cuando uno ama limpiamente, se siente contento de la felicidad de las personas a quienes ama.

—Según eso, ¿tendré que sentirme dichoso cuando la vea a usted casada con otro tipo? —preguntó Roerich.

—No habrá “otro tipo”.

—¿Quiere decir que no se casará nunca?

—No... si no es un estúpido alemán. ¿Sabe que los alemanes tienen la cabeza cuadrada? Dicen que son muy tardos en comprender...

Roerich se quedó mirándola asombrado.

—¿Vamos a dar un paseo por el bosque? —sugirió ella mirándole con picardía.

—¡Oh, estupendo! —dijo Roerich—. Y en cuanto a lo de que los alemanes tenemos la cabeza cuadrada...

Se alejaron lentamente, andando uno junto al otro. Sus voces se perdieron en la distancia. Se vio al alemán quitarse la peluca y enseñar la cabeza monda y lironda. Ella le palpó el cráneo y Roerich aprovechó para estrecharla por la cintura.

F I N

Notas

[1] Véase *VINIERON DEL FUTURO*, obra del mismo autor publicada en el número anterior de esta colección. < <

[2] Relatadas en anteriores episodios de la Saga de los Aznar. < <